



*Miguel Valverde*

• • •

*Libro de Versos*

• • •



## ADVERTENCIA.

¡Un libro de versos! . . . ¡Bah!

En otro tiempo, ya muy lejano, ellos fueron el alimento más delicioso de mi espíritu, y creía entonces sentirme tan impregnado de poesía, que hubiera podido pensar, como Ovidio, que los versos fluían de mis labios con la misma espontaneidad con que fluye el agua de las fuentes.

Siendo niño todavía y mucho antes de cumplir mis doce años, hacía versos, los que por supuesto me resultaban detestables; mas como la imaginación fingía cándidamente la visión interna de mi numen y estaba yo convencido de mi parentesco por afinidad con Apolo y con las nueve Musas, continuaba desbarrando en diversos tonos y en todos los metros conocidos, cada vez que la ocasión se presentaba, y, sin mayor preparación que la que me habían dado mi escasa lectura, mi curso de latinidad y las lecciones recibidas de un clérigo en la clase de retórica, me lancé desafortadamente, pluma en ristre, a las más

atrevidas aventuras, con el plausible fin de ganar lauros en las palestras de la gaya ciencia, llegando a componer una tragedia clásica, varios dramas románticos y juguetes cómicos, un poema épico, traducciones rimadas de Virgilio y Horacio, romances, odas, sonetos, décimas, letrillas, etc., papelería con que hubiera podido llenarse un canasto mediano de basura literaria.

Con el tiempo, fué deshinchándose y debilitándose la manía, que ahora me parece menos sublime que ridícula, de imitar a lord Byron, Zorrilla y Espronceda, hasta que poco a poco el gusto se convirtió en disgusto, y ya, después de los treinta años, no sólo reconocí muy claramente mi carencia total de vena poética, sino que además comenzó a apoderarse de mí un tedio invencible por todo género de florilegios métricos, sin que lograran despertar mi entusiasmo trovadoresco las más celebradas estrofas de Garcilaso, de Calderón y de Quintana. Así, en la actualidad, prefiero cualquier libro de Pérez Galdós o de Bergson (y prefiero a veces hasta la pesada prosa de un González Suárez) a un tomo de poesías de Becker, Campoamor o Núñez de Arce.

De esta plétora de indigesta vertería, que no es por cierto un indicio de versatilidad, y de esta evolución individual, verificada en más de medio siglo, deduzco yo que la poesía es un adorno y una incli-

nación muy naturales en la edad juvenil de las civilizaciones, y que los períodos más avanzados tienen naturalmente ideales menos fantásticos, sentimientos menos poéticos y gustos más prácticos y más prosaicos. Y para dar un punto de apoyo a este concepto general nacido de mis propias impresiones, observo que los grandes poetas, Anfión, Orfeo, Lino, Tirteo, Museo, Píndaro y Homero, son como el producto espontáneo de los tiempos heroicos y poéticos por excelencia; y hago notar que más tarde, cuando se acentúa la era filosófica y científica, en la que brillan Anaxágoras, Platón, Aristóteles, Pitágoras, Arquímedes, Euclides y Marco Tulio, los poetas contemporáneos, incluyendo también a Sófocles y Esquilo, son, como Menandro, Virgilio, Lucrecio y Petronio, ingenios refinados, pero menos poéticos que los anteriores.

Otro tanto pudiera presumirse de modo relativo, al comparar a nuestro Olmedo, llamado con razón el Tirteo americano, con los Mera, Zaldumbide, Llona y otros poetas ecuatorianos de menos alto vuelo; lo que no quiere decir que los ecuatorianos hayamos llegado en cien años a la edad madura, no obstante que, sin salir de la primera infancia, hemos dejado atrás la edad heroica, y hemos saltado, sin tocar en los puntos intermedios, de la esclavitud colonial a la anarquía. Pero sí puede afirmarse que somos como

la fruta en agraz magullada y descompuesta, y que presentamos a nuestros vecinos (y nótese que no me refiero al mundo por modestia) el espectáculo fenomenal que nos ofreciera un niño envejecido.

Es inútil sin embargo que yo insista en la definición más adecuada al grado de civilización que hemos alcanzado los indígenas del territorio que se llamó Reino de Quito en otro tiempo, una vez que esta dificultad no nos impedirá ponernos de acuerdo en que los terrícolas actuales de frac y de chistera, con el humo de sus fábricas y sus cigarros, sus redes de ferrocarriles y telégrafos, sus dreadnoughts, zepelines y submarinos, sus chauffeurs y sus sportmen y su papel fiduciario y sus periódicos, tienen un aspecto menos pastoril y poético que el mundo antiguo, poblado de dioses y semidioses, y de ninfas, de silfos y de ensueños.

¿Cómo se explica, pues, tras la disposición mental y los antecedentes expresados, que yo me haya determinado a publicar hoy un libro de versos, y lo que es más grave aun, de versos míos?

Es que hay a mi lado una adorable personita a la que nada puedo negar, especialmente cuando su ruego penetra en mi corazón acompañado por la dulzura de su voz, una caricia, una mirada, una sonrisa y una lágrima. Ella ha querido que yo haga una selección de mis versos para publicarla, y ella misma

ha aumentado la pequeña colección con algunas composiciones que yo había desechado; y he tenido en todo que rendirme a su deseo. Y no es que yo no sea a las veces obstinado y terco, cuando no decididamente irreducible; pero yo tenía necesidad en el presente caso de ofrecer a mi muy amada esposa este leve sacrificio, como un acto de reparación y desagravio, desde que, sin su conocimiento, y por lo mismo sin su consentimiento, había dado a la estampa otro libro mío, en el que mi pobre prosa no tiene medida y no es en la mayor parte de su gusto.

Mi libro de versos es, pues, un documento de compensación, o, si se quiere, una penitencia que me ha sido impuesta por mi gravísima culpa y que he aceptado humildemente.

En el peor caso, un libro más. Y también un volumen más en la pequeña librería casera, y un recurso a la mano para cuando mi mujer y yo queramos conciliar el sueño. ¿No hay acaso un sinnúmero de publicaciones que pasan completamente inadvertidas para el público?

M. V.



PRIMERA PARTE.

---

# RELIGIONES Y RELIGIÓN.

(TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO)



## PRÓLOGO.

**H**ay un Chimborazo y hay un Víctor Hugo. Ambos son gigantes. No importa que haya otras montañas más altivas y hermosas que el majestuoso rey de los Andes ecuatorianos; como no obsta a la grandeza del autor de *Los Miserables* la existencia de otros genios, que son como faros elevadísimos, encendidos para guiar a la humanidad en la conquista de su felicidad y perfeccionamiento. Ambas eminencias, el monte y el poeta, sacan sus cabezas blancas fuera de los densos vapores que envenenan la baja atmósfera terrestre, y viven inundados de luz en pleno cielo.

Hay en Víctor Hugo todos los talentos, y además esa audacia intelectual que llamamos genio; pero hay sobre todo en el carácter del autor inmortal de *La Leyenda de los Siglos* una cualidad culminante, una virtud que forma el más alto relieve de esa personalidad poderosísima, dotada de tantas energías: la bondad. Y he allí precisamente en lo que consiste la

mayor fuerza del coloso. Y esa bondad, que se produce naturalmente en las obras del poeta, como se produce la luz en los tubos de Crookes al contacto de las baterías eléctricas, tiene algo que parece superior a las facultades normales del hombre, algo que nos haría creer en la posibilidad de la existencia de los semidioses, aun cuando se tomaran como términos de comparación los tipos humanos más sobresalientes en la generosa manifestación de sus afectos.

\*  


En Víctor Hugo, lo mismo que en cualquier otro hombre intelectual y racionalmente progresivo, puede verse con claridad la evolución que va operándose lentamente en el cerebro del pensador y que determina al fin una modificación radical en las ideas de quien, a semejanza de la crisálida, rompe un día la estrecha envoltura de las enseñanzas tradicionales, y vuela libre, guiado ya por la luz de la razón, en el espacio inmenso.

Cuando el "niño sublime" de Chateaubriand había abierto los ojos de la conciencia para recibir y fijar las impresiones que este nuestro mundo le trasmittía, sirviéndole de intérprete una sociedad imbuída de

prejuicios y sistemas elegidos y acumulados por una larga serie de generaciones, el juicio del poeta naciente no pudo menos que recibir el nutrimento intelectual que se le daba, como es impotente el párvulo que acaba de nacer para rechazar alimentos inadecuados o nocivos. Forzosamente, pues, el joven Víctor fué monarquista y católico ferviente, para ir en seguida eliminando los errores que había mamado desde la cuna, y ascendiendo en la escala de las ideas religiosas, desde el politeísmo romano hasta el monoteísmo impersonal, que es una concepción absolutamente metafísica, fuera del alcance de toda concepción humana y sin otra condición esencial para la figuración mental del ente divino que la simple afirmación de su existencia.

« Il est ! il est ! il est ! il est éperdûment ! »

Él es! — de cualquier modo, o mejor dicho, de modo inconcebible, él es! — Tal viene a ser el resultado definitivo, la quinta esencia destilada del deísmo filosófico de Víctor Hugo.

El gran poeta admite también (y es preciso creerle sincero) la inmortalidad del alma humana, y, aunque parece indignarse contra los escépticos, se manifiesta tolerante con ellos, y no se empeña en imponerles ninguna creencia.

«Et qu'importe, après tout, que l'homme prie ou croie?»

Sin embargo, nos aconseja creer en Dios,

« Contente toi de croire en Lui. »

Y se rebela contra la triste expectativa de morir de veras:

« Quoi ! le seul lien qu'on ait besoin d'aimer sur terre  
Et de sentir vivant, le tombeau, serait mort ! »

»

La idea predominante de *Religiones y Religión* es esta: — Todas las religiones, o sea todas las sectas religiosas, son absurdas y ridículas; pero hay una religión que no tiene por base ninguna creencia y que es la única universal y verdadera: — hacer el bien.

« Le remède est ceci: Fais le bien. Le levier,  
Le voici: Tout aimer et ne rien envier.  
Homme, veux-tu trouver le vrai? cherche le juste. »

\*

El poema se inicia con una discusión entre el poeta, que acaba de llegar a una ciudad de Ingla-

terra, y la criada irlandesa y católica, que explica a Víctor Hugo la razón por la cual, siendo domingo, el cartero no le ha llevado cartas ni periódicos, pues no es permitido trabajar el día en que Dios descansó.

La idea de descanso requiere la de cansancio, y un dios que se cansa se parece mucho a un peón de albañil. Y empiece usted a contar el número de las atrocidades teológicas:

« Ainsi l' infini va jusqu' au septième jour ! »

Después de haber puesto punto final a la eternidad, se descorre el telón, y aparece el Dios de los católicos, vestido de títere, solazándose con los ahullidos de las almas en el infierno y dejándose burlar por el papa y el diablo, que son más hábiles que él y acaban por destituirle.

En seguida se presenta el teólogo, y expone razones excelentes para que sea preferido su dios de carne y huesos al otro impalpable, que el pueblo no comprende.

El poeta increpa al teólogo por su mala fe, y le pone de manifiesto las últimas consecuencias deducidas del

Dios providencial y personalísimo, bajo dos aspectos, uno burlesco y otro serio, pero ambos faltos de sentido.

Detrás de la figura de ese dios de ópera cómica, se presenta la de su enemigo tradicional, el demonio, personaje raquítico, poco interesante, que se ocupa de tentar a los hombres, y que al fin resulta un fauno mal disfrazado y sin ninguna gracia.

Puestos ya en evidencia los dos poderosos elementos antagónicos que presiden en la sosa mitología curial de los católicos, se nos descuelga del cielo la obra maestra de un Júpiter degenerado y escaso de mcollo, quien, después de asociarse con Satán para poner una trampa diabólica a la primera pareja inocente, deplora el éxito alcanzado, que incluye la culpabilidad y el castigo de cuantos estaban por nacer, y no encuentra mejor expediente que el de sacrificar a su propio hijo, a fin de remediar en lo posible aquel cúmulo de barbaridades.

Pero el nuevo plan resulta un nuevo disparate. La comedia divina, que parecía tan bien combinada por su autor y durante cuya representación el hijo de Dios muere, aunque sea de broma, a beneficio de los hijos de los hombres, se echa a perder y no produce el efecto esperado, todo debido probable-

mente a los manejos del infernal tramoyista: la humanidad, en su mayor parte, no se da por notificada del suceso; los hombres siguen llorando y riendo, según las circunstancias, siendo tal vez peores que antes, y el príncipe de las tinieblas continúa triunfante, arrastrando condenados al infierno. Lo que demuestra que los hombres, bajo el punto de vista del sentimiento religioso, somos verdaderamente hermanos, y que los negrillos de Guinea, prosternados ante un macaco, no son menos imbéciles que los europeos, fabricantes de dioses de harina, y que los asiáticos, adoradores del elefante blanco y de la piedra negra.

El poeta sale de la pesada atmósfera de las supersticiones humanas; se remonta a regiones más puras y serenas, en busca de un ideal religioso menos terreno y más digno de un ser inteligente, e invita al libre-pensador a que le siga, no sin advertirle que todo tiene un límite dentro de lo infinito y que el hombre no puede elevarse más allá del punto hasta donde se lo permite su propia naturaleza.

\*

Es la segunda parte una excursión a vuelo de pájaro sobre el campo de la filosofía, haciendo el autor las aplicaciones favorables a su sistema.

Son vanos y risibles todos los esfuerzos humanos para forjar dioses y establecer relaciones con ellos. El hombre pretende neciamente conocer la escala que une el cielo imaginario, morada de la divinidad, a la tierra, habitación humana. Dios no tiene morada, puesto que es lo infinito, y no hay escala para llegar a él, puesto que todas las cosas residen en él. El hombre es un ser demasiado pequeño para que pueda formarse una idea cualquiera, remota o aproximada, del ser absoluto, y por mucho que se afane para hacerse oir del espectro que finge su delirio, todo en la naturaleza permanece indiferente. El hombre hace en más vastas proporciones lo mismo que hacen los castores, las urracas y las abejas: toma elementos existentes y los combina y descompone: pero no es capaz, no obstante su presuntuosa ciencia, de crear la más simple y rudimentaria de las cosas; y sin embargo se atreve su ignorancia a crear a Dios, y a concebir lo que debe ser necesariamente inconcebible.

Un Dios concebido por el hombre tiene que ser por fuerza un ente parecido al hombre, aunque le salga deforme y sólo exista, como las sirenas y los ángeles, dentro del mundo escurridizo de la humana fantasía.

Pero, ¿cuál es el objeto de ese Dios tan necesario? ¿Esa creencia, puesto que no aceptemos esa

intervención, contribuye de alguna manera a mejorar las condiciones físicas y morales del hombre? ¿La idea de Dios es, más que una necesidad, una costumbre.

El hombre no puede darse cuenta del universo, este vasto sueño que flota infinito, y dentro del cual nace y muere la onda de nuestro destino; pero sí puede ser impresionado, en este que entrevemos inmenso conjunto de luces y de sombras, por el aspecto negro y triste y por el fondo más negro aún y más triste que nos presenta la naturaleza toda en sus océanos de movimiento y vida, a través de sus parciales apariencias de espléndida alegría.

Los seres todos están esparcidos en el horror indecible, condenados irremediabilmente a sepultarse en los abismos de la muerte. Todo sufre. Todo se desploma en quimeras o se hunde en sollozos. El ser es taciturno, sombrío, triste, detestable. De aquí, los aleteos de la desesperación.

En medio de tanta lóbreguez, el poeta nos señala sin vacilar la ruta que debe seguirse:

« Le remède est ceci : Fais le bien. Le levier,  
Le voici : Tout aimer et ne rien envier. »

Pero, en cuanto a los dogmas y los ritos y los santos y los milagros y los fetiches y los escapularios y los rosarios y las cintas y las cruces y la medallitas y los niños de Praga y los corazones de Jesús y las muelas de santa Polonia y los glóbulos sanguíneos de san Genaro y tantas brujerías y tantas majaderías y tantas porquerías secretadas por el sentimiento religioso, todo eso no es más que una confusa y perversa mezcla.

¿Y qué importa, después de todo, que el hombre crea en una cosa o en otra, o que no crea en nada absolutamente? ¿Qué le importa a la radiante inmensidad, casi invisible al telescopio humano, que la hormiga tenga una teoría equivocada respecto del vuelo de las águilas, o que el topo afirme que su agujero oscuro es todo el universo?

Todas las sectas religiosas son una manifestación de la impotencia humana, que se apoya en el miedo, en la cólera, en la mala fe y en la ignorancia. Toda religión es un aborto de la humana fantasía, engendrado por engañosas apariencias.

El libre-pensador debe oponer a las religiones de farsas y mentiras la religión que enseña la verdad,

sólo la verdad, la verdad evidente, matemática, científica, incontestable, y que no acepta ni puede aceptar vanos fantasmas. El libre-pensador debe oponer el mundo de la realidad al mundo de la fábula, y abrir puertas y ventanas a la luz del sol, para que sean iluminados todos los rincones del misterio, por más que griten y protesten las iras y los anatemas de los empedernidos traficantes de errores e imposturas.

Mas ¡ay! que ellos, los sacerdotes, agotarían impunemente la fecundidad de su inventiva para hacer y decir cuanto de malo y absurdo puede hacerse y decirse en esta tierra. El hombre es un ser irremediable, y, por cada libre-pensador, habrá siempre centenares de miles de fanáticos que se prosternarán estúpidamente ante sus ídolos y sus pontífices.

\*

El canto tercero es el grito de la verdad, cruel, amarga, intolerable para el soñador espiritualista, que ve destruídas de un golpe sus más bellas ilusiones y sus más consoladoras esperanzas.

El poeta está solo, en la penumbra de la noche, y ve despegarse de la bruma espesa unos labios que le hablan en un lenguaje inaudito.

— “La creencia es hidra que os está royendo el corazón. Negadlo todo, vivientes. El átomo sale y vuelve a entrar en seguida. No hay cielo ni infierno. No hay más que sombra esparcida, sin ningún centro. Nada en todas partes. Todo muere. Dormid.

“Lo que llamáis almas son sólo fuegos fatuos que brillan un instante para apagarse eternamente.

“Hombre, tú quieres un Dios, porque quieres vivir en él, y exiges que él sea infinito, para ser infinito tú también.

“Hombre, si no hubieras tenido un principio, sería lógico que te creyeras indestructible.

“Has nacido, y sin embargo no quieres morir, por más que la muerte, ley de la vida, llene con su matanza la visión de tus ojos durante el día, y te hable en secreto durante la noche.

“¡Vivir antes de la vida, y vivir después de la muerte! — ¿No te avergüenzas de ser tan mentecato?

“¡Atravesar toda la sombra inmensa con tu destino auestas, de modo que el cosmos tenebroso se complique con tu existencia miserable forzosamente y para siempre!



“¡Tú eres, luego tú serás! — ¿Cómo es posible que tu pobre raciocinio haya podido deducir tan absurda consecuencia?

“¿Y por qué no haces la misma deducción cuando se trata de la existencia de la hormiga y del escarabajo? ¿Acaso ellos no son también como tú eres, y no han nacido como tú has nacido?

“¿Estás seguro de que este mundo existe? ¿No será sólo un sueño? ¿Tu propia experiencia, pobre y ciega como es, no te va haciendo sospechar que todo lo que te rodea no es más que un conjunto de engañosas apariencias?

“Pero tú, molécula perdida en el caos; tú, sueño y desvanecimiento, ¿crees efectivamente ser alguien? ¿Te figuras que un Dios, si él existiera, se ocuparía de tí, larva, movido por el aliento de tu efímera existencia en el fondo de su eternidad?

“La huella de tu paso por la vida es como la huella que deja la gota de agua en el espacio; y, que te llames Cosme Selgas o Alejandro Magno, dentro de un segundo, es decir, dentro de pocos centenares de años, el último vestigio de tu memoria habrá desaparecido totalmente de la memoria del postrero de tus nietos.

“En la noche de uno cualquiera de tus días, te has acostado en tu lecho y has dormido. Al despertar, en la mañana, has tenido vagamente la conciencia de haber soñado un sueño cuyos contornos escapan completamente a tu recuerdo. En la tarde, todo, hasta esa fugaz impresión de la niebla del despertamiento, se ha borrado para siempre. — Tu vida es como ese sueño. Cuando hayas muerto, será como si no hubieras vivido nunca.

“Este en que has aparecido un instante, conjunto incomprensible de átomos en movimiento, que llamas universo, sea lo que fuere, es algo que no ha debido comenzar ni deberá concluir. ¿Cómo, pues, pretendes tú, relámpago, ser parte integrante de la unidad suprema e indestructible?

“¿No sospechas que todo tú eres sólo el producto de una combinación inestable y transitoria; forma que desaparecerá mañana, como desaparecen todas las formas; y no concibes fuera de tí una eternidad en que el universo ha podido existir, sin que para ello hubiera sido necesaria tu effímera existencia?

“¿Es que de veras te crees tú indispensable?

“¿Te das cuenta acaso de las manifestaciones de la vida individual de cada una de las innumerables

células que en tí nacen, viven y mueren en el espacio de algunos segundos, a fin de que tú, pequeño hacinamiento de miserias, puedas a tu vez llegar a vivir algunos años?

“¡El hombre eterno! — Esto es lo que el hombre comprende y el hombre quiere. — ¡Carne prometida al hambre del sepulcro, conténtate con tus propios gusanos!

“Todo cuanto crees ver desde tu agujero, a través de los cristales de tus anteojos y de tus atmósferas, todo, infusorios, nubes, bólidos, cometas, lunas, tierras, soles y nebulosas, son sólo formas de la vasta oscuridad de los espacios infinitos. ¿Qué ganarás, sombra pasajera, con mezclar al hombre y sus nonadas a todas esas espirales de humo que vagan en la noche?

“No hay Dios. Niega y duerme. No eres responsable. Nadie te espera.” —

El poeta se rebela contra la idea de morir, sin la esperanza de resucitar de un modo u otro; necesita él también creer y esperar en la inmortalidad; huye la frialdad del raciocinio inexorable, y busca un refugio dentro de su corazón, confortándose al calor de su propio sentimentalismo.

¿Qué importa que sea cierto que todo lo que nace muere? ¿Qué importa que mueran todos los animales y todas las plantas, y que mueran también los pueblos, las civilizaciones, las razas, los mundos, los sistemas planetarios y los sistemas siderales? ¿Qué importa que todo lo que ha principiado tenga un término? El hombre debe ser una excepción de la regla general, puesto que el hombre lo quiere así, y sólo para el hombre tiene que ser una ficción la muerte. ¿No es esto lo lógico, puesto que yo me siento consolado?

¡Nada después de la vida! ¡Nada antes! ¡No, no!  
— grita el poeta horrorizado: — ¡Recobra tu nada,  
oh abismo, y devuélveme a Satán!

\*

Transportado a regiones más serenas, el poeta oye cánticos, gritos, imprecaciones y voces que disputan o defienden diversas opiniones. El dualismo, el materialismo, el espiritualismo, el eclecticismo, todas las doctrinas filosóficas con relación al hombre y su destino, tienen allí sus representantes convencidos.

¿Quién tiene razón? — Todos tal vez.

\*

El poema concluye en un esfuerzo supremo para hacer perceptible a los hombres la idea de Dios.

Entre las grandes bellezas que encierra toda la obra, la figura del asceta se destaca en el fondo del cuadro magistral, pintada de manera admirable. Ese fantasma inmóvil en el desierto, suspenso entre la vida y la muerte, absorto en la visión aterradora de un Dios que sólo él es capaz de ver en lo profundo de los cielos, representa la cristalización del fanatismo religioso, limpio de toda impureza y exaltado hasta la más sublime concepción del embrutecimiento.

Víctor Hugo levanta sobre el pavés de los cultos positivos el sombrío perfil de ese egoísta cuya abnegación ha aceptado de antemano la suma de todos los sacrificios, y hace vibrar las últimas notas de su canto, defendiendo la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma, que ha sido defendida por los ejemplares más notables y más inteligentes de la especie humana.

\*

¿La humanidad progresa? — Parece que sí.

Cierto que desconocemos quizás las principales fases de las antiguas civilizaciones de los egipcios,

indios, persas, medos, chinos, fenicios, incas, aztecas, y otros pueblos, de muchos de los cuales ni aun los nombres hemos conservado; cierto también que el *homo sapiens* de nuestros días no tiene suficiente acopio de elementos históricos, paleográficos y arqueológicos para apreciar en todos sus detalles la hermosa y grande civilización helénica; cierto que no sabemos si antes de los caldeos, de los babilonios y de los asirios, antes de Homero y Herodoto, antes de Confucio y Zoroastro, hubo otros pueblos más cultos e ilustrados que los que les sucedieron; pero, a juzgar por los monumentos que la antigüedad nos ha legado, desde los Vedas hasta la Odisea y desde las pirámides de Egipto hasta las ruinas de Taos, con sus huellas tan acentuadas de barbarie y sacrificios humanos; y en presencia de la abolición de la esclavitud, y de las instituciones políticas prevalecientes en Europa y América, y de las maravillas del vapor, de la electricidad y de la imprenta, y del tribunal de La Haya, y de las tendencias reformatorias de la legislación penal, cada vez menos crueles y más humanitarias, puede afirmarse, si bien con certidumbre muy relativa, que el troglodita primitivo ha progresado mucho y progresa todavía.

¿Será indefinido este progreso? — No, seguramente; a lo menos en cuanto a la vida planetaria se refiere,

puesto que nadie ha sostenido, a lo que sabemos, que los planetas son eternos.

Todo en la naturaleza (y nada hay fuera de ella) nace, y, puesto que nazca viable y un accidente no corte prematuramente su existencia, crece, se desarrolla hasta cierto término, y en seguida decae y muere.

Tal es la ley ineludible; y el progreso humano, producto de esta tierra, llegará a un límite determinado, a un punto culminante, desde el cual se iniciará un período de retroceso que terminará con la muerte del último hombre, siquiera sea dentro de algunos centenares de miles de años.

El hombre, naturalmente, quiere ser la excepción de la regla, sustraerse al cumplimiento de la ley, y, a pesar de que la evidencia debería penetrar en él por todos sus sentidos, se obstina en negar lo que ve y palpa en cuanto al término de la vida animal y vegetal, sin diferencia sustancial ninguna, y apela al único testimonio a que le es posible recurrir: al de su propia fantasía.

\*

Las hipótesis racionalmente establecidas producen a veces los mismos grados de certidumbre que tiene la evidencia.

Cuando, desde lo alto de una montaña, veo extenderse a mis pies un valle desconocido cubierto de verdura, en cuyo fondo lejano alcanzo a distinguir una cinta de plata rodeada de chozas que humean, puedo asegurar, sin temor de equivocarme, que hay allí agua y fuego, y creo, con toda probabilidad, que esas chozas están habitadas por individuos de mi especie. Pero si el mismo espectáculo se reproduce en los siguientes días, y oigo además el canto del gallo y el ladrido del perro, la suposición de que habitan allí seres humanos, aunque no los haya visto, se convertirá para mí en una certidumbre tan incontestable como la evidencia.

El hombre no está solo en la naturaleza, y ve doquiera vida y movimiento. La selva le mira; el céfiro le habla; el huracán le grita; el trueno le amenaza. El mar cambia de aspectos como el cielo; la tierra tiembla; las nubes viajan y tienen citas misteriosas en las altas cumbres, y las nubes y los montes arrojan piedras y masas de fuego sobre la tierra. ¿Cómo, pues, extrañar que el hombre haya imaginado la existencia de uno o varios agentes superiores, ocultos detrás de las rocas, de las nieblas y de las montañas,

como el tigre y la serpiente se ocultan detrás de los jarales? ¿Y cómo afirmar que esas hipótesis imaginarias tuvieron alguna vez un fundamento verdaderamente racional y positivo?

\*

Sin separarse un punto de los estrechos límites de las inducciones y deducciones científicas, rigurosamente coordinadas, el hombre puede raciocinar de esta manera:

— He nacido en un mundo en el que todo me parece admirable, y siento dentro de mí otro mundo, en el cual se refleja, con una inmensa variedad de matices, cuanto veo y cuanto imagino.

Veo que la vida ocupa la mayor parte de la envoltura del globo que habito, y que se reproduce fecunda y superabundantemente en la tierra, en el agua y en el aire, luchando por extenderse e invadirlo todo, desde el fondo tenebroso de las grutas y los mares hasta la congelada superficie de las regiones polares y de las montañas.

Al estudiar las fases que presenta a mi criterio el desenvolvimiento de lo que yo llamo vida orgánica, dentro de cuanto comprendo en las clasificaciones

convencionales de los reinos vegetal y animal, presiento que la planta es hermana del hombre y que hay una escala de fuerzas inteligentes y volitivas, desde la amiba hasta el hombre superior que llega al nivel de Homero, Esquilo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Dante, Shakespeare, Cervantes, Milton, Newton, Voltaire, Goethe, Humboldt, Darwin y Víctor Hugo. Veo, pues, muchos seres inferiores al hombre; pero en ninguna parte veo un ser superior al hombre. Luego, yo no puedo afirmar con evidencia que exista, aquí en la tierra, ningún ser superior a esas que conocemos excelsas cumbres de la raza humana.

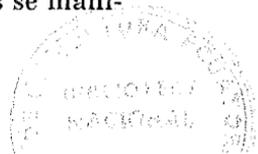
Pero si el escenario terrestre no me ofrece ninguna base racional para formular una hipótesis científica acerca de la existencia de un ser cualquiera superior al hombre, el espectáculo sublime de los cielos sí me da, respecto a la misma hipótesis, una certeza casi tan positiva como la demostración de un problema de exactitud rigurosamente matemática.

El telescopio me ha revelado con precisión la existencia de un pequeño número de cuerpos celestes semejantes a nuestra tierra, y, por inducción, deduzco, como una conclusión tan necesaria que no podría ser de otra manera, la existencia de innumerables mundos esparcidos en la inmensidad de los espacios, desde que,

a partir de los límites del sistema planetario en que resido, sé de manera indubitable que los puntos luminosos que veo constantemente durante la noche, a través de la atmósfera terrestre, y que son tal vez más numerosos que los granos de arena de nuestros mares y desiertos, son soles semejantes al sol que nos alumbra y vivifica; y la ley de las generalizaciones, que se cumple siempre y en todas partes, me obliga a presumir la imposibilidad de que, si no todos, la mayor parte de esos soles no sean centros de sistemas de mundos semejantes a este de que mi mundo forma parte.

Así, de deducción en deducción, y sin permitir que mi fantasía rompa los moldes del más ajustado raciocinio, debo suponer que la esterilidad no es el objeto de esos mundos, y que el mayor número de ellos ha de ser forzosamente la morada de una inmensa variedad de seres.

Tal pudiera presumirse la ilación de ideas y de consecuencias deducidas por el habitante más inteligente de una hoja de nogal en el inmenso bosque. — Yo sé, diría el microbio, que esta hoja en que he nacido contiene otros seres, dotados como yo de facultades intelectuales; sé también, porque alcanzo a distinguirlos, que hay otras hojas semejantes a la mía, y hallo muy natural que en todas ellas se mani-



fieste la vida en condiciones aproximadamente análogas. — El sensato protozoario no sospechará nunca la existencia de los gusanos, las abejas y otros animales más complexos que los infusorios; pero el hombre, más inteligente y mucho más instruido que el rizópodo, bien puede aventurar siquiera un paso más, para deducir lo desconocido de lo conocido, e ir hasta suponer racionalmente que, entre la abrumadora multitud de seres que pueblan los espacios, no ha de ser él precisamente quien ocupe el lugar supremo en la inmensa escala de las inteligencias encendidas en el universo.

\*

Admitida la conjetura de que hay en otros mundos otros seres mejor dotados que los habitantes de la tierra, ¿hasta qué límite puede ampliarse razonablemente esta teoría en el campo vastísimo de las hipótesis?

¿Podrémos encontrar en cuanto conocemos un punto de apoyo para ir más lejos?

¿Las relaciones en el volumen, peso, densidad, velocidad, distancias al sol y demás elementos cono-

cidos en los planetas, podrán servir de base para un cálculo de probabilidades respecto del mayor o menor grado de inteligencia que sería dable suponer a los habitantes de cada planeta?

Aceptada, por ejemplo, la verosimilitud de la teoría de la formación de los cuerpos celestes por efecto de los desprendimientos o explosiones de la gran masa ígnea, cada vez más reducida, y dados los conocimientos actuales de la superficie del planeta Marte, ¿será dable aventurar la presunción de que aquel mundo vecino contiene actualmente seres inteligentes más racionales y más adelantados que nosotros?

¿Hay por ventura en todo nuestro mundo conocido un solo caso, un hecho o un conjunto de hechos, que nos permita la suposición de que la escala intelectual ha de llegar necesariamente a la unidad perfecta?

¿Por qué hemos de aferrarnos en afirmar algo, cualquier cosa que sea, que no podemos demostrar?

\*

Saltan a los ojos las contradicciones en que incurre Víctor Hugo cuando, prescindiendo de sus pro-

pias objeciones, no cede en su empeño de sostener doctrinas destituídas de todo fundamento positivo, como son las que se refieren a la existencia de un Dios y a la inmortalidad de los hombres.

En la primera de estas dos creencias, la contradicción puede ser considerada bajo dos aspectos: el que mira a la simple noción de la existencia del ente divino, y el que reproduce algunos de los caracteres que los teólogos atribuyen a esa idealidad siempre antropomorfa, no obstante los esfuerzos de la más depurada metafísica.

“Augur, bardo o apóstol, dice Víctor Hugo, cualquiera que forja un Dios, de la mejor manera que puede, para ofrecerlo al cielo, sólo percibe la siniestra y tranquila enormidad, que rehusa.” — ¡Y sin embargo, él también, el gran poeta, ofrece el estrecho molde de su criterio a la concepción de la idea divina, y forja un Dios, para darlo en espectáculo a los hombres!

Él ha dicho: — “El hombre no puede penetrar en la esencia divina.” — Él ha dicho: — “El hombre no puede conocer lo incognoscible.” — Y sin embargo, el filósofo eminente, no obstante haber comprendido sin duda que el concepto de *potencia*

*creadora* empequeñece hasta cierto punto la idea de la grandeza del ente supremo imaginado por los idealistas, nos habla de un Dios *bueno, justo, paternal, infinito*, como si cualquiera de esas condiciones, por excelentes que sean a nuestro alcance, no determinara y personificara en cierto modo esa abstracción, que el hombre no puede mirar con sus ojos de carne sin materializarla, ni tocar con sus dedos de fango sin mancharla.

\*

Todos comprendemos fácilmente la armonía de los cuadros y de las estructuras, tanto en la naturaleza como en el arte. He oído a un niño de diez años, muy inteligente y precoz, expresarse con la desenvoltura propia de un hombre de mundo, y mi asombro no se ha sobrepuesto a mi invencible repugnancia. Una jota aragonesa no sería justamente apreciada, si se la incluyera en el estudio de una sinfonía de Beethoven; y un jardín inglés parecería un adefesio, si se lo colocara al pie del Cotopaxi.

Así, yo no concibo a Sócrates con la belleza de Narciso, ni a Friné con los talentos de César ni a César con la austera virtud de Cincinato. Y así también serían,

a mi modo de ver, figuras desnaturalizadas y monstruosas, un Dante libre-pensador, un Flammarión materialista y un Víctor Hugo ateo. ¿Por qué? Hallo difícil una explicación satisfactoria: yo lo contemplo así, y así lo enuncio; sin invocar otra razón plausible que la de un sentimiento artístico indefinido y que no encontraría en mí otro fundamento que el que tiene mi extrañeza respecto del deísmo de Voltaire y del misticismo filosófico de Schelling.

\*

Durante millares de años, vivió la humanidad firmemente convencida de la verdad de la cosmogonía geocéntrica, enseñada por la religión y corroborada por la ciencia. Durante una dilatadísima sucesión de siglos y de civilizaciones, nada fué más cierto y más generalmente reconocido que el hecho evidetísimo de que la tierra era el centro del universo, y de que el sol, la luna y las estrellas giraban al rededor de nuestro globo.

Sin respeto alguno por la creencia universal consagrada por una antigüedad tan venerable, se dejó oír un día en Europa la voz de un loco que afirmaba precisamente lo contrario de lo que había sido

antes y siempre enseñado por los sabios y los sacerdotes. — No es la tierra, dijo Galileo, sino el sol, el centro del sistema. La tierra no está inmóvil: ella gira, como los demás planetas, al rededor del sol; y cualquier hombre de mediana educación y buen sentido, si atiende a mis explicaciones, podrá comprobar fácilmente por sí mismo estas verdades. —

Sucedió entonces lo que era lógico que sucediera. Nadie quiso entender los argumentos revolucionarios del ilustre astrónomo, quien se vió obligado a ceder y retractarse, no obstante haber resultado después que aquel loco famoso había tenido razón contra los cuerdos que le condenaron.

Si un minero me asegura que en un punto exactamente localizado hay una mina de oro, no estaré obligado a creerle: pero sí tendré el derecho de pedirle las pruebas de su aserto. Si no me las da, y alguien inquiera mi dictamen, no podré aseverar que en el sitio indicado haya una mina, mas tampoco podré afirmar nada en contrario, desde que no tengo constancia de una u otra cosa.

Nadie puede exigir razonablemente que otro crea en lo que no puede creer, dados los conocimientos y las fuerzas y tendencias cerebrales del incrédulo.

Y éste tendrá siempre razón, cuando pida pruebas a los que defiendan la existencia de sus minas de oro.

Los creyentes continuarán siendo muy dueños de cerrar los ojos a la luz y los oídos a todo raciocinio. La naturaleza de los topos no puede ser cambiada, por grande que sea la compasión que nos inspire su ceguera.

Entre tanto, la verdad, oculta o demostrada, subsiste por sí misma, sin que puedan modificarla en un ápice las opiniones encontradas de los hombres.

*¡EPPUR SI MUOVE!*

Quito, 1893.

# DISPUTAS.

## I.

### EL DOMINGO.

— Mary. — ¿Señor? — Es tarde, y el cartero  
No viene todavía.

— ¿Qué ha de venir, señor! Salió el portero,  
Y aunque volviera . . . . — Pero . . . .

— La puerta está cerrada todo el día.  
Tendrá usted los periódicos mañana . . .

— ¿De veras? ¿y por qué?

Mary apaga el fogón, y vuelve ufana,  
Blanco gorro de lana  
Rizada orlando su encendida tez.

— Y las cartas — ¿Por qué? — Porque es domingo.

— ¿Y bien? — No se lee hoy.

— ¿Por qué? — ¿Por qué? (¡Válgame Dios! ¡qué gringo!)

Es claro. — No distingo . . . .  
 — Porque Dios hizo el mundo. — Pues no doy  
 Con la razón para imponer tal yugo.  
 — Seis días empléó  
 Dios en hacer el mundo, míster Hugo;  
 Hacerlo a Dios le plugo,  
 Y mucho habló por cierto y trabajó.  
 — ¿Y qué tiene que ver? . . . . ¡Vaya! — Sería  
 Una cosa muy fea  
 Tocar la puerta. — Pero, dí, María,  
 Por qué. — Porque es el día  
 En que Dios descansó de su tarea.

¡Dar la lección primera en la cartilla  
 Al amo de la casa,  
 Que es impío y francés, oh maravilla  
 De la piedad sencilla  
 Que tanto alumbra con su luz escasa!  
 Mary triunfa: su gozo por mi pena,  
 Siendo buena cristiana  
 Y sirvienta irlandesa, la enagena.  
 Entre tanto resuena  
 En la vecina torre la campana.

\*

Así en la eternidad va lo infinito  
 Hasta el séptimo día. Con saberse  
 Que llegó a fecha tal, dicho está todo:

Lo infinito se abate, languidece  
Y se detiene exhausto, limitado  
Por la fatal pared. El hombre a ese  
Breve punto final llama el domingo,  
El día del Señor. Seguramente  
Que, para hacer un cielo, necesarios  
Son muchos rollos de azulado éter;  
Que forjar una encina no es tan fácil  
Como labrar un arbolillo endeble,  
Y que fueron sin duda indispensables  
Altas escalas de cabuya fuerte  
Y andamios bien trabados y macisos,  
Para pintar al fresco el alba alegre  
En la negra muralla de la noche.  
Así esta gran labor, labor perenne,  
Que se llama natura, fué acabada  
Con rudo esfuerzo. Así el Omnipotente  
Dijo: ¡no puedo más! — Y fatigado,  
Sudando, resoplando como un fuelle,  
Tullido, jorobado, encrudecido  
Su reumatismo crónico y rebelde  
En la espina dorsal; ya terminados  
La portentosa máquina celeste  
En que giran los astros, y la vida,  
Y el enorme engranaje en que se mueven  
Los tiempos, y las aves, y las flores,  
Y el abismo, y la tierra, y las mujeres,  
En su sillón Voltaire  
Dios desplomado se dejó caer.

## II.

## PRIMERA REFLEXIÓN.

No hay religión que no blasfeme un poco.  
Una viste a su Dios como un muñeco;  
Y ese Dios en el lúgubre alarido  
De las almas encuentra su recreo.  
Su cueva horrible a su artesón dorado  
Lanza de llamas tétricos reflejos;  
Cruje los dientes, y su dicha suma,  
Su infinito placer, su goce intenso  
Es tener un infierno y atizarlo  
Con un horcón de hierro.  
Otra recluta a Dios, y un chafarote  
En la mano le pone y en el cuerpo  
Uniforme marcial, por la casulla  
Apenas encubierto;  
El cañón a los pies, el rayo arriba,  
Digno Dios de los cuervos,  
Jehovah se presenta con las armas  
De Sabaoth; los déspotas guerreros  
Le llevan a la guerra y le proclaman  
Tambor mayor o general de ejército,  
Y él les dice: — Matad. — Como es tan rico  
En negro de humo Belzebuth, travieso  
Se desliza hasta el Dios de las alturas,  
Y la divina faz tizna, fingiendo  
Dos feroces mostachos.  
En tanto el Padre Eterno,

Sintiendo vagamente que le burlan  
 Y faltan al respeto,  
 Se deja hacer; acepta resignado  
 Los acontecimientos;  
 En su mochila suspirando guarda  
 El relámpago inútil; cede el puesto  
 Al romano pontífice infalible;  
 Permite que el sangriento  
 Combate ponga plumas en su mitra;  
 Cierra los ojos sobre el hombre necio,  
 Que es además un ente irremediable,  
 Y, desde que no puede seguir siendo  
 El buen Dios del edén y del establo,  
 Trata ya de pasar por un buen diablo.

## III.

## EL TEÓLOGO.

Tú, buen teólogo, dices:

— Pensadores, filósofos teóricos,

Que no sé por qué cábalas descubristeis insólito Dios  
 Infinito y sin forma, y negáis que se cansa y se duerme,  
 Váis errados; pensáis sin razón.

¿Ese Dios sin apéndices, interés y episodios históricos,

Es acaso judío, ario, griego, indio, parsi, francés?

No, y a nada seméjase un Alá sin leyenda ninguna

Que nos sirva de tema para un canto de mística fe.

Dices tú: — Razonemos. ¿No juzgáis a tal Dios poco práctico?  
 Yo no acepto la hipótesis de ese Dios que vosotros fingís.  
 Dios es torre elevada: rod̄arle de fosos conviene,  
 Y que el hombre no pase de allí.  
 Sombra es Dios que proyéctase más allá de insondable vorágine.  
 Si no verle es un crimen, verle mucho es un crimen mayor.  
 El altar es Dios mismo. No esperéis que las turbas acepten  
 Lo incorpóreo, lo abstracto, lo infinito, lo eterno de Dios.  
 Dios no existe, o incrústase en la piedra que labra el artífice.  
 Hace falta una casa para en ella guardar la oración.  
 Dios debe irse, si gusta, y volver; pas̄ear, si le place,  
 Y lo más que le pida el humor.  
 Tiene un ángel de guardia, como tiene su arquero un rey gótico.  
 Hombre soy: necesito que él imprima en mi arena su pie;  
 Y ese pie sacrosanto es el dogma infalible y eterno,  
 Base inmoble en que el culto alza firme su inmenso poder.  
 ¡Pero un Dios impalpable, sin cartilla ni biblia ni cánticos,  
 A quien Lucas, Mateo, Juan y Marcos no pueden asir  
 Por los miembros extremos, vivo, entero, y de cuya persona  
 No haya vieja que pueda decir:  
 — En mi cuarto le tengo; su retrato es perfecto, lindísimo;  
 Es así, de tal modo: ¡qué bondad! vino a ver a Moisés;  
 Él habló con Jafeto, y mató mucha gente malvada  
 En Sodoma y Gomorra: él es santo; él es uno; él es tres;  
 Gusta mucho del humo, y no aprueba que toquen los árboles  
 Que dan fruto en su huerto; — ese Dios a quien pueden buscar  
 Largos meses en vano, sin mirarle lanzar de repente  
 Vivas llamas detrás de un zarzal;  
 Ese Dios que Versailles nunca vió ni la Roma católica;  
 Que no entiende un esquema, un breviario, un misal, un sermón  
 Y otros mil cachivaches do encerramos la esencia divina;

Que jamás por preguntas y respuestas nos da una lección;  
 Ese Dios imposible, de quien nadie, tomando la ríspida  
 Piedra pómez, bruñera con solícito celo y placer  
 La dorada aurëola, en el fondo del nicho de yeso  
 Encajado en alguna pared;  
 Ese Dios es inválido o no es Dios! ¡Que nos dé un Pentateuco  
 Con el pro y con el contra; que redacte algún Toldos-Jeschut;  
 Que nos dé un Zend-Avesta; que nos muestre su Verbo fecundo  
 Que los Job y los Esdras conocieron; que invente un Talmud!  
 ¡Que haga salmos como esos que cantaban antaño los célebres  
 Caballeros de Malta! ¡Pero qué! ¡Nada sólido en fin:  
 Ni evangelios ni epístolas! ¡Alto, pues! Ese Dios que no tiene  
 Credenciales no puede surgir.  
 Lo que aquí nos conviene es un Dios para tontos y rústicos;  
 Un Jesús adecuado para gente sencilla y vulgar:  
 El Dios-Hombre. Que sea dogma o mito, le hacemos visible  
 Y le hacemos comible; y no hay nada mejor que anhelar.  
 Es forzoso que tenga ese tipo de reyes pontífices  
 Nuestras mismas pasiones. ¡Vaya, buenos creyentes, cuartel!  
 Concedámonos algo. Tomaré vuestro amargo ruibarbo,  
 Y vosotros tomad nuestro sen.

Dices: — Choca la hipótesis de un gran Dios sin la barba larguísima.  
 Viejo es Dios. Siempre impónese la vejez a la humana flexión.  
 Un antiguo patíbulo por nosotros en Dios transformado  
 Del estúpido pueblo es encanto, es imán seductor.  
 Se ama en ello el misterio. Gusta el hombre de embrollos y cábalas.  
 San Andrés empalado y su cruz emblemática están  
 Gobernando a Inglaterra; la parrilla del santo Lorenzo  
 Levantó el imponente Escorial.

Dices: — Fe tiene el hombre en la fe de una edad remotísima.  
 Religión que pretende ser creída ha de ser secular  
 Y solemne y antigua y apoyada en las capas perdidas  
 De las épocas lóbregas cuya historia es la fábula ya.

Dices: — Vemos un culto con respeto mayor y más tétrico  
 Cuanto más de la historia en el piclago inmenso se hundió.  
 Con su fiel testimonio lo acreditan los tiempos que fueron.  
 Somos hombres: creamos, por Dios.  
 Ved mil años, amigos, y dos mil y tres mil que este sólido  
 Templo es cosa sagrada para el hombre cobarde y servil:  
 Es aquí donde el tiempo ha esparcido las razas, y juntan  
 Sus efímeras huellas los exánimes pueblos aquí.  
 Él nos da por garante de esa fe secular a la innúmera  
 Sucesión de los muertos. Culto añejo sagrado culto es.  
 No sin miedo a la oscura tradición el humano se acerca.  
 Esto es cierto por viejo, y después  
 Porque en ello creyeron nuestros padres. De siglos el cúmulo  
 Los altares eleva. La vejez es la sola razón  
 Y la prueba del dogma. Las verdades más altas se encuentran  
 En el fondo del pozo donde todo el pasado cayó.  
 Santos son la basílica y el corán, si, en la margen del Tíber  
 O de Irán bajo el cielo, muchas gentes, de siglos atrás,  
 Y mil sabios subieron por sus gradas o bien rebuscaron  
 En sus folios la ignota verdad.  
 En sus horas de vida tiene un dogma basado su crédito:  
 Con sus trémulas manos da en el blanco; su sola inquietud  
 Es que pasen los años y lograr que a la prístina infancia  
 Retroceda algún día su extremada y glacial senectud.  
 Porque es viejo seduce. Cristo ve con envidia al prehistórico

Y caduco Teutates y al decrepito Brahma también.  
En la sombra do el tiempo nos despoja, verdad es mentira  
Sin la herrumbre del tiempo que fué.  
Cuando está apollado, luce un dogma en el cielo purísimo.  
Una capa oxidada verde-bronce conviene al gran Dios.  
En el éter vibrante en que emiten su luz las ideas,  
La evidencia más clara que el sol  
Ser mirada requiere por los hombres en éxtasis crónico,  
Muchos firmes creyentes exaltados con ímpetu igual  
Y un terreno profundo sobre el que ella segura se asiente.  
Vigorosas raíces debe un dios como un árbol echar.  
Se endurece la arcilla de la fe hasta que al fin se hace pórvido.  
Sed un hecho sublime, verbo, iglesia, ritual, religión;  
En legión agrupados, dadnos cuerpos de santos y de ángeles  
Adornados con raro primor;  
Regulad el talento, la virtud, la pasión, el espíritu;  
Ofrecednos recetas para que haya en enero calor  
O aguaceros en julio: todo aquello es magnífico; pero  
Comenzad por ser viejos y cubriros de blanco plumón.  
Si el altar tiene títulos para ser el imán de las ánimas;  
Si es el cielo encarnado quien predica sermón doctrinal  
A las buenas mujeres; si los cultos son sólidos, puros,  
Invencibles, exentos del mal,  
Verdaderos, seguros, convencidos, — todo esto compútase  
Y se mide contando las rosadas auroras que vió  
El metálico gallo que, trepado en la cruz elevada  
Del rural campanario, gira al viento mudable y veloz.  
Religión que resiste el ciclón de los tiempos impávida,  
Entra en años y triunfa cada siglo, y exclama: — ¡Cien más,  
A Dios gracias! ¡Existo! — ¡Y entre tanto procura el Eterno  
Ganar tiempo, durmiendo quizás!

## IV.

## AL TEÓLOGO.

Bien os pongáis turbantes de nevada batista  
O mitras en que luzcan la perla y la amatista,  
Oh santos sacerdotes, oh graves maniqués  
De negros corbatines y batas marroquíes,  
Dado al mundo el derecho de necedad, no hay gremio  
De necios que a negaros se atreva el primer premio.  
Porque véis que el Excelso se hace el sordo, de modo  
Que finge no ver nada y que lo acepta todo;  
Porque Dios, por lo visto, que le insulten consiente,  
Y al ser de los Tedeums la víctima frecuente,  
No da un solemne chasco alguna vez siquiera  
A tanto obispo romo que se infla y vocifera,  
Abusáis de su aspecto sencillo y tolerante  
Para echarle a la espalda todo absurdo triunfante  
En vuestras asambleas y vuestros sanhedrines,  
Y ensartar muchos libros infames y rüines.  
Removéis impiedades, blasfemias, maldiciones,  
Errores e imposturas, oh místicos ladrones,  
En vuestros tomos burdos y bárbaro lenguaje,  
Como hurga con el pico el ave su plumaje.

\*

¿De dónde sacas, fraile visionario,  
 Ese terrible Todopoderoso  
 Miope y aquel Altísimo abrumado  
 De cansancio mortal? ¿Qué significa  
 Ese Orgón celestial, ese gotoso  
 Dios, a quien vence y burla y escarnece  
 Un demonio sutil, joven y listo?  
 ¡Imprudente doctor! ¡qué pasatiempo  
 Tan divertido y tan fecundo ofreces  
 A la crítica audaz de los burlones,  
 A quienes es del todo indiferente  
 Hacer de Dios el blanco de los tiros  
 De su maledicencia!  
 Escúchales, doctor, y ten paciencia:

— Mufti, fakir, fraile, mago,  
 Híbrido de cuervo y zorro,  
 Dices tú que Dios te hizo  
 A su imagen: no me opongo;  
 Pero tu Dios es muy feo  
 Y tiene visos de mono.  
 Sacerdotes blancos unos,  
 Sacerdotes negros otros:  
 Arréglese Dios y cuide  
 De parecerse a esos cómicos,  
 Mientras yo silvo la farsa.  
 ¡Cuánto adefesio tortuoso  
 Hay en el cúmulo de esas  
 Metempsícosis! Los bobos  
 Diáconos de ojos de buey

Me ordenan que admire, y sólo  
Logran hacerme reír.  
En vano gritan sus órganos  
Y abre la gran catedral,  
Para atraerme a su modo,  
Los de su puerta cochera  
Gruesos batientes. No estorbo  
A esas gentes, y tranquilo  
Dejo al bando numeroso  
De infelices pobres diablos  
Que, en sus concursos devotos,  
Gozan oyendo a sus frailes  
Refunfuñar en el coro  
Y regañar en el púlpito.  
Me alejo de los famosos  
Predicadores cristianos  
Lo más que puedo, y anoto  
En mi cartera: — Huir  
De Nonotte, — y también pongo  
En mi almohada: — Jamás  
Oír a Bourdaloue. — Sosos  
Razonadores tartufos  
Son mi pesadilla. Odio  
Esas selvas de pilares  
Húmedos, sombríos, toscos,  
De donde caen los fríos  
De calentura, los piojos,  
Las toses, las pleuresías.  
*¡Vade retro!* No me expongo  
En esas enmohecidas  
Iglesias. Ni por antojo,

Iré a tomar un catarro,  
Por el placer lacrimoso  
De que ladren en mi oído  
Vuestros famélicos lobos,  
Oradores charlatanes,  
Barbudos unos, chamorros  
Clerizontes los demás,  
Cuyos gestos de demonio  
Se ciñen a los repliegues  
De sus pesados exhortos.  
¡Oh, Frayssinous, Belarmino!  
¡Oh, sacerdotes de plomo!  
¡Oh, Laynez! ¡qué aburrimiento  
Llueve cansado y monótono  
De vuestras pérfidas frases!  
Si alguna vez, gancho al hombro,  
El trapero que almacena  
Las almas en lo más hondo  
De su tizado cestón,  
Satanás, el del bicornio,  
Pasa por la vecindad  
De vuestros templos católicos,  
Murmura: — Cuando más tarde  
En los infernales hornos  
Caen estos desgraciados  
Sermoneadores estólidos,  
Les damos una paliza  
Con sus mismos soliloquios. —  
Dios; el mundo: triste arriero  
Y mal burro. ¡Sacerdocio!  
Si es necesario creer

A vuestros necios retóricos,  
Dios en todo se entremete  
Y Dios lo conduce todo.  
¿Es así? Tanto peor.  
El universo, este aborto  
De la nada, dislocado,  
Mal parido por el orco,  
Cuelga y se da cabezadas  
Contra el muro tenebroso.  
Es una nave perdida.  
Se ven, del cielo en el fondo  
Tan negro como la tinta,  
Los largos mástiles rotos.  
Perdió su áncora y su brújula,  
Y a ratos parece que hórrido  
Entra el mar por todas partes.  
Cuanto los hombres medrosos  
Creyeron está esparcido  
En los abismos del ponto.  
La fe sobrenada apenas  
Entre revueltos despojos;  
Flotan sin rumbo el derecho  
Y la verdad sin apoyo,  
Y a lo lejos se distingue  
La esperanza, que hacia el lóbrego  
Cielo levanta los brazos  
Que traga el mar poco a poco.  
¿Qué hace en tanto ese Dios bueno,  
Justo, misericordioso?  
¿Qué hace vuestro Dios, caribes?  
Nada. Pero me equivoco.

Hace a Nemrod, Cam, Atila,  
Gengis, Tamerlán, los mónacos  
Del Oficio, Carlos Quinto,  
Bonaparte; con su soplo  
Destroza Roma, sepulta  
Atenas, reduce a polvo  
Esparta, arrasa Persépolis.  
Gracias a Dios poderoso,  
Dijo un rey: NOMINOR LEO.  
Si da al mundo un santo, pronto  
Una gran calamidad  
Nos echa encima piadoso.  
Él conduce a los Pizarros,  
Si ha guiado a los Colombos.  
Es fantástico, quimérico,  
Y tiene mil caprichosos  
Actos que el sagaz Bossuet  
Podrá comentar al dorso.  
Cuando brilla su alba, cae  
Su eclipse sobre nosotros.  
Ese sol es astro ciego,  
Mudable, contradictorio.  
Al mismo tiempo se ve  
Sobre este aplanado globo  
La victoria y el fracaso  
De ese Altísimo irrisorio  
Que, con sus cambios y giros,  
Cambia y gira como un trompo.  
Es hidra. Es Dios. Es el negro  
Cubo de un volante loco.  
Acaso a veces y a veces

Providencia, todo el peso  
De los horrores humanos  
Se condensa en ese monstruo  
Divino, a quien describís  
Tan parecido a vosotros:  
Como padre, vengativo;  
Como määstro, envidioso.  
Tal día de la semana  
Prohibe el tocino gordo,  
Y si lo comemos, vienen  
Cloto, Laquesis y Atropos  
Y al sumidero nos llevan  
Donde todo es fuego, fósforo,  
Brasas, llamas y carbón;  
Si bien es cierto que pródigo  
Él nos esconde su infierno  
Dentro de un jamón sabroso.  
Cuanto él produce se quiebra  
En sus manos, y si el cosmos  
Arregla y en demasía  
Saca del laboratorio  
Arena, sombras o nieve,  
Él es responsable. Foco  
Es de nuestras epidemias,  
Y cuando viene un trastorno  
O se rompe un eje, es él,  
Es Jehovah que está chocho.  
Sucio está Dios, si se ensucia  
Mi talón con cieno hediondo;  
Y el mendigo — mas ¿por qué,  
Por qué mendigos? — con lodo

Inmundo le pringa. Siempre,  
Doquier, cubiertos de oprobio,  
Se levantan los harapos  
Del pobre; lanzan al rostro  
Divino su formidable  
Acusación, y horrorosos,  
Repugnantes, pestilentes,  
Cuelgan a Dios, ese ogro  
Que es el único culpable.  
Para colmo de los colmos,  
Esa diestra furibunda  
Del horrible trasgo incógnito  
Es la diestra más torcida  
Que vieron nunca mis ojos;  
Pues inunda un continente  
Por castigar un villorrio,  
Y . . . . Pero ¡bah! soy un necio,  
Un impertinente, un tonto,  
Sacándole sus trapitos  
Al sol. Tal vez le incomodo  
Al mirarle de soslayo.  
¡Cierto que me asusta el coco!  
Yo me divierto y me río;  
Y ya que es tau lastimoso  
Que pierda mi tiempo en estas  
Cosas inútiles, corto  
Mi discurso en las narices  
De Su Eminencia, y le endoso  
Un papirote. ¿Se atufa?  
Me importa un bledo. Le oigo  
Como quien oye llover



En su casa y bajo toldo,  
 Cuando el cascado vejete,  
 Entre dormido y furioso,  
 Gruñe: — ¿Dónde diablos puse  
 Mi rayo? — En tanto me mofo  
 De su rabia, y antes que  
 Este rancio y estrambótico  
 Geroncio haya echado mano  
 De su trueno más sonoro,  
 Yo, tranquilo y a mi paso  
 Ordinario, me coloco  
 Bastante lejos. Sin duda  
 Él descargará su bólido  
 De fuego cerca de mí,  
 Pero sin tocarme. Ociosos  
 Predicadores insulsos  
 Que mentís con tanto aplomo:  
 A un lado vuestra elocuencia,  
 Y al otro mi alegre bombo.

\*

Sin réplica, ¿verdad? ¿A todo aquello,  
 Decid, qué responder,  
 Si vimos al error poner su huevo  
 E incubarlo la fe?  
 La Iglesia hace que pese sobre el niño  
 La muerta senectud,  
 Y un dogma irracional ata en los ojos  
 Que no se abren aún.

Da el sacerdote un falso itinerario  
A quien quedó sin luz,  
Y le cobra pëaje en la frontera  
Del infinito azur.  
¡Oh muertos, registráos! En el puente,  
Del cielo hay que pagar.  
Si no tenéis el óbolo exigido,  
Quedáos con Satán.  
Mirad. Un Dios perverso a quien se alaba;  
Un excelente Dios  
Que amenaza cruel; un Dios que firma  
De Maistre, Salmerón,  
Troublet, Sánchez, Ignacio, y que allá lejos,  
Entre sombras y horror  
Y entre viejos que inmóviles pestañean,  
Resplandece feroz,  
Y nada que esperar, sólo la noche  
Del eterno dolor.  
¡Oh sacerdotes! ese Dios sentado  
Debajo de un dosel  
Es de este mundo imbécil el supremo  
Colmo de estupidez.  
Útil, cual los antiguos espantajos,  
Le graban con primor,  
Sombrío abuelo, en lo alto de los pórticos;  
Y desde aquel balcón  
Oye, aunque es algo sordo, la campana,  
Su vecina locuaz;  
Hace juntar las manos al que pasa;  
Fascina a los que van,  
Buenos carneros de la raza humana,

Conducidos a él,  
Y encanta a los rapaces que, a la espalda  
El saco y en los pies  
Las sandalías, barriendo desperdicios  
Recorren el país  
En junio, cuando agftanse los árboles  
De las sendas y mil  
Señas se hacen de lejos, muy contentos  
De haber peinado bien  
Las carretas de heno y esquilado  
A su rebaño fiel.

## V.

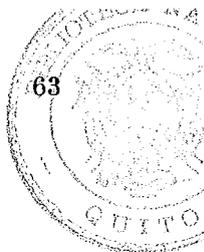
## INVENCIÓN.

¡Qué mezquindad! El Arimanes vuestro  
Se envileció hasta ser un pobre diablo.  
Dispárase veloz como un venablo  
Contra las gentes; luego por los pies,  
Por la cabeza, por cualquiera parte  
Las empuña y las lleva a su cocina,  
Y haber hecho una hazaña se imagina  
Transportando a Jesús de Nazareth  
Al monte Tibidabo, cuando dijo:  
Te ofrezco cuanto ves, el mundo entero;  
Sé dócil. — El cornudo majadero  
No sospechó un instante que era Dios  
El hombre a quien asió de los cabellos,

Y que aquella deidad propiciatoria  
Que apagó los destellos de su gloria  
Y su juego de niño le ocultó,  
Pudo decirle: — Horrible marimanta,  
Murciélago rüin, ladrón inmundo,  
Zopenco estafador, ¿me das el mundo  
A mí, que soy su dueño y su señor?

Muy pocas religiones, meditando  
En el sacro ananké del hondo abismo,  
Hacen bien un titán: el cristianismo,  
Con su diablo raquíptico, marró.  
Viéndolo sólo por el lado artístico,  
Es muy soso y vulgar ese demonio  
Que no pudo engañar a san Antonio  
Y a Juan en el desierto fastidió.  
El tremendo demonio causa risa,  
Si de diablo se viste. Harto pesado,  
Se arrastra a veces, y otras, trasijado  
Queda, como famélico lebrel.  
Belphegor a un gitano arruinaría.  
Llevado Belzebuth de feria en feria,  
Menos golpe daría que la sería  
Y astuta faz de un mico javanés.  
Yo, expositor de monstruos y fenómenos,  
Para hacer ensanchar el ojo humano,  
Desechando a Sadoch, ladrón enano,  
Y a Moloch, coco en forma de dragón,  
Y a Belial, el farsante que echa chispas  
Por las narices, elegido hubiera

Un conejo educado, que supiera  
Tocar la pandereta y el tambor.  
Dado el inmenso abismo de la noche;  
Dada la horrible lobreguez que anida  
En honda cavidad, y en ella hundida  
La sombra de un terrible, colosal  
Y audaz explorador, uno se pasma  
Del poco fruto que de allí ha sacado  
El mito de la cruz. No habéis hallado  
Nada mejor que el sátiro sensual.  
Con él ha vuelto el rancio paganismo  
Hacia vosotros. Siempre la pezuña  
Hendida; siempre la bicorne cuña  
Sobre la frente; siempre igual tumor  
En la espina dorsal del mismo gnomo.  
Tal es todo el binomio: cojo y ciego.  
Lucifer, culebrón de ojos de fuego;  
Asmodeo, lisiado corredor.  
El uno no ve a Dios, y vaga el otro  
Diablo cojuelo. En Roma, todavía,  
En los ruinosos muros donde un día  
Se alzó el palacio de Nerón, se ven  
Las pinturas de lúbricos fantasmas  
Que danzan con escuálidos cabrones  
Repugnantes, y enanos cabezones,  
Y silenos en torpe desnudez.  
El infierno cristiano, simplemente,  
Copió esos tipos de hórrido cinismo.  
De vuestras manos recibió el bautismo  
Fauno, y en diablo convertido está.  
La protesta viviente que gravita



Sobre el enorme cable que sustenta  
El universo, y que romperlo intenta  
Para que todo caiga y vuelva a entrar  
Al caos, y que el azur, el sol, el ángel,  
El cielo, el hombre, Dios, todos unidos  
Se desplomen y rueden confundidos,  
Y se estrellen al fin; el impostor  
Que, pensativo, bajo la infinita  
Y eterna creación, urde sombrío  
La traición espantosa del vacío;  
El ser horripilante, negro, atroz,  
Alma desmesurada que alza y baja  
El nivel de la sombra, lóbrego astro;  
Ese parodiador, ese padrastro  
Terrible, amargo, y que, al menor deslíz,  
Apresa al hombre, y hace vil, pequeño,  
Cuanto Dios hizo grande; ese malvado;  
Ese monstruo tan alto que ha logrado  
Vencer al trueno en fragorosa lid;  
Ese titán de cuya frente brota  
El mal universal, cual de una llaga,  
Y que ríe con risa más aciaga,  
Acre y profunda que el inmenso mar;  
Ese altivo coloso encadenado  
Bajo el peso del Etna formidable,  
Se encuentra en vuestras manos miserable,  
Raquítico, y a más con el pesar  
De su ruindad deforme. Está en galeras  
Aquel que en el Erebo no cabía,  
Y se ve una joroba donde había  
Una montaña de imponente faz.

Necios en fin. Rehacéis de Ixión la rueda,  
Y producís el diablo. La natura  
Algo nos da mejor que la impostura  
Eclesiástica: el mono es más jovial.  
Hacéis, en vuestra fábula mezquina,  
Que capricornio, joya del zodiaco,  
Caiga hasta ser un chivo sucio y flaco  
Y de las brujas el nocturno rey;  
Que aumente del infierno la tristeza  
El influjo feroz del paraíso;  
Que los malditos, en horrible guiso  
Revueltos con los diablos y la pez,  
Den grato aroma; que los tristes ayes  
Regocijen al cielo, y que la hoguera  
Do se cuecen los malos, cual ligera  
Brisa, refresque al bello querubín.  
Pero tiene el demonio poco lustre,  
Aunque hace siglos que el malsín se tuesta  
Sobre el lecho de fuego en que se acuesta,  
Y comprender no es fácil cómo allí,  
En aquella cisterna desfondada,  
Llena de llamaradas y de espanto,  
Con odio tal y con agravio tanto,  
Iblis resalte apenas. La bestial  
Hembra de Othrix, el pulpo cuyos largos  
Tentáculos feroces, sin soltarse  
De los montes Carpatos, a posarse  
Iban sobre el histórico Ararat,  
Y que, cuando en las aguas zabullía,  
Derramaba los mares, es ahora  
Pequeña lagartija trepadora

De uñitas verdes y cabeza gris.  
Y el pueblo, que en el fondo reconoce  
Vuestra impotencia, es natural que ría  
De esa terrible gigantesca arpía  
Transformada en diablilla baladí.  
Al enviado del cielo que volaba  
Sobre Pegaso, al inspirado Lino,  
Con su palo de escoba, en el camino  
Vuestra maldita bruja relevó.  
La endiablada, la infame brujería  
Del fanático fraile se apodera,  
Y penetra, cual negra gusanera,  
En la pared de la claustral mansión.  
Esos monstruos enanos son más pálidos  
Que la esfinge, nocturna salteadora  
Que los blancos nenúfares desflora,  
Y más viles que el sapo, inmunda hez  
De los sucios pantanos. Se diría  
Que los que así su Satanás fingieron  
Le pintaron tan mal, que sólo hicieron  
El retrato servil de un chimpancé.

## VI.

## LAS MANOS LEVANTADAS AL CIELO.

¡Deja decirlo todo, inagotable  
Manantial de los seres!  
Tú ves mi alma: es necesario que hable  
A esa turba de frailes mercaderes.

## VII.

## OBRA MAESTRA.

Prestáis este discurso al Bien supremo y santo:

Yo puse en otro tiempo al hombre y la mujer  
Primeros en un sitio de dichas y de encanto;  
Prohibíles una fruta; comiéronla: por tanto,  
Castigo para siempre a todo humano ser.

Por eso hago en la tierra los hombres desgraciados;  
Por eso les prometo venganza celestial,  
Tormentos infinitos para ellos reservados,  
En pago de la culpa de sus antepasados,  
Allá donde entre brasas revuélcase Satán.

Sus almas y sus cuerpos descienden, cual torrente  
De fuego, convertidos en llamas y carbón.  
Es justo. Pero como yo soy tan indulgente,  
Me aflijo. ¡Pobrecitos! ¿Qué hacer? ¿De qué expediente  
Podré echar mano en esta tristísima ocasión?

¡Qué diablos! ¡Una idea! Les enviaré mi hijo:  
Que nazca en la Judea: después le matarán.  
Consiento en ello. Entonces, alzado el crucifijo,  
Y habiendo perpetrado la atrocidad que exijo,  
Sin mancha ni pecado los hombres quedarán.

Al verles responsables de un crimen verdadero,  
Del otro imaginario daréles mi perdón.  
Virtuosos eran antes, y yo los regenero  
Con lance tan sangriento y odioso, porque espero  
Hacerlos poco a poco más dignos de su autor.

Así ya puedo abrirles, tranquilo y consolado,  
Mis brazos paternales, llorando de placer.  
¡Hosanna en las alturas! El hombre se ha salvado.  
El acto de inocencia de Adán está lavado  
Con una acción injusta, inútil y cruel.

## VIII.

## CONSECUENCIAS.

Siendo el gato Lucifer,  
Y siendo el hombre el ratón,  
Trampa fué la redención,  
Y el gato está por caer.  
Libres debimos nacer,  
Al morir Cristo por nos,  
Que está el equilibrio en dos  
Hechos de la raza humana:  
El robo de una manzana  
Y el homicidio de un Dios.

Está bien. Mas siendo así,  
No nos riamos de Thor,  
Furibundo cazador  
Del invisible Matchí,  
Tigre de las nubes; ni  
De Zuvoch, el singular  
Arquero, que dió en tirar  
Al astro Aleph; ni del listo  
Horus, que al gran Trismegisto  
Hermes consigue engañar;

Ni de Sog, el que a los dados  
Pierde a la hermosa Selene;  
Ni del testáceo que tiene  
Sobre su concha afianzados  
Ocho elefantes pesados  
Que sostienen tierra y cielos;  
Ni de esos dioses de Delos,  
Palmípedos semihumanos,  
Que tienen alas y manos  
Y también plumas y pelos,

Y saben cómo se llaman  
Todas las olas, y cuyos  
Tronos brillan cual cocuyos,  
Cuando a lo lejos derraman  
Su indecisa luz e inflaman  
Las cumbres de la Quimera.  
No disputemos la acera

Al hotentote desnudo  
Que encierra en su negro y rudo  
Puño la brisa ligera;

Ni a los griegos indiscretos  
Que, en un banquete nocturno,  
Dan al abuelo Saturno  
A comer sus propios nietos.  
No afrentéis los amuletos  
Y los dioses del zulú,  
Ni los templos<sup>61</sup> de bambú,  
Donde, sin pudor ni traje,  
El salvaje y la salvaje  
Rinden culto a manitú.

¡Oh dioses, religiones, profecías,  
Dogmas, certezas, fe, sabidurías!

## IX.

## PROPOSICIONES.

¡Oh tú, débil mortal, quienquier que seas,  
Luz de tu sombra, de tí mismo guía,  
Que vas, al resplandor de tus ideas,  
Meditando pesquisas en la fría  
Extensión de los cielos esplendente

Que ha sembrado la humana fantasía  
Con sus dioses humanos; tú, demente,  
Sólo tienes segura tu demencia;  
Tú, que subes audaz y alzas la frente,  
Sólo tienes de grande tu insolencia!

Pero dí, explorador, dí, pobre ciego,  
¿Quién, qué cosa tú eres? En presencia  
De este encubierto bólido de fuego  
Que nos arrastra en su fatal caída,  
Es aquí donde debe desde luego  
Verse el móvil y el fin de nuestra vida.

Eusebio, Eutimio, Pánfilo te llames;  
Tengas entre filósofos cabida;  
Comentador, cronista te proclames  
O profesor, y exhumes un vocablo;  
Todo lo expliques; a Gregorio aclames,  
Y cites a Tomás, a Pedro, a Pablo,  
Entristécese, túrbate, casuista:  
Deja ya de explotar a Dios o al diablo;  
Nada pidas al cielo, ni aun la lista  
De tus dioses mamíferos. Madura  
Tu propia inspiración. No más insista  
Tu pequeñez en escalar la altura  
Inútil. Hombre, baste a tu delirio,  
Si tienes de Lactancio la estatura,  
Derribar a Hierocles y a Porfirio.  
Si eres doctor de un culto obligatorio

Y no quieres optar por el martirio,  
Resultas instrumento supletorio,  
Y nada que extraer ya del misterio  
Tienes, ni del celeste repertorio  
Que no gira en lo inmenso de su imperio  
En favor de una tesis arbitraria;  
Y no podrá jamás tu magisterio,  
Aunque tuvieras ciencia extraordinaria,  
Deducir de ese abismo y de esa bruma,  
Sordos siempre a tu queja y tu plegaria,  
Nada mejor que la elocuencia suma  
Que contra Zena y Blastus, Ireneo  
Y Justino arrancaron a su pluma.  
En sánscrito, en siriaco o en hebreo,  
Escoge un libro; adóralo; detente  
En cada frase; toma por empleo  
Repetirlo, imitarlo servilmente,  
Y de una letra por un hombre escrita  
Hazte tu propio límite, creyente.  
La extensión de los cielos infinita,  
Esa sima en la cual desconcertado  
Rodarías, no es página erudita  
Para tí; nada enseña al siervo atado  
A la fatal coyunda y que rehusa  
Que le liberte la verdad. Postrado  
Quédate, pues, y que tu ciencia infusa  
Se arrastre humilde sobre un libro muerto.

Mas ¿eres, por ventura, quien no usa  
Criterio ajeno para ver lo cierto;

Un libre pensador; alma que flota  
Al margen del inmenso libro abierto  
Que en la nocturna transparencia brota;  
Explorador, que nada de antemano  
Ha resuelto respecto de la ignota  
Vorágine insondable, y que tirano  
No impone un dogma a la sublime bruma,  
Y no persigue con intento vano,  
En el aire, en el fuego y en la espuma,  
Una forma visible en piedra o tela  
De la esencia divina; eres, en suma,  
Hombre que busca, espíritu que vuela?  
Útil, pues, te será, más que un maestro;  
Más que un credo vulgar; más que una escuela;  
Más que un grueso misal, fardo siniestro  
Del facistol, y más que cuanto astuto  
Lazo tienda a despótico secuestro,  
Lo abstracto, lo concreto, lo absoluto,  
La intuición de lo eterno y lo infinito,  
Sin reglas de científico instituto,  
Sin ángulos, sin centro, sin circuito,  
Sin cronómetros, brújulas, cuadrantes,  
Metro, nivel, compás ni teodolito.  
Necesitas los grandes, aterrantes  
Encuentros de la noche, en que se siente  
Pasar el tren de incógnitos errantes.  
Necesitas que soplen en tu frente  
Los vientos negros, hálitos profundos  
Que el antro arroja y llevan al ambiente  
De la noche mensajes de otros mundos.

Pero no esperes nunca del abismo  
Do se borran los tiempos vagabundos;  
No del gran todo; no del organismo  
Feroz, ilimitado, do rebosa  
Lo invisible, o en donde, cataclismo  
De las sombras, el ala tenebrosa  
Del huracán tropieza con las alas  
De las águilas, una minuciosa  
Explicación de Dios, con adehalas  
De rigor silogístico; ni esperes  
Que, al subir de lo inmenso las escalas,  
Para acordar los varios pareceres  
Que confunden tu espíritu abatido,  
El ser te pruebe el ser, si así lo quieres,  
Por A más B. Si anhelas que el henchido  
Conjunto astral un dogma te demuestre  
Con el pro y con el contra debatido,  
Como lo hicieran Sánchez y De Maistre  
Comentando a Loyola, vano empeño  
Es que la noche augusta te amaestre.  
No equipares el Líbano y un leño,  
El abismo y un clérigo; distingue  
Entre Oxford y la noche, entre el risueño  
Matutino crepúsculo y Goettingue.  
Los teólogos, los libros, los liceos,  
Son una cosa; lo que no se extingue,  
La sombra inmensa, el invisible Theos,  
Otra cosa. ¿Qué enseña la caverna  
Insondable a psicólogos y ateos?  
Inquiérello; mas sabe que la eterna  
Claridad no es la incierta que nos trae

La instrucción escolar con su linterna.  
La luz devora y el colegio rae.  
La enseñanza de arriba no rastrea  
La humilde ruta do tropieza y cae  
La enseñanza de abajo. Nos franquea  
El misterio sus leyes; la Sorbona  
Sus pobres aparejos acarrea.  
Yo no puedo ocultar a quien razona  
Que la ciencia del ser, ruda, escarpada;  
Atmósfera ideal; ardiente zona  
Do la mente se pierde dilatada;  
El problema absoluto, cuya dura  
Solución es el Todo o es la Nada;  
El negro libro de la noche oscura,  
Que tan sólo los sueños han leído,  
Puede estudiarse en la serena y pura  
Diafanidad azul, o en el temido  
Horror de las tinieblas infernales,  
Con método distinto al que ha seguido  
El colegio Albornoz. Ve sin cendales  
El alto empuje. ¡Mira! Éter, aurora,  
Inmensidad sin límites ni umbrales,  
Con esa plenitud aterradora  
De fúlgidas estrellas encendidas  
En diamantina llama vibradora  
Y en el azur purísimo esparcidas  
Del infinito mar: cristalizadas  
Perlas de luz en lo infinito hundidas.  
¿Qué vas a hacer, oh tú que te anonadas  
En el cosmos sin fin, muy más terrible  
Cuando abiertas están que si cerradas

Sus formidables puertas? ¿Qué posible  
 Rumbo hallará tu espíritu de plomo  
 En el oscuro océano inaccesible  
 De lo grande y sutil? ¿A quién y cómo  
 En ese medio trágico hablarías?  
 ¿Tu ciencia vil, tu lógica, tu aplomo,  
 Tu razón, en pedazos no verías  
 Y en más confusos ángulos rompidos  
 Que de la añosa encina, en las sombrías  
 Espesuras del bosque, los torcidos  
 Leñosos miembros? Hombre, dime, ¿en dónde  
 Tus silogismos, cuando estén caídos  
 Bajo el enorme prisma? Dí, responde:  
 ¿Podrás sufrir la inmensa rasgadura  
 De lo ideal, de lo que aquí se esconde,  
 De la eterna verdad, de la luz pura?

Saber fué en todo tiempo la demencia  
 De los sabios. De Osiris la locura  
 Pidió al abismo portentosa ciencia;  
 Pero el abismo de sus senos brota  
 Rostros fieros que ahuyentan la insistencia  
 De los tristes profetas en derrota.  
 Marte a Solón, como a Zaleuco Palas,  
 Sabias leyes sugiere; Numa agota  
 Su inspiración y aprópiase las galas  
 De su ninfa; con Zan Minos departe  
 Sobre el cretense Sinaí, y en alas  
 Del ansia de saber, Licurgo parte  
 A escuchar el oráculo sagrado.

Todo eso es el abismo, mundo aparte:  
Y el oscuro aquilón mezcla irritado  
Esos fantasmas en la misma bruma.  
Todo eso es el azar de lo ignorado;  
La fuga de los átomos; en suma,  
Es la duda fatal.

La duda inmensa,  
¡Ay! la duda cruel, rabiosa espuma  
De negra tempestad. Sobre esa extensa  
Mar do los vientos, el calor, el frío,  
Lo amargo, lo que es mancha y es ofensa,  
Exhalan en furor el rudo brío  
De sus rugientes pechos, aparece  
El escueto archipiélago sombrío  
De las doctrinas; playas do fenece  
La duda casi; cimas que son puertos,  
Cuando no son escollos. Resplandece  
Vesalio allí desenterrando muertos;  
Sócrates luminoso allí levanta  
Su cáliz inmortal; allí, cubiertos  
De intensa palidez, Zenón, que espanta  
Al tirano feroz; Pirrón, oscuro  
Perfil apenas entre sombra tanta;  
Los siete sabios, norte del futuro,  
Cycladas en el cielo de la historia,  
Fulgurando en la niebla, sobre el muro  
Del templo de la luz y de la gloria;  
Swift, Rabelais, Montaigne, Herder, Helvecio,

(Y tantos otros dignos de memoria  
Que olvidó la ignorancia o el desprecio),  
Kant en angustias, Hegel taciturno,  
Y allá abajo esa cúspide, Lucrecio.

Son los más tristes esos que el coturno  
Se calzan del bufón. Haber reído  
No es amparo leal contra el nocturno  
Cielo estrellado; así no ha construido  
Nadie sobre nosotros ningún techo  
Contra el Ser, sombra y luz, vital fluido,  
Siniestra tempestad. Ese derecho  
No abate la altivez de la montañas;  
Eso no hace callar el ronco pecho  
De un Vesubio en furor, ni las extrañas  
Pavorosas trompetas en las bocas  
Del aquilón, que lleva en sus entrañas  
La fuerza horrible de las furias locas;  
Eso no estorba al mar desmesurado  
Ofrecer en las aras de sus rocas  
Su espumosa oblación al congelado  
Y pálido planeta. La ironía  
No desconcierta el broche delicado  
De la rosa que se abre al claro día  
Para dar su perfume al aura ambiente.  
Cerrar los ojos con tenaz porfía;  
Gritar: ¡No quiero ver! — esa valiente  
Necedad del incrédulo no impide  
Que vierta el sol su espléndida simiente.  
Reíd, pues. El incógnito reside

Tras muro impenetrable, y no le inquieta  
 La burla de Luciano que decide  
 Que está en la negación la ansiada meta.  
 Mares, desiertos, selvas, flores, mieses,  
 No se turban jamás si alguien los reta  
 Con sarcasmos y frases descorteses;  
 Y el boyero invisible, ese gigante  
 Que empuja hacia el zenit las siete reses  
 Que unció la eternidad al aterrante  
 Carro del polo norte, no se inclina  
 Para leer la estrofa más picante  
 De Voltaire a Thiriot. ¿Quién adivina  
 Lo que nadie conoce? ¿Está segura  
 De su risa esa gente que elimina  
 A Dios, inútil sílaba y oscura  
 Tradición de los bárbaros, y aja  
 La almidonada, blanca vestidura  
 Del pulcro sacerdote? ¿Qué ventaja  
 Pretenden obtener? ¿Ser contrapeso  
 De los creyentes? ¿ellos, una paja,  
 Y los otros, un mundo? ¿Todo es eso?  
 ¿Es algo? ¡Qué elección tan tenebrosa  
 En medio de la noche! ¡Qué suceso!  
 ¡Crear o no creer! ¿Qué le produce  
 De bueno al hombre, fiel en la insidiosa  
 Balanza del enigma, si balbuce  
 — Nó — sólo por que alguien, otro ciego,  
 Tartamudea — sí —?

## Radiante luce

Sobre la niebla el sol. Álzate luego,  
Oh libre pénsador, alma sincera,  
Y vuela, vuela, espíritu de fuego,  
Si te sientes con alas. Mas espera;  
Oye, débil mortal: aunque a la lumbre  
De tus ojos el pórtico se abriera  
De otros mundos; por mucho que se encumbre  
Tu audaz inteligencia, delirante,  
Horadar no pretendas la techumbre  
De tu cárcel humana. ¡Vé adelante!  
Lo grande no te arredre, aunque te asombre;  
¡Pero cuidado! el ser sin semejante  
En quien todo se funda, el ser sin nombre  
De quien todo difiere, nos encierra  
En círculo fatal. No sale el hombre  
De la capa gaseosa de la tierra;  
Es el abismo el metro de la cima,  
Y el pájaro más libre de la sierra  
Tiene la jaula de su propio clima.

---

## FILOSOFÍA.

Delante de las cosas infinitas,  
Hombre, dime, ¿qué son tus ceremonias?  
¿De qué sirven tus salmos, tus novenas  
Y todas tus sagradas gerigonzas?  
¿Por qué, si son tus días  
Cortos, y limitadas son las horas  
De tu vida, postrarte así ante tantas  
Aras contradictorias?  
Átomo, débil presa  
De duros purgatorios, ¿qué curiosa  
Aberración es esta  
De interpelar a la celeste bóveda?  
¿De dónde te ha venido la enfermiza  
Necesidad premiosa  
De tomar por testigo lo invisible  
Y de invocar la oscuridad traidora?  
Alquimista de ensalmos y de rezos,  
¿Crees acaso fecundar la sombra  
Sembrando en ella ritos y vertiendo  
Sobre la bruma las nocturnas fórmulas?

¿Te imaginas, oh loco cuyos sueños  
Son de tu mente la indecisa copia,  
Que, cuando con tus ojos, tus orejas,  
Tu nariz y tu boca  
Fabricas un fetiche en cuya cara  
Tus facciones amoldas,  
Al dirigirte al antro sin medida,  
Al silencio, al misterio, a la horrorosa  
Soledad, persuadirles lograrías  
Que le hicieran los piés según tu horma,  
Mientras le haces los brazos? ¿Te figuras  
Que el abismo, en el cual Thales, Hipponax,  
Sócrates, Juan de Pathmos, Alighieri,  
Los drúidas de Armor, Savonarola  
Y los magos de Eufrates han temblado,  
Convendrá en asociarse a tu persona,  
A medias al partir de utilidades,  
Para dar base sólida  
A tu inútil ficción, a quien mutila  
La realidad por todos lados? Softa,  
Augur, apóstol o poeta de ancha  
Frente, quienquier que forja  
Un Dios, obra maestra de su ingenio,  
Para ofrecerlo al cielo, apenas logra  
Percibir, al través de la confusa  
Niebla, la inmensidad abrumadora  
Que rehusa. Por más que el hombre insista  
En endiosar la obra  
De su sordera y ceguera nacida,  
Y por más que ella sea la graciosa  
Hija de Grecia, o el terrible parto

De la Biblia, o la hosca  
 Concepción de la India, o la pagana  
 Adaptación católica,  
 La Sombra no da al hombre una respuesta.  
 Sin un eco en la atmósfera,  
 Sin un signo en el éter transparente,  
 El Ser incommovible ha visto todas  
 Las deidades nacer: ha visto a Orfeo  
 Engendrar al Saturnio; vió a Mahoma  
 Engendrar a su Allah, como había visto  
 Al egipcio Moisés violar la historia  
 Y engendrar a Jehovah. Sobre el vacío  
 La negación se sienta melancólica;  
 El sacerdote es rechazado siempre  
 Por la sima insondable y pavorosa;  
 Le basta al Todo lúgubre  
 La noche inmóvil que lo inmenso colma,  
 Y el abismo no inventa ningún ídolo,  
 Teniendo henchidas sus entrañas lóbregas  
 De espanto y de terror eternos.

iHola!

Con un Dios hecho ya y hecho a tu gusto,  
 Avanzas en la sombra.  
 Sea Dios. De grandeza le reviste  
 Tu pequeñez; tu noche tenebrosa  
 Pone en su frente pálida  
 Los rayos de la aurora,  
 Y a sus plantas descuelgas un torrente

De ángeles, cuyas ondas  
Descienden hasta tí y hasta él se elevan.  
Necesitas la serie conductora  
Desde el cielo hasta el suelo. Tú deseas  
Abarcar de un vistazo la recóndita  
Región de los misterios; ver el punto  
De llegada, al reflejo de tu antorcha,  
Y el punto de partida. Tú pretendes  
Decir, con la certeza del geómetra:  
Aquí está la mitad, aquí la cuarta  
Parte; contar los escalones. Formas  
Esta combinación: Dios y el arcángel;  
Y más abajo, frente a frente, otra  
Pareja, los primados terrenales,  
El hombre y el mandril. Pues no hay tal cosa.  
Todo es Uno, y no más. Sabe, sombrío  
Estudiante de ciencia teológica,  
Que hasta Dios no se sube come subes  
Una escalera; que Él se encuentra en Roma  
Lo mismo que en un sol o una colmena,  
Y que el vibrión, la ostra,  
El ave, el hombre, el astro, a igual distancia  
De lo infinito están.

¡Y cuán remota  
También de todos la verdad! Nosotros,  
Soñadores, a quienes nos devora  
Hambre y sed de saber, y que sin miedo,  
Sin descanso excavamos en la honda

Eternidad sincera y formidable,  
En su faz negra y en su faz radiosa  
Do vemos tanta luz y tanta vida,  
Por más que a nuestras solas  
Atisbamos, miramos, contemplamos,  
Jamás nuestra curiosa  
Atención hallar pudo nada de eso  
Que presumes, que inventas o que adoptas.

Conocer, penetrar de Aquel que Vive  
La esencia, su poder, su ley, su norma,  
Sus atributos, — nó, — tan altos fines  
Están muy por encima de las cortas  
Fuerzas de los terrícolas a quienes  
El soplo helado de la muerte agosta.  
Los invisibles son. Ellos existen,  
Y van sobre las olas,  
Y llenan el espacio,  
Y viven en la luz; ellos se alojan  
En el palacio de tus sueños, y hablan  
En los vagos rumores que te asombran;  
Pero no se parecen  
A tus tristes visiones engañosas.

Renuncia a importunar lo que hay de cierto  
En tus sueños fantásticos. La Sombra,  
Abajo como arriba,  
Rechaza tus mentiras y tus hostias.

El trueno no es amigo ni enemigo  
Ni aliado de tu Dios, quien no ama ni odia  
A la hormiga. Si eriges vasto templo  
Y en él encierras tu impresión devota,  
Las abejas murmuran  
Y el huracán se mofa;  
Lo pequeño y lo grande te zahiere,  
Y desprecian el águila y la mosca  
Tu dragón de metal, tu ángel de piedra  
Y tus dioses de nada: tu Canova  
Les dará pulimento, mas no vida,  
Y el avecilla, que huye de la cobra,  
En tu serpiente heráldica  
Sin inquietud y sin temor se posa.  
¡Esculpe tus deidades, pobre ciego!  
En sus ojos de mármol y en su boca  
De granito el reptil hace su nido  
Y el gavián su estiércol desaloja.

¡Tú, tú mismo, escolar, tú te reirías  
De tu impotencia propia,  
Si comprendieras bien hasta qué grado  
No puedes producir la menor cosa,  
Lo más simple y sencillo, ni hacer nada  
Fuera de los linderos de la forma  
Conocida por tí, y hasta qué punto  
Todas tus artes, tus industrias todas,  
Trabajando a la vez, son impotentes  
Para crear un ápice, una mónada,

Algo fuera del círculo  
Estrecho donde moras  
A la pálida luz de un triste día;  
Hasta dónde se tornan  
Pueriles tus visiones delirantes;  
Cuán pobre es Della Robbia  
E infecundo Rembrandt, y en qué pañales  
Rubens, Salvator Rosa  
Y Miguel Ángel se hallan todavía!  
Natura, la infalible y previsor  
Abuela de mil voces roncas y ásperas  
Rugientes en los antros y las rocas;  
La nodriza de lobos y panteras  
Y caimanes y boas  
Tiene cavernas grandes y profundas  
Llenas de formas hórridas  
Y misterios tan negros que te hicieran  
Temblar al penetrarlos, y en la umbrosa  
Enormidad de bosques y de mares,  
Rica en monstruos, no quiere ni le importan  
Tus absurdos quiméricos. ¿Esperas  
Que ella se prostituya y, en vil cópula  
Con tus sueños efímeros, acepte  
Tu unicornio, tu hídra, tu gorgona,  
Teniendo su león de ojos flamígeros,  
Su tigre, su oso, su onza  
Y su horrible hipopótamo, y que abdique  
Su águila de los montes por la fosca  
Pintada en tus blasones? ¡Pobre hombre,  
Loco e inútil bajo la ancha tolda  
De azur, nieblas y nubes, tú no puedes,

Combinando tu ingenio y tu memoria,  
 Hacer un monstruo, y quieres y pretendes  
 Hacer un Dios!

\*

Y bien, cuando en tus toscas  
 Manos le tengas, hombre, y como a Jano  
 Dos semblantes le pongas  
 O como a Fó dos sexos, o le apliques  
 De títulos y nombres larga copia,  
 ¿Qué harás de él? Este es Dios. Ya le tenemos  
 En pie sobre sus plantas; pero ahora  
 ¿En dónde le ponemos? ¿en qué abismo?  
 ¿En cuál de las estrellas? ¿en cuál órbita?  
 ¿Abrirás tú, mortal, un agujero  
 En la cándida luz pura y hermosa,  
 Para hospedar en él ese Dios tuyo  
 Que has formado mezclando en tu retorta  
 Una porción de Júpiter Olímpico  
 Con un poco de Brahma? ¿Esas que endiosas  
 Hechuras a tu imagen, ese Zeus,  
 Ese Pan, esos ídolos que adornas  
 Con tus pasiones lúbricas, inicuas,  
 Bajas, feroces, dime, con qué sogas  
 Los izarás hasta los astros? ¿Dónde  
 Encontrarás el clavo y la ciclópea  
 Maza para clavar en la alta esfera  
 Al terrible Vishnú? ¿De qué ingeniosa  
 Suerte podrás, aún con el auxilio

De Alcides y Terpandro, en la grandiosa  
 Y pálida fachada de las nubes  
 Suspende a Erigona,  
 La de senos desnudos, y a Megera,  
 Erinnis, Astarté, Circe, Belona,  
 Y Juno, y Afrodita,  
 Esas hembras furiosas, bebedoras  
 De sangre humana, y esas prostitutas?

\*

¡Ah, ser negro y fatal, a toda costa  
 Quieres un Dios! — ¡Un Dios! ¿y con qué objeto?  
 ¿Tendrás menos orgullo, menos pompas  
 Y más virtud? ¿Serás del hombre amigo?  
 ¿Amarás a tu hermano? ¿Tu victoria  
 Será ya razonar y ser lumbrera?  
 ¿Destrozarás la guerra, esa horrorosa  
 Vieja cuchilla de la cual chorrea  
 La sangre sin cesar? Dime, ¿tu historia  
 Será menos cruel, y menos piedras  
 Lanzarás a las frentes pensadoras,  
 A los héroes, apóstoles y mártires?  
 ¿Ante el dolor ajeno, si no gozas,  
 Dejarás penetrar dentro del pecho  
 La blanda compasión consoladora?  
 ¿Serás más reflexivo, grave, serio,  
 Y tu risa burlona  
 No herirá especialmente a los caídos  
 Y a los que un mal irremediable postra?

Dí, responde, ¿serás menos altivo  
Delante del humilde que te implora;  
Más dulce con el mísero  
A quien fuerza fatal mueve y trastorna;  
Menos grande delante del pequeño;  
Mejor para el malvado que zozobra?  
¿Mezclarás con un poco de ternura,  
Médico, tus ponzoñas,  
Sabio, tu ciencia, justo, tu justicia,  
Legislador, tus leyes rigurosas?  
¿Serás menos brutal? ¿Serás clemente  
Con el monstruo que llora,  
Y un Abel menos lúgubre y severo  
Con el Cáin que a tu piedad se torna?  
¿Y tú, si tú no eres  
Más que un Cáin y un monstruo y un hipócrita,  
Vendrás despavorido,  
En deliquio dulcísimo y devota  
Solicitud, a prosternarte pálido,  
Al resplandor del alba prodigiosa  
De la eterna clemencia? Un Dios ocupa,  
Hombre, en lugar cualquiera en una órbita,  
Y antes de hacerlo, fuera bien buscarle  
Útil empleo; pues el Dios que abonas,  
Cuando no es un refugio, es un peligro.  
¡Ah! senil y pueril, siempre y ahora  
Importunando al cielo,  
Cárdena soledad, con tus lisonjas,  
Quieres un Dios, de miedo  
De perder la costumbre; porque doblas  
La cerviz bajo el yugo, del pasado.

Quieres un Dios, para seguir la moda;  
Porque sí; para nada;  
Para hacer, mientras esperas que en la fosa  
Caiga para podrirse tu cadáver,  
Lo que hicieron tus padres; lo que notas  
Que hacen todos; lo que hizo tu nodriza;  
Por fastidio; porque eso te acomoda;  
Para sentir sobre tu frente un amo;  
Para tener también alguna cosa  
Que poner en tu inútil juramento  
Y agregar a tus rudas palabrotas.

\*

¿Te das alguna cuenta,  
En fin, del vasto sueño en que la onda  
De tu destino fórmase y se extingue:  
Eterno sueño que infinito flota  
Y que los hombres universo llaman?  
¿Ves su lado fatal, sumido en lóbrega  
Oscuridad, herido, castigado?  
Dos abundantes manantiales brotan:  
Aquí leche, allá sangre;  
Y turbado el espíritu se agobia.  
Se ve debajo de la enorme teta  
La enorme llaga hedionda,  
Y al mirar a su lado a la implacable  
Atropos infernal, Lucina llora.  
¡Ay, mísero infeliz! ¡Ay, triste humano!  
Si hay alguien que trabaja y no reposa,

Engendrando, creando, produciendo,  
Otro hay también que sin cesar devora,  
Descompone y destruye. Ese hilandero  
Da a tal destrozador todas sus obras.

En el horror sin límite los seres  
Esparcidos están, y los sofoca  
La sombra, más que los anima el día.  
Del abismo al través la luz se agota,  
Y al hundirse en el éter, se disuelven  
Las ondas luminosas.  
La oscuridad, hacia la cual se tienden  
Todos los brazos, lívida, brumosa,  
Es allá la que siempre  
Hace la noche fúnebre y ahonda  
Ese inmenso agujero  
Para engullir la claridad hermosa.  
Hagan lo que pudieren  
Héspero fiel y la rosada aurora,  
Cuanto a nosotros mira  
No es más que una prisión malsana y lóbrega.  
Todo sufre, no obstante el vasto esfuerzo  
Del alba generosa.  
¡Qué nocturna espesura necesita  
El sumidero inmenso y cuánta sombra  
Para romper y amortiguar la enorme  
Flecha del sol! Y bien, ¡ve y reflexiona!  
Marte es negro; parece que Saturno  
En reflejos sangrientos se colora;  
Los cielos son brumosos, y voltean

Pálidos los planetas en sus órbitas.  
 Cuanto a este tu globo, todo tuyo,  
 Gritos, lamentos, lágrimas, congojas.  
 ¿Tiene tu esfera un Dios? Ah, si él existe,  
 Desmiente sin cesar, eclípsa, borra  
 El astro, la belleza, el firmamento.  
 Que dé tu Dios un canto a la paloma;  
 Que revista de amor a la curruca  
 Y al ruiseñor de júbilo, ¿qué importa,  
 Si los hace acechar por el milano?  
 Envidiarse a sí mismo; ser esponja  
 Impregnada de hiel; aborrecerse  
 A sí mismo también: tal es la odiosa  
 Oscura ley del ente lamentable.  
 Tu horrible cielo, que el furor transforma,  
 Muge, cual buey en el establo. En cuanto  
 A la humana familia, mira:

¡Hordas

De esclavos y verdugos;  
 Cúmulo de cenizas y de escorias  
 Do se inflama la brasa de los héroes;  
 Montón de paja y hojas  
 Que un soplo apaga y otro soplo enciende;  
 Multitud numerosa  
 Que se la ve pasar en la humareda,  
 Después que, cual visión fantasmagórica,  
 Se la ha visto moverse un solo instante!  
 Apenas una negra mancha humosa  
 Queda de todo aquello. Sus caudillos

No tienen rumbo fijo y base sólida,  
 Y sus dioses, producto del cerebro  
 De los hombres, sin arte, plan ni norma,  
 Con sólo dar sus títulos, revelan  
 La deforme torpeza de su historia.  
 Cañones, en reemplazo de los carros  
 Armados de cortantes segadoras;  
 Tronos, horcas, hogueras;  
 Arquerías triunfales espantosas;  
 Perfiles de los césares ecuestres  
 Debajo de los pórticos, — antorchas  
 Haciendo el hombre de esos resplandores;  
 Un reflujo de sombra  
 Tras un flujo de luz; odio y rúido:  
 Hé aquí la humanidad. La muerte sola  
 Es lúcida. La vida  
 Pertenece a la noche. Proporciona  
 Armas la ciencia al ánima suicida.  
 Aun la misma evidencia se equivoca.  
 Todo miente; y escarba el escarpelo  
 Hiriendo los espíritus. Indómita  
 La materia se impone. Los sentidos  
 Hacen a la razón, tímida diosa,  
 Llamamientos obscenos. Crece el vicio,  
 Parásito voraz, infame roña,  
 Sobre la carne. El mal tienta al espíritu,  
 Y el espíritu trémulo se encorva.  
 ¿A fin de regular esos debates,  
 Está allí la conciencia? En buena hora.  
 Mas ¿por qué hablar tan bajo? ¿Tiene miedo?  
 Ve tu ruindad de que haces tu victoria.

¿Hay acaso, — aunque el cielo  
Tenga también su noche negra y hórrida, —  
Hay acaso un rincón del firmamento,  
Bañado en luz o en sombra,  
Que sobre tí no lance una mirada  
De indignación y cólera?  
¿Existe por ventura  
Una virtud que el hombre, en su dudosa  
Senda, no haya afrentado ni negado?  
Interrógalas todas.  
Pregunta al abnegado sacrificio,  
Al valor, al amor, a la fe heroica,  
Lo que piensan del hombre, ser funesto,  
Aspero y vil, según quien se le oponga.  
La justicia le teme  
Cuando mira su toga.  
Pregunta a la inmortal sabiduría  
Quién es él. Interroga  
A la madre de senos remordidos;  
Pregunta a la hacedora  
De ingratos, la bondad. Fanal perdido  
Es el deber. Se comba  
El que súbitamente se engrandece;  
Y quien nace pelagra. Job, Mahoma,  
Jesús, Voltaire, Demócrito y Heráclito  
Y Timón y Pangloss y los que lloran  
Y los que ríen, míseros vivientes,  
Todo se hunde en quimeras o solloza.

Allá, descoloridas  
Tumbas; aquí, desiertos donde moran  
El búfalo y la víbora cornuda,  
Donde envenena el sol bayas y rosas  
Y matorrales, y la luz se emplea  
En preparar ponzoñas.  
A la puesta del sol, cual moribundos,  
Los horizontes pálidos se tornan.  
Este globo, cubierto  
De aguas y arboledas temblorosas,  
No se sabe qué gritos y qué ahullidos  
Interrumpe y ahoga,  
En un balance trémulo  
De praderas, de bosques y de olas.  
Todo amenaza y todo se estremece;  
Y la mar rumorosa  
Acostumbra a la tierra miserable  
A la inmensa amargura de sus ondas.  
Tu universo parece estar inquieto,  
Hombre. ¿Ante quién? Lo ignoras.  
Todo fugaz se desvanece. El día  
Tiembla y teme morir; la noche odia.  
El ser es el horror: mole confusa  
De máscaras y bocas  
Lúgubrementes unidas y mezcladas  
En furia aterradora.  
Como dos aves negras  
Que se persiguen sin cesar, acosa  
A la noche el relámpago en la fuga  
Del viento; y en el fondo de estas hoscas  
Alarmas, entreabre

Natura misteriosa  
 Su ojo anegado en lágrimas sombrías.  
 El ser es taciturno; melancólica  
 Su apariencia, y atroz, aborrecible  
 De ver, para el espíritu que ahonda  
 Sus arcanos. De allí, en sus aleteos,  
 La desesperación.

\*

Tú reflexionas,  
 Y dices: — Veo el mal; quiero el remedio;  
 Soy Arquímedes; busco la ingeniosa  
 Palanca. — Tu remedio está en tu mano:  
 Hacer el bien. Y la palanca sólida:  
 Amar, amarlo todo,  
 Y no odiar ni envidiar ninguna cosa.  
 Hombre, ¿quieres hallar lo verdadero?  
 Busca lo justo.

\*

Mas, en cuanto al dogma  
 Nuevo y joven o viejo y desgastado;  
 En cuanto a las patrañas mitológicas  
 Y a los santos; en cuanto a las absurdas  
 Religiones, la peste perniciosa  
 Que inocular el error y siembra miedos,  
 Falsos presagios y mentidas crónicas;

En cuanto a todos esos  
 Enjambres de doctores, que pregonan  
 Su ciencia, maldiciendo  
 Cada uno de ellos lo que el otro elogia;  
 Esos que hablan y rezan entre dientes,  
 Y que piden limosnas o las roban;  
 Esos que, sin cansarse, a lo infinito  
 Injurian y provocan,  
 Y harían abrigarse al Dios excelso  
 Bajo de un mosquitero en una alcoba;  
 En cuanto al daíro rey; en cuanto al papa  
 Vicario; en cuanto a todas  
 Esas biblias que cada edad inventa,  
 Zend-Avesta, Talmud, King, Veda y otras,  
 Todo eso es solamente  
 Una mezcla confusa y corruptora.  
 Estudiando esos temas, pobre ciego,  
 No hallarás lo real, como no tomas  
 Insultos y blasfemias  
 Para arreglar un cántico.

¿Y qué importa

Después de todo, dí, que el hombre crea,  
 Ore o incautamente con su propia  
 Ilusión a sí mismo se fulmine;  
 Que adore al Todo anónimo y sin forma,  
 O al espíritu puro, o una estatua  
 De bronce, o una momia,  
 O un recorte de azul en el espacio;  
 Que se pierda del cielo en la derrota,

O estúpido y feroz se fanatice  
Con la embriaguez hedionda  
De las hogueras que atizó su celo;  
Que su fe religiosa  
Tenga manos y pies y vientre y senos,  
Y, cual bacante loca,  
Se entregue a los humanos apetitos,  
O que sea vapor, niebla, humo, sombra;  
Que en la iglesia su Dios se petrifique,  
O se esparza volátil en la atmósfera;  
Que el hombre, torpe, impuro,  
Persiga, en su tortuosa  
Ruta de topos, la abstracción a veces  
Y a manitú otras veces; que se absorva  
Contemplando ya un cirio ya una estrella;  
Que adore un templo, o ponga  
Su místico fervor en una idea;  
Que, creyendo ver dioses en la hojosa  
Espesura del bosque, llame Argésio  
Al relámpago, Bóreas  
Al aquilón y Esteropés al rayo;  
Que, cubierto de joyas  
Y recostado en lecho de oro el uno,  
El otro sobre esteras y sin ropa,  
Guarden el negro sus tabús y César  
Sus lares; que el flamín, con capa corta  
De lino, inciense a Jove; que se tenga  
Un Dios sobre la alfombra  
Imperial, otro Dios para el tribuno  
Y otro para el esbirro; que la estofa  
Sea varia y diversa la medida

De los dioses y diosas,  
Según su rango, para el siervo humilde  
Diosecillos de alcorza,  
Para el alto señor dioses de mármol;  
Que, para honor y gloria  
De un Indra segundón, un brahmanista  
Se deje comer vivo por las moscas;  
Que, por catar salchichas en cuaresma,  
El hombre caiga en la infernal mazmorra;  
Que para hacer un Pedro sea bueno  
Un Júpiter Ammón, y que la ansiosa  
Multitud, en el fondo de las altas  
Basilicas grandiosas,  
Use el dedo mayor de un pie pagano  
Para besos católicos, notoria  
Prueba de que un Altísimo caído  
Es útil otra vez si se le dora,  
Y también de que un dios vencido y muerto  
Fácilmente en un santo se transforma;  
Que, así como se lanza  
Sobre un fiero bulldog un terranova,  
Furiosa la mezquita  
Muerda a la sinagoga;  
Que Borgia dé a la Virgen un abrazo  
Y a la Panagia un puntapié; que Roma  
A Moscova desdeñe; que los muros  
Sagrados cambien su inscripción simbólica;  
Que la blancura de Hildebrando sea  
Lo negro de Caifás; que dé a Mahoma  
El hombre una gran cúpula aplastada,  
Y dé a Nuestra Señora

Un coro de finísima estructura  
Tallado de manera primorosa  
Y al elefante blanco un abanico  
De plumas y de blondas;  
Que encuaderne sus dioses a la rústica  
En muchos gruesos tomos; que proponga  
La cuestión de saber si fué el Parnaso  
Quien vió a la hidra diosa  
Anfitrite Cetón salir del triste  
Mar azul, o si a la Élide le toca  
El honor de haber visto la primera  
La sierpe aterradora;  
Que dé a la esfinje Tebas  
Y Tiro a Belzebuth; que llame Andrómeda  
A una constelación, y llame al día  
Febo o Adonis; que las flautas oiga  
Invisibles de Pan; que alce en el llano  
Un pesado cromlech con piedras toscas,  
O haga que el griego Fidias  
Esculpa el Partenón; que a su Dios coja  
Y lo monte en un asno o en un águila;  
Que alabe a la Madona,  
O que sirva a Bäl y a Bälitida;  
Que sea monseñor y tenga esposa,  
O fétido dervís, o monge sucio  
Y barbudo, o idiota  
Lego, o hermoso diácono, o ministro  
Muy reverendo, o cura de parroquia;  
Que siempre en derredor de la mentira  
La insensatez se agrupe presurosa;  
Que no pueda el platero más ladino,

Con lente microscópica,  
Distinguir de los dioses verdaderos  
Los falsos; que a Endor tenga la platónica  
Ilusión; que la carne tenga a Pafos;  
Que cree a Dios la humanidad piadosa  
Para creer en él; que, so la ruda  
Presión abrumadora  
Del sagrado temor y bajo el peso  
De regiones ignotas,  
Las religiones salgan del espíritu  
Humano como el agua de la esponja;  
Que, sin saber por qué, en un negro cúmulo  
De delirios, el hombre elija un dogma;  
Que, aceptando a Irmensul, a ciegas, eche  
Al demonio a Moloch; que un Dios escoja  
Infame y con su Dios se contamine,  
Manifestando escrúpulos de monja  
Respecto de cualquier otro fetiche;  
Que, a fin de conocer si Dios se enoja  
O está de buen humor, consulte al viento,  
A la nube, a las olas,  
A la llama o al ave que se cierne  
Sobre las tempestades; que haga sopas  
Para ese Dios, con carne le alimente  
De animales inmundos o con tortas  
Sin levadura o con el pan cocido  
Tres veces, — dí, mortal, en qué impresiona  
Eso, todo eso, al pozo de la noche?  
¿Todo eso qué le importa  
Al precipicio enorme, do la vida  
En sombra y niebla y viento se transforma;

Do huraño el soñador sólo percibe  
En la siniestra vaguedad medrosa  
Un inconmensurable  
Hundimiento de espectros y de sombras;  
Donde el brillante día  
Palidece, se borra  
Y muere para siempre en el vacío  
Sin límite, sin tiempo, sin aurora,  
Al sepultarse en la ceguera lúgubre  
De esas inmensidades espantosas?

Inventa tú también, si lo deseas,  
Tu doctrina especial. Cuando tu obra  
Esté ya terminada, cree en ella.  
Tú puedes combinar, si se te antoja,  
Otras idolatrías.

Tras aquellos  
Torbellinos de fe supersticiosa  
Y desacreditada; después de esas  
Larvas devastadoras,  
Belo, Ammón, Jano, Thor, Odín, Osiris,  
Que la guerra creó; después de toda  
Esa suma de cielos y de infiernos  
Y edenes y locuras que trastornan  
El humano linage, y las hurfes  
Dando la mano a las walkyries blondas;  
Después del dios-dragón y del dios-buey  
Y Kronos y Pandora

Y Dagón y Magog y Gog, traídos  
Y vueltos a traer por las brumosas  
Noches más largas cada vez y oscuras,  
Hombre, dí, ¿qué le importa  
Al infinito lívido que sientas,  
A la orilla flotando de las cosas  
Hechas por tí en la niebla del destino,  
Una fútil creencia religiosa  
Más pasëar su soplo de fantasma  
Sobre tu frente, y que en la informe sombra,  
Do sueñas una cúpula,  
En la etérea región negra y traidora  
Como la mar profunda,  
Pase un Dios más sobre tu piel vellosa?

\*

¡Ay! toda religión, hombre, la tuya  
Como cualquiera otra,  
Es un triste ejemplar de la impotencia  
Que se apoya en la cólera.

Cualquiera religión, la que profesas  
Igualmente que todas,  
Es un aborto del humano sueño  
Delante el ser y el firmamento. El dogma,  
No importa cual, judío,  
Griego o egipcio, angosta  
A su talla la luz, lo verdadero,

Lo ideal, la justicia, la grandiosa  
 Envoltura estelar de nuestra esfera,  
 La unidad, el abismo, el astro, y corta  
 En su patrón mezquino lo absoluto.  
 Los cultos, así en Menfis como en Roma,  
 Sólo son reducciones de lo eterno  
 Sobre el hombre: son sombras  
 De la radiante claridad; fragmentos  
 De la existencia indivisible; toscas  
 Máscaras del incógnito infinito  
 Vacías en la humana faz. La obra  
 De esos cultos es vil; su pobre trueno  
 Es un brazo que arroja  
 Dardos de azufre; su ámbito no acepta  
 La inmensidad, y sus abismos colma  
 Un Tifón, un Odín, un Adonai.

Y bien, los que pensáis con mente propia,  
 Desmentid el Olimpo,  
 Negad el Sinaí; y en vez de toda  
 Esa farsa, en lugar del vano cielo  
 Que de un monte en la cúspide se apoya,  
 Y del inquieto Eolo agujereando  
 Los odres de la lluvia, y de la ronda  
 De los cuatro caballos apolíneos  
 Que sobre el duro firmamento trota,  
 De furor relinchando y de alegría,  
 Hacia la noche que huye presurosa;  
 En vez de esos palacios  
 De nubes y de llamas, donde flotan

En transparencia dioses de ambos sexos,  
Y do, los rayos en el puño, moran  
Esas calamidades que Allah, Theos,  
Fo, Sabaoth, Ormuzd el hombre nombra;  
En vez del elefante  
Pontifical y augusto que soporta  
En su cráneo los cielos y en su grupa  
El infierno; en lugar de la famosa  
Leyenda de ese mar en el desierto,  
Por entre cuyas ondas,  
Cual murallas de vidrio suspendidas,  
Se desliza Moisés con su colonia;  
En lugar de esa luna del Calvario  
Tan extraña y tan roja  
Con la sangre sudada por el Cristo;  
En vez del falso sol que Apolo escolta  
Y que Josué detiene, y de las aguas  
Sobre las cuales un Jesús reposa  
Y camina, de estrellas coronado,  
Mostrad a los imbéciles o hipócritas  
Bonzos negros que el templo  
Y el arca santa guardan y custodian,  
¿Qué? la Rêalidad, ese prodigio  
Inaudito; la luz, la luz hermosa,  
Ese aspecto vastísimo y abierto;  
La muerte redentora  
Fecundando la vida y transformando  
La oruga en mariposa  
Y la tumba en la cuna donde anida  
El alma, esta paloma;  
La virtud, el milagro de los gases,

De los imanes, de las fuerzas cósmicas;  
El infinito tenebroso, lleno  
De explosiones de luz deslumbradora;  
La sombra, con más soles en su seno  
Que hay en los mares infusorios y ovas;  
La de los mundos grande, formidable  
Confrontación; las blancas nebulosas;  
La estrella, astro central, y nuestra tierra  
Girando; el hombre, imperceptible mónada  
En el todo radiante; los cometas  
Incomprensibles; las inmensas órbitas;  
Las enormes esferas torbellinos,  
Y las esferas sólidas;  
Y universos sin fin, y creaciones,  
Y creaciones; enseñad la gloria  
De la estrellada noche, las celestes  
Profundidades santas y radiosas;  
Mostrad al sacerdote los abismos  
De la vida; mostrad a los idólatras  
Los océanos de seres,  
Y les oiréis gritar: — ¡Horror! ¡Apóstatas!  
¡Eso no puede ser! — Veréis los cultos,  
En pleno paroxismo de su cólera,  
Arrojarse, paganos, sobre Hicetas;  
Cristianos, sobre Bacon y Cristóbal  
Colón y Galileo,  
Y estremecerse el ara milagrosa  
Sobre la tierra, y los doctores pálidos  
Vacilar, y temblar las sinagogas,  
Y, delante de Dios, las religiones  
Retroceder.

\*

¡Exaltación rabiosa!  
 ¡Fanatismos! ¡terrores! ¡Ah, la fábula  
 Sobre la humana estirpe se remonta,  
 Y sobre todos esos  
 Ojos cerrados por letal modorra  
 Vertiendo está sus turbios desvaríos!  
 ¡Qué sueño! ¡qué montón de adefesiosas  
 Necesidades olímpicas! ¡qué furia!  
 ¡Qué miedo! ¡qué zozobra!  
 ¡Qué infierno!

¡Basta, sacerdotes! ¡basta!

La bacante desnuda ríe y folga  
 En el infame bosque; el indio cuelga  
 De los ganchos de fierro, y sangra, y goza;  
 La madre con la carne de sus hijos  
 Alimenta piadosa  
 A su Bää́l-Berith, el dios hornaza  
 De los dientes de fuego; aquí se adora  
 A la Noche; acá un templo se levanta  
 Al Hambre; allá se vota  
 A la Guerra holocaustos; el caballo  
 Del imán de los árabes galopa  
 Sobre seres humanos que le ofrecen  
 De sus humildes frentes las baldosas  
 Y la basura de sus almas; China  
 Da a la ley, a las artes, al idioma,  
 Al derecho, a los usos, la insensata

Forma de sus pagodas.  
¡Cuántos vivieron sin haber nacido!

Y de esos que se exaltan y apasionan,  
Infelices creyentes, sobre quienes  
Sus anchas garras posa  
El águila romana; de esos fieles  
A quienes el infame yugo agobia,  
Yugo aceptado y vil, yugo insolente  
Sobre todas las cosas  
Que ante el cielo forjaron infalibles  
Los que fueron espanto de la Historia,  
Hombres-dioses, pontífices llamados;  
De esos infortunados que se postran,  
Nada hay más triste que su fe siniestra,  
Su fe absoluta en la papista Roma.  
Roma, bajo los césares carnero,  
Es debajo la cruz bazar y lonja.  
¿Cuál peor, la de Pedro o la de César?  
Ella con uno y otro se acomoda  
Alternativamente,  
Y acepta a los que van. ¡Lista espantosa!  
Ese vampiro es Juan; aquel espectro  
Es Calixto; ese sátiro que enloda  
El ara es Bonifacio, quien procrea  
En sus sobrinas propias;  
Hace Urbano que mueran desangrados  
Cinco clérigos; Borgia  
Vergüenza, mancha, deshonor sería  
En Sodoma y Gomorra;

Tiene Gregorio la incendiaria tea,  
Y Sixto empuña el hacha destructora;  
Simplicio miente; Félix es desastre;  
Ese Inocencio es criminal, ahorca  
Y quema su redil; ese Clemente  
Lo descuartiza; es Pío ese que roba  
En el templo; ese Julio es el escándalo,  
Como Jesús es el ejemplo; todas  
Las pasiones cogidas de la mano,  
Todo lo más bestial, toda la escoria  
Y la insolencia humanas se dan cita  
En la eterna ciudad; todo se agolpa  
En ese lupanar: dolo, perjurio,  
Impureza carnal; raras, ignotas,  
Torpes iniquidades,  
Y prácticas hediondas;  
Los más horrendos crímenes sin máscara  
O con máscara hipócrita;  
Vicios, todos los vicios, los más feos,  
Sucios, desnudos, repugnantes. Roma  
Llama a su lecho a todos esos viles  
Trasnochadores; Roma la católica,  
Corredora y tercera de las almas,  
Rie, y rasgando sus manchadas ropas,  
Con la tiara en la sien, se prostituye.  
Y, en tanto que Trajano se abochorna  
Y se estremece Bruto ante la afrenta,  
Ellos, los que se arrastran y se postran,  
Esos pobres dementes que se entregan  
A esa Babilonia,  
Cantan, y creen ver a la celeste

Sion, de la cual adoran  
Todo, fraudes, hogueras, anatemas,  
Inquisición, lujuria, ritos, dogmas,  
Las terribles matanzas que organiza  
Y los santos que forma  
Y los reyes feroces que consagra.  
Y, orgullosos del yugo que soportan,  
El corazón en éxtasis, cautivos,  
Enamorados, trémulos, se encorvan  
En el suelo, y aspiran con delicia  
Cuanto esa inmunda meretriz arroja.

¡Y decir que la tierra toda entera  
Es presa irredimible de las tontas  
Afirmaciones de esos hierofantas  
Sin piedad, sin bondad, sin luz, sin lógica,  
Y que allá, en los confines indecisos  
Que el horizonte borra,  
Inquieto el pensador sólo percibe  
Sombras, sombras y sombras!

---

## NADA.

¿Hay alguien oculto que viene en mi auxilio,  
Oh tétrica noche?  
Yo callo y escucho. ¿Quién va? ¡Sombra oscura!  
¿Quién es? Una boca me hablaba, y hablando  
La boca terrible salió de la bruma.

— «La creencia es hidra y os devora el pecho.  
Negad, negad todo. Vivientes mortales,  
El átomo sale y a entrar vuelve luego.  
Ni cielo ni infierno.  
La sombra se esparce. No hay centro ni foco.  
No hay nada que exista de un lado ni de otro.  
Dormid. Todo muere. Dormid.»

Así habló

La boca en la sombra con extraña voz.

¡Oh noche! ¿qué especie de auxilio me envías?  
 ¿Quién es este aliado?  
 La voz clamorosa prosigue. Escuchemos.

— «¡Oh género humano,  
 Inmenso hormiguero, fatal muchedumbre!  
 El hombre es un ente que flota; eso es todo.  
 Su vana apariencia se yergue un instante;  
 Su vida es un soplo;  
 Palpita en la escala del tiempo preciso  
 De ser ciego, obsceno, funesto e inicuo,  
 ¿Y qué es lo que resta? La tierra recobra  
 Su grano de polvo, y dice: ¿Ha existido?  
 ¿Y la tierra misma existe? ¡Oh ceguera!  
 ¡Tinieblas! ¡tinieblas!  
 ¿Por qué llamáis almas a esos fuegos fatuos?  
 Mortal, eso es nada.  
 Duerme, pasajero. ¿Qué es lo que reclamas?

«Hombre, sólo tienes tuya y disponible  
 La hora en que triste o alegre te mueves  
 En este conjunto de nieblas perennes.  
 Hombre, gota de agua,  
 Si se abrió la onda y la mar te traga,  
 ¿Para qué la lucha?  
 Toma en tu destino lo que en él hay claro  
 Tu inestable minuto,  
 De abril la sonrisa, las flores de mayo,  
 Y deja entre tanto  
 Que el eterno abismo la onda eterna vuelque.  
 Hombre, vive, muere.

«Pobre hombre, tú quieres un ente divino  
 Para ser en él,  
 Y si tú convienes en que haya infinito,  
 Es para ocuparlo y reaparecer.  
 ¡Cómo! ¡vivir antes, antes que la vida,  
 Y después de muerto persistir también!  
 ¡Ir con tu destino, hombre, de la sombra  
 Inmensa al través!  
 ¡Que esta maquinaria, el cosmos, cubierta  
 Por velo confuso,  
 Por tí se complique, llevando en sus ruedas  
 Tu yo miserable siempre y para siempre!  
 ¡Que el todo que rige la incógnita norma  
 Necesariamente de tí se componga!  
 ¡Que ya tú no puedas ausentarte nunca!  
 ¡Que viviendo siempre, antes de la cuna,  
 Después de la tumba,  
 Tú seas el fondo de estas superficies!  
 ¡Que jamás el hombre, borrado, abolido,  
 Se llame finado, descanso y olvido!  
 ¡Cómo! ¡qué! ¡que el hombre devolver no deba  
 Lo que ha recibido!  
 ¡Él es: lo que prueba que también será!  
 ¡Qué! ¡el hombre, ceniza por sobre la cual  
 Pasó débil viento de vida soplando  
 En la oscuridad,  
 Ser alguien! ¡Qué absurdos pudiste soñar!  
 ¿Existe este mundo? ¿Quién sabe si existe?  
 ¿No existe? Es posible;  
 Pues todas las cosas engañan y fingen  
 Y flotan. Lo cierto no está en lo visible.

¡Mas tú, cresa, hormiga, molécula, polvo,  
 Ocupar un sitio cualquiera en el magno  
 Tenebroso caos!  
 Sueño de la nada, sueño del vacío  
 En el cual tu orgullo necio se chasquea,  
 ¿Cómo creer puedes, en tu desvarío,  
 Que un Dios, si él existe,  
 Se fije en tí, larva, y vele y medite,  
 Movido y turbado por tu aliento efímero,  
 Allá en los abismos de su eternidad?

«Espíritu puro, materia grosera,  
 Masa ciega y sorda o excelsa deidad,  
 Este inmenso mundo, sea lo que sea,  
 Es algo que nunca debió comenzar  
 Y es lo que no debe nunca concluir.  
 ¿Cómo, pues, pretendes tú pertenecer,  
 Hombre, a la perfecta, suprema unidad,  
 Y ser del gran todo fracción esencial,  
 Tú, fugaz relámpago,  
 Tú, mónera débil sorbida al nacer  
 Por la honda vorágine  
 Eterna, a la cual  
 Una ojeada incierta e insensata das,  
 Que mueres apenas  
 De tu vida puedes el grito lanzar?

«¡Ah, mísero Adán! ¡ah, copo de nieve  
 Tenue que se funde antes de caer!  
 Triste humanidad,

¿No es ya demasiado nacer? En verdad,  
¿No es ya demasiado, oh género humano,  
Tener que vivir  
Tu vida agitada, tan rápida y breve?  
¿No te basta acaso, corpúsculo leve,  
Por más que tu cieno se sienta ofendido  
De ello, aparecer  
Una sola vez  
En el luminoso rayo que se enciende  
Sobre el negro abismo?  
¡Ah! el hombre eterno: he aquí lo que el hombre  
Comprende. ¿Preguntas al cielo, al enorme  
Cielo que ignorante  
Te asorda de rayos, te ciega de estrellas,  
Qué estambre te liga, oh mosca, a sus telas;  
Cómo tiene al hombre; cuál es ese lazo?  
¡Debieras sentirte de tal modo nulo  
Y vil sin embargo,  
Como que con esta  
Escoria mezquina que llamas tu esfera  
El cielo, si hay cielo, no tiene que hacer!  
Cuanto él fecundiza, contiene, prepara  
O encubre está fuera de tí, débil ráfaga,  
Que una noche tienes por futuro próximo.  
¡Ridículo esfuerzo de atar a tu mónada  
La cúpula inmensa de horror y de sombra!  
¿Con que necesitas ser parte integrante,  
Tú, del universo?  
¡Frágil forma, carne  
Prometida al hambre del sepulcro, bástente  
Tus propios gusanos!

«Y, por otra parte, dime, con qué objeto  
Encajar al hombre, personaje oscuro,  
En los eslabones del fatal misterio?  
¿A qué ser un pliegue del flujo y reflujó  
Que por la existencia pugna y ya no es?  
¿Con qué objeto ser  
Cifra y ser contada como una entre tantas  
En la muchedumbre que no es más que espuma  
De la marejada?  
Mira. Todo es vano, fugaz, triste, y antes  
Que el ser aparezca, todo se deshace.  
Los grupos de soles y planetas, globos  
Quizá menos negros que lo sois vosotros,  
O quizá más fúnebres;  
El zodiaco lúgubre  
Incesantemente subiendo al zenit,  
Bajando al nadir;  
Ese enorme Júpiter;  
Ese Marte rojo, y esa Venus alba,  
Y el áureo Saturno, — claros paraísos  
U oscuros presidios que pueblan los sueños  
Con ángeles malos o espíritus buenos,  
Según son las sombras que dan a sus rostros  
Sus altas montañas;  
Los varios celajes que encienden o apagan  
La tarde sangrienta, la rubia mañana;  
Las lunas que muestran espantosos flancos;  
Esos indecisos torbellinos pálidos,  
Abismos que arrastran en sus oléajes  
Orientes de soles y mundos que nacen;  
Las nébulas blancas, vagas creaciones

Que vense en el fondo de los entrabiertos  
Y negros abismos que tiene la noche;  
Ese enmarañado plexo de universos  
Y astros, cuyos hilos pálidos, inmensos,  
Sin fin se devanan en los campos donde  
Pyrrhón vió el vacío y Platón el cielo:  
Espectros extraños, sin otro común  
Enlace fatal  
Que el que un eslabón liga a los demás;  
Las constelaciones que en confusa mezcla  
Mueve de los años la invisible rueda  
Y que aterrarían a quien penetrara  
Hasta lo profundo de sus setentriones;  
Las hórridas máscaras  
Que los pensadores entreven en sueños  
Detrás de las nubes; esos firmamentos  
Sin cesar sondados, inestables e inciertos;  
La lluvia de bólidos  
Errantes que cruzan la región etérea  
Muy más numerosos que enjambres de abejas  
En las bajas cumbres del Himeto vuelan;  
Esos metéoros que furiosos arden;  
Esos vagabundos cometas que a veces  
De un cielo se evaden  
Cual de un calabozo; todas las especies  
De mundos son sólo las formas sin nombre  
De la oscuridad  
Vasta y taciturna de la inmensidad.  
¿Y qué habrás ganado, oh espíritu enfermo,  
Cuando hayas mezclado  
Al hombre y sus penas, su ruido y sus ansias

A todas aquellas espirales de humo  
Que en la noche vagan?

«No hay Dios. Niega y duerme. No eres responsable.  
Bien puedes burlarte de lo inaccesible  
Tú, sombra impalpable.  
No hay cielo: sé humilde. Tampoco hay infierno;  
Haz lo que te plazca, y alégrate, polvo;  
No te espera nadie.  
He dicho.» —

Tú has dicho: — No hay infierno. Sea. —

Pero nada, nada tras de la existencia,  
Nada antes; la noche tras la luz del alba;  
En la especie humana  
Un renacimiento de instinto animal;  
El bien no teniendo razón contra el mal,  
Como no la tiene contra el polo el trópico;  
Cualquier Melgarejo, De Sade o Tenorio,  
Triunfante, insolente, canalla y bribón,  
Riéndose del fraile Vicente de Paul;  
Todo reducido al átomo inerte,  
Sordo e inconsciente,  
A veces verdugo y víctima a veces;  
En todo apetitos y todo epigástricos;  
Y, por cuanto existe, la aurora, los astros,  
El día, la noche, la tierra, los cielos,

Todo el universo,  
 Desmentido Sócrates  
 Y corroborados Lacenaire y Yago;  
 Por único dogma sentar: — «No hay virtudes  
 Ni vicios. Sé tigre, si puedes inmune.  
 Con tal de que goces,  
 Vive como quieras, para que concluyas  
 No te importa donde»; —  
 Calígula, sabio, y Aristides, loco;  
 Jesucristo y Judas  
 Disgregados juntos, después uno y otro  
 Devueltos mezclados a la sombra eterna,  
 Sin que en lo profundo del ser infinito  
 Do mueren las vidas, el átomo sepa  
 Si él fué el Iscariote o él fué Jesucristo! —

Sí; no más infierno; no más ese inicuo  
 Delirio de Roma; no más el maldito  
 Tentador que astuto tras el hombre ronda.

¡Mas decir que todo lo nivela todo;  
 Yo creo, tú niegas, ¿qué importa en el fondo?  
 El honor imbécil, el martirio tonto;  
 Vacío de almas; ablación completa  
 Del yo perdurable; la supervivencia  
 Por siempre abolida; la igualdad infame  
 Del astro que brilla y el fango que apesta;  
 La vil podredumbre ¡oh dolor inmenso!  
 Reabsorbiendo a Bruto; ni astros ni virtudes;

La noche arrastrando dentro de su fúnebre  
Manto de tinieblas  
Espectros de cielo, fantasmas de estrellas! —

Sí; no más Luzbeles empuñando la horca;  
Sí; no más hogueras de eternal tortura;  
Sí; no más infierno.

¡Pero irresponsables el átomo Atila,  
El átomo fuego y el átomo arena,  
Ciegos, inocentes, lógicos, fatales,  
Sin que el uno pueda  
Ser nunca acusado por los tristes manes  
De un pueblo abolido, de un mundo arrasado,  
Tanto cual los otros por causa de incendio  
O por hundimiento!  
¡Que Homero mendigo y Job en miserias  
Raspando sus llagas una equivalencia  
Sean del gastrónomo  
Trimalción gustando de exquisito almuerzo!  
¿Marco Aurelio es útil? ¿por qué no Tiberio?  
Nerón y Trajano son formas que flotan,  
Y no más. Aquellos llamados autócratas,  
Tiranos, verdugos, déspotas, sultanes,  
Czares, comen carne de hombre cual vosotros  
Comeis pan y carne  
De vaca. ¿En seguida? Para el todo inmenso  
Que el hambre os permite,  
Un grano de trigo candial pesa tanto

Como Catón libre;  
Y, desde el momento  
En que están el hombre digerido y muerto  
El pan, entra todo de nuevo al tranquilo  
Equilibrio eterno.  
Mañana la piedra molar será el mijo;  
Serán devorados los devoradores;  
Aquel que en un tiempo fué un átomo de águila  
Mañana extraviado, sin luz y sin norte,  
Huirá la tutela del átomo que antes  
Fué mansa paloma.  
Las transformaciones  
Del eterno abismo hundirán, oh rey,  
Debajo del polvo que fué mi cabeza  
Lo que era tu pie.  
La oveja hecha lobo teñirá su zarpa  
En sangre, y vendrán  
Judas a ser Cristo y Cristo Caifás,  
Sin que ni siquiera desquite o castigo  
Todo aquello sea; en todo perdidos  
Conciencia y recuerdo fuera del instante,  
Y el hilo rompido  
De los avatares.  
¿Qué llamáis vosotros falso, verdadero,  
Deber i derecho?  
El traidor y el héroe y el apóstol mártir  
Y el crúel verdugo, todo es vano sueño.

¡Oh! que nada sea grande, bueno, puro,  
Sagrado, divino, y que todo sea

Casual, inseguro,  
Bosquejos, escombros,  
Engendros de piojos en la cabellera  
De la inmensa sombra; que la creación,  
Ebria de tinieblas,  
Sea idiota, ciega,  
Y no tenga nada en su extremidad  
Que llamarse pueda justicia, razón,  
Amor y bondad;  
Que después de, imbécil, haber vomitado,  
Ella trague, lúgubre,  
Sin más resultado, sufriendo, creando,  
Que dar a la nada frutos que se pudren  
Y algunos gusanos;  
Que se niegue o dude que esta tierra siente  
Comezón de vida, prurito de seres;  
Que no haya idéales en parte ninguna,  
Ni leyes; que todo sin respuesta quede,  
Y todo pregunte por qué inútilmente;  
Que el ser, — suponiendo  
Que el lívido abismo no vuelva a escupirnos  
Esa voz siniestra, hueca y sin sentido, —  
Presto se disipe,  
Entre fugitivos estremecimientos,  
En un hormigüeo ciego y tenebroso,  
En la noche eterna;  
Que el oscuro fondo de todo se arrastre  
En el fango y sea  
Algo que ignorante despunta sin alba,  
Se mueve sin causa,  
Masa empedernida, deforme y abstracta,

Sin ser ni siquiera prisión, una especie  
De muerte monstruosa  
Y atroz, sin objeto para ir a la cuna,  
Entrar en la noche, salir de la tumba,  
En giro perpetuo, vago remolino  
De polvo que cae . . . . . —  
¡Qué! ¡cuando uno ha sido amado por alguien,  
¡Ay! por más que fueran lamentos y gritos  
Superfluos, ¡no verse jamás! y perderse  
Para siempre, inútil siendo la sublime  
Cita de dos almas después de la muerte!  
¡Qué! ¡La cabecita desaparecida,  
El hermoso niño que te sonreía  
Antes de ausentarse, oh madre, eso es nada!  
¡Todo eso es la noche!  
¡Sueños que se olvidan! ¡ficciones que pasan!  
¡Qué! ¡tú, la que adoro, vida de mi vida,  
Alma de mi alma,  
Tú, que me iluminas, blanca aurora, y haces,  
Mujer, que en mí sienta renacer el ángel,  
Tú, mi dulce amiga, morirás, y luego  
La nada horrorosa reirá cuando pálido  
Te diga en secreto;  
— Espérame, esposa; muy pronto te sigo;  
No temas: prepara mi sitio en el lecho  
Solitario donde dormiremos juntos! —  
¡Qué! ¡la tumba, el único  
Lugar al que todos los hombres tenemos  
Imperioso anhelo  
De amar aquí abajo y sentirlo vivo,  
Estaría muerto!

¡Delante del cielo, no tiene en la tierra  
Razón la esperanza!  
¡La pena profunda que oprime mi pecho  
Expresa una farsa!  
¡No existe el futuro! ¡y el ojo extraviado  
Explora el vacío!  
¡Fosa en lo profundo, mortaja en la altura!  
¡Por torno la vida; por motor la muerte!  
¡La ceguera engendra, girando sin tino,  
La luz, impostura suprema del cielo!  
¡Torpe, inútilmente,  
El ser se cultiva para aniquilarse;  
El mundo, impelido por soplo nocturno,  
Desplomado cae;  
El viento es oscuro cendal de la bruma;  
A fin de apagarse  
Para siempre, todo se enciende un instante;  
Es Todo la rueda, Nada el cabrestante! . . . .  
¡Nada! ¡qué espantoso!

¡Oh! ¡vuelve á tomar

Tu Nada, oh abismo,  
Y danos en cambio tu horrible Satán!

## VOCES.

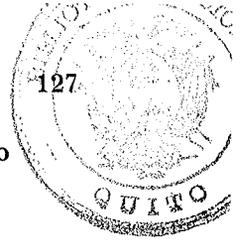
Y yo escuchaba voces en medio de las nubes,  
Y un cántico divino extático se oyó,  
Y horrísona algazara de burlas y réchiflas  
También se desató.

### UNA VOZ

Yo pienso que el caballo es algo maniqueo.  
Si malo es Arimanes, Ormús le quiere bien.  
Herido por el látigo, es él en todo el día  
El blanco del incógnito demonio que le guía  
Y que, árbitro invisible, se sienta encima de él.  
En cambio, por la tarde, él mira un ser solícito  
Y dulce y apacible que de comer le da,  
Que pone paja fresca en su pesebre oscuro,  
Que cura sus heridas y que al trabajo duro  
Clemente sustituye benéfico solaz.  
Alguno le persigue ¡ay triste! pero alguno  
Protégele á su vez,  
Y el bruto piensa y dice: — Son dós. — Y yo me digo  
— Lo mismo debè ser.

## OTRA VOZ

Ha llegado el instante preciso  
 De cortar el quimérico nudo.  
 Esta vida, este esfuerzo tan rudo  
 Que la lengua no sabe expresar;  
 Este error o brabata o locura  
 Que nos lleva a lo no conocido;  
 Este afán doloroso ha concluido,  
 Y se extingue el momento fatal.  
 Muere el hombre, y el alma se evade.  
 Sobre el trémulo hogar pudo verse,  
 Como heraldos de muerte, cernerse  
 Aves negras o blancas, según  
 Del difunto haya el mérito sido:  
 Para el réprobo, cuervo; paloma  
 Para el justo. La muerte le toma  
 Y le incierra en el negro ataud.  
 Se acabó. ¿Qué sucede entre tanto  
 Con la carne, esa fiel compañera  
 En que el alma creía? — Espera  
 Breve término, y busca después.  
 — Ya no está. — Busca aún. — Se ha deshecho  
 Aquel cuerpo. — Prosigue buscando.  
 Hurga, escarba la tierra, palpando  
 En la fosa que se abre a tus pies.  
 ¿Encontraste por fin? Mira. ¿Es esto?  
 — Sí. — ¿Por que? Mira bien. ¿Esto es eso?  
 — No. — ¿Qué es esto? — Ni carne ni hueso.  
 — ¿Es sin forma y sin nombre? — Es así.  
 — Cual la noche es horrendo y es vano



Cual ceniza. Es el hombre. Muy presto  
No hallarás ni siquiera ese resto  
De cenizas y sombras aquí.

¡Ay! que apenas, despojo entre escombros,  
Se acuesta, le asaltan  
Esos mil elementos, sombríos  
Prenderos, que al alma  
Le cedieron un tiempo, y exigen  
El cuerpo que guardan  
Los gusanos. Entonces cada uno,  
Pues tiene por ama  
Y señora la vida a la muerte,  
Desprende y arranca  
La precisa porción que le toca  
De la arcilla humana;  
Que todo átomo que hay en el aire,  
La tierra y el agua  
Es un Shylock feroz que su parte  
De carne reclama.  
¡Oh natura sin fondo! ¡vorágine  
Rapante y avara!  
Por doquiera, de abajo hacia arriba  
Y a toda distancia,  
En la luz, en la noche, en el éter,  
Todo sin tardanza  
Y a la vez necesita y adquiere,  
Todo se abre y traga  
Sin descanso y a un tiempo; la piedra,  
El viento, la llama,

El chaparro, la flor, la semilla,  
El polvo y el miasma;  
Y, en la inmensa tiniebla profunda  
Que todo lo abarca,  
La materia que al hombre compuso  
Se esparce y derrama,  
Y horadando, trepando, cayendo,  
Rodando, se afana  
En hundirse en las grietas de aquellas  
Oscuras quebradas.

Y sea que el alma,  
Gracias al que hizo  
Bien, y a lo pensado  
Bueno, grande y digno,  
Encontrado hubiere  
Los cielos propicios;  
O sea que habiendo  
Pensado y vivido  
Mal, y que arrastrando  
Un pasado inicuo,  
Ante sí la aurora  
Cerrada haya visto,  
Ella, refugiada  
En el fondo umbrío  
De la muerte, ignora  
Este rapidísimo  
Desvanecimiento  
Del cuerpo perdido.

OTRA VOZ

Los vivos se rien. ¿Los oyes? Se alegran.  
Ya serán mañana los muertos.

OTRA VOZ

¿Entonces  
Qué harán?

OTRA VOZ

Nada.

OTRA VOZ

Todo.

OTRA VOZ

Pasad, pasad, nieblas.

OTRA VOZ

Todos vuestros cielos azules son falsos.

## OTRA VOZ

Pero menos falsos que vuestras tormentas.

## OTRA VOZ

Si, yo te lo repito,  
Hombre, ¡ay de tí, si tiene  
Fe tu ignorancia en uno  
De esos doctores que enseñarte quieren!  
¡Ay de tu espíritu, hombre,  
Si él como otros dijere:  
— Preguntaré a los sabios,  
Esos mansos apóstoles que vierten  
Luz, y a los pensadores,  
Esos que nunca mienten  
Y todo lo adivinan;  
Iré en pos de los vates, esos seres  
Sublimes e instructores  
Divinos, cuyas frentes  
Pálidas ilumina  
Matutino crepúsculo perenne;  
Veré a los luminosos  
Magos, esos vivientes  
Arcanos y columnas  
Del templo de la noche transparente!

Sabe que nadie enseña, nadie guía,  
Nadie es columna, nada templo, y todos,

Píndaro, Dión, Terpandro, Calimaco,  
Antistenes, Anfión y Estesicoro  
Tienen alas de plomo; que Kant, Hegel  
Y Arouet saben lo mismo que los otros,  
Y que ni Atenas ni Ferney tuvieron  
La clave del enigma pavoroso.

Siempre los soñadores  
Han excavado en el azul del cielo  
Hacia el lado que llaman  
Dios; llevaron la duda en el cerebro,  
La oración en los labios,  
Y fueron levantando y demoliendo  
Doctrinas, hasta cuando,  
Para calmar su fiebre y su despecho,  
Tristes sobre los mármoles  
De las tumbas sus frentes abatieron.

Hombre, ser misterioso, cuanto el hombre  
Enseña, piensa, cree;  
Todo lo que él constata, afirma, graba,  
Escribe, esculpe y pone de relieve,  
Tanto en las ciencias públicas  
Como en las más ocultas, sobre el tenue  
Papel, en la madera o en el bronce,  
O sobre los dinteles  
De los templos oscuros llenos de almas  
Que andan a tientas o que no se mueven;

Balaâm sobre el Tigris, y en Madauro  
Apuleyo; cuanto es y se presiente;  
Cuanto se adora; cuanto se imagina;  
Figulo, luz que a Cicerón enciende;  
Erecteo el terrible, cuyo manto  
Levanta de rodillas reverente  
Pompeyo; los ungidos sacerdotes;  
Los diestros oradores elocuentes  
Cubiertos con sus clámides; las biblias;  
Los talmudes; los toscos caracteres  
De los sepulcros galos; las pirâmides;  
Los cilindros de Tiro; las especies  
Cuneiformes de Acadia y Babilonia;  
Los runos fíngalenses;  
Los papiros de Endor y los papiros  
De Tebas, ya se acepte  
El texto copto o la versión egipcia;  
Vuestros grandes filósofos a quienes  
Admiráis, Tales, Diógenes, Erasmo,  
Rabelais y Epicuro y Antistenes  
Y Apuleyo y Platón, en cuya urna  
Lo ideal se contiene,  
Y Kant y Newton y Laplace y Bacon,  
Todo no es más que un soplo: pasa y muere.

Hombre, si tú lo deseas,  
Haz de la audacia un deber,  
Y, por oscuro que seas,  
Sube a encender tus ideas  
En la antorcha del saber.

Sabe: proponte este objeto  
Inconmensurable y grave.  
Saber es nacer: sé feto  
Viable; conquista la clave  
Y obtendrás todo el secreto.

Entra en la nube insondable,  
Y penetra en los horrores  
Del Erebo formidable,  
Del Horeb, de los Tabores,  
Los Brockens y los Terrores.

Anda y atrévete. Empero  
Debes commenzar primero  
Por borrar hasta los nombres  
De los sabios y el sendero  
De la ciencia de los hombres.

Lo muy poco que sabemos  
Depende de lo muy poco  
Que valemos.  
Escucha: el hombre es un loco.  
Apenas en lo ignorado  
Ha excavado  
Con apoyo o sin apoyo,  
Tiene ya colmado su hoyo.  
Entonce, al punto que busca,  
Halla; su hallazgo le ofusca

Y desvía;  
Se hace mago o se figura  
Sacerdote, y le extravía  
Su locura.

Pasa tu vida surcando la undosa espuma,  
Sin llegar a puerto nunca,  
Sino para levar anclas y partir luego  
Entre el tumulto y el viento;  
Vete a Zante o a los bancos de Terranova;  
Sé buzo de ostras y esponjas;  
Hazte pescador de arenques y de ballenas;  
Apronta remos y velas,  
Y redes, cebos y arpones mete en tu barca;  
Arrumba, aborda y abraza  
Las siniestras estaturas de los escollos;  
Sé pirata; sal a corso;  
Sé corredor de los mares y de aventuras:  
Pasarás una centuria  
Sobre el abismo y debajo de los ciclones,  
Luchando con los horrores,  
Rey de dos tablas flotantes, el más añoso  
Lobo de mar y el piloto  
Más curtido, en su trirreme Jasón el nauta,  
O Fulton sobre su máquina,  
Y jamás la formidable, la inmensa mar  
Conocida te será.

Esas cosas sin límite,  
Donde flotan vapores resistentes

Que se abren como fauces,  
Están cerradas, míseros mortales.  
El investigador, andando a tientas  
Dentro el medio fatal de esas tinieblas,  
Aunque sea Platón,  
No sabrá quien es Dios.

## OTRA VOZ

Hombres, estad alerta,  
Y el paralelo lóbrego observad.  
Un paso en otro paso  
Y un ala en otra sostenidos van.  
Por mucho que en el fondo  
De todo culto encuentre el pensador  
La noche en que los hombres  
Hicieron tantas veces a su Dios;  
Aunque un dogma no sea  
Más que de un techo rústico el puntal,  
Mientras se eleva el faro  
Do vida y verdad puras brillarán;  
Aunque ciencia serena y no fe ciega  
En sí la humanidad  
Llevar debiera, y aunque alguna biblia,  
Evangelio o corán,  
Libro de dos sentidos, atrofie  
Y lastime también  
Muchas veces el alma que inocente  
Confió en tanta doblez;  
Y por más que, azorando los espíritus

Con su infernal virtud,  
Las religiones, hórridos murciélagos  
Sean de sombra y luz,  
Y lleven en las garras de sus alas  
La odiosa multitud  
De frailes, bonzos, papas y doctores,  
Es preciso ¡infeliz!  
Que el hombre tenga fe en alguna cosa;  
Es preciso que allí,  
Al lado de la carne tentadora  
Que le gobierna demasiado, esté  
El misterio, y le hable  
Y le exhorte a su vez  
Y le eleve del sueño que se duerme  
Al sueño que se piensa y se prevé.  
¡El ser infortunado  
Que no puede creer  
Está como desnudo bajo el cielo  
Temible, que en su inmensa pesantez  
Pudiera anonadarle; está debajo  
De lo desconocido! ¡Pobre de él!  
¡Oh vivientes! por malos que ellos sean,  
Tenéis necesidad  
De sacerdotes; aun de los más negros  
Al través, resplandece la verdad,  
Y de los más abyectos y malvados  
Salta un rayo de sol  
Al blanco cabezal de vuestros lechos;  
Mas, para hacer que se alce a la razón  
La humanidad y derramar sobre ella  
La palabra de amor

Que el porvenir murmura balbuciente,  
Sobre ellos colocó,  
En peldaños de luz deslumbradora,  
El cielo a los videntes y les dió  
Su inspiración; pues hace al sacerdote  
El hombre, y hace al mago sólo Dios.

Yo prefiero el wigwam, choza de esteras  
Del salvaje iroqués,  
Donde al menos son dos y donde el hombre  
Espera a la mujer,  
Al manitú, que en lo interior del bosque  
Une, torpe y soez,  
Del negro y del mandril manos y patas;  
Al wigwam el cromlech;  
Al cromlech la syringa; a las syringas  
Del Nilo y del Mareb  
La umbrosa majestad del templo hebreo;  
Al templo de Emmanuel  
La mezquita, con su alto minarete  
Blanco de dos o tres  
Balcones y su cúpula azulada;  
Y, pues es menester  
Subir siempre, prefiero a la mezquita  
La iglesia, como a cien  
Iglesias el gran templo que la noche  
Nos permite entrever.  
El hombre, ser complejo, de sublime  
Frente y manchados pies,  
Reforma sin cesar de sus arcadas

Todo el plan cada vez.  
Avanza cada edad. En cada una  
De las gradas del ser  
Luminoso y sombrío que en la sombra  
Sube hacia Dios, se ve  
Un templo en que el amor hace más vivo  
Su casto fuego arder.  
Desde un cielo más lúgubre, malsano  
Y oscuro, al ascender  
A otro cielo más nitido, más puro  
Y algo menos cruel  
Y menos triste, cada nuevo templo  
Egipcio, japonés,  
Griego, judaico, persa o indio, tiene  
Sus bases al nivel  
De la techumbre enhiesta del antiguo;  
Por encima de aquel  
Que se erige, sube otro todavía,  
Y el alto capitel  
Del más excelso frontis en la aurora  
Disuelve su altivez.

## OTRA VOZ

¡Oh sueños! ¡oh visiones de vagos paraísos!  
¿Crees, débil mortal,  
Que lo desconocido alguna cosa sea  
Pequeña y de la cual  
Tu cerebro mezquino pueda tener idea?  
Criatura desbordada por el ser absoluto,

Que te asombra mirar  
Un grano que en el surco ensánchase y germina;  
Te ofusca contemplar  
Del ala de un insecto la mancha purpurina,  
Y tiembblas de una sombra, del choque de la espuma,  
Del grito del tucán;  
Si cuanto ves te deja rezagado y te asusta,  
¿Podrías soportar,  
Hombre, lo que a tus ojos misérrimos se oculta?  
¿El sumidero horrible do todo lo quimérico  
Se junta a lo real;  
La faz de lo insondable y de lo inaccesible;  
El aspecto falaz  
Del cosmos tenebroso, incógnito y terrible,  
Flotando en lo infinito, perdido en bruma espesa  
Y en lo que imaginar  
Nunca podrás, en algo desatinado, horrendo?  
¿Serías tú capaz,  
Como Juan, el misántropo fantástico y tremendo,  
De tocar lo impalpable, de mirar en lo oscuro?  
¿Podrías contemplar  
Con tus ojos de carne las mil apariciones  
De la profundidad,  
Del sueño y del relámpago; las masas; los filones;  
Las ondas; los eclipses; de los abismos cárdenos  
La movediza faz,  
O de las aguas muertas los gérmenes malsanos?  
¿Podrías observar  
El blando escurrimiento de tímidos gusanos  
En el caos, las larvas apareciendo a medias;  
El hórrido brotar

De cabezas hundidas en densos lodazales;  
La cópula fatal  
De plagas incubadas en gérmenes vitales;  
Los escarabajos y las resudaciones  
De morbosa humedad,  
Y los seres sin nombre, y los tipos inmundos  
De la deformidad,  
Y las pústulas fofas del fangal de los mundos?  
¿El estupor te pintas de las cosas que apenas  
Columbrándose están  
Y una de otra se asustan: aquí el andar pesado,  
Allá el raudo volar;  
El miedo de alto abajo doblado y confrontado;  
El viento arrebatando las nubes en girones;  
La centella fugaz  
Temiendo los embates del huracán furente?  
Dí, espectro sepulcral,  
¿Conoces ambas noches: la muerta y la viviente?  
¿La viviente engendrando hidras, terror, espanto,  
Sombras, y sin cesar  
Devorando y creando sus monstruos; y la muerta,  
Esto es, la vacuidad,  
La Nada, abriendo ciega una espantosa puerta  
Sin ningún más allá;  
Sombra que ni aun es humo; el fúnebre silencio  
De Nada, y nada más?

## OTRA VOZ

Cuando se siente mover el universal enlace  
Que junta el átomo mínimo al más grande de los seres

Que aparecer hayan visto las profundidades lóbregas,  
Y que, en el abismo donde nada descansa ni duerme,  
Hace estremecer a Sirio bajo el peso de una hormiga;  
Cuando en las sombras recónditas entreverados los gérmenes  
Agítanse, destruyendo mundos y mundos creando,  
Mezclados a ruidos, voces, gritos, cantos, lloros, preces,  
Deshaciendo y reformando sin saberlo; cuando el hondo  
Azul de la inmensidad conmovido palidece  
Muy más allá de las nubes con el parto formidable  
De estrellas desconocidas; cuando atónito se siente  
En sí propio y se comprende, evidente, incontestable,  
Hecho por alguien muy grande, algo vigoroso y fuerte;  
Cuando huye el agua, la tierra tiembla y el viento murmura;  
Cuando ruidos de armadura de la selva se desprenden;  
Cuando el pájaro en su nido, en los bosques temblorosos,  
Canta, sin saber él mismo qué expresión su canto tiene,  
La inmensidad de suceso tan prodigioso rezaga  
Los ojos, la sombra, el día, los choques, el tiempo, el éter,  
Siendo igual siempre. Tan lejos se halla el punto de partida,  
Que, aunque son agentes todos, nadie atestiguarlo puede.

## OTRA VOZ

¡Disputas! ¡rumores! ¡ruidos!  
¡Gritos! ¡golpes! ¡mordeduras!  
¡Soplos de viento perdidos  
Entre las ramas oscuras!

## OTRA VOZ

Escribe Dante dos versos;  
Sale en seguida, y los dos  
Versos hablan. El primero  
Dice al segundo: — ¡Gran Dios!  
¡Los cielos están abiertos!  
Yo soy inmortal. — Y yo,  
Dice el otro, soy un ente  
Percedero. — Yo soy  
El astro. — El grano de arena  
Yo. — ¡No concibo tu error,  
Hijo de un hijo del cielo!  
— Me siento muerto. — ¡Qué horror!  
Yo me siento eterno. — Alguno  
Entra, y fija su atención  
En los versos: es el mismo  
Dante, quien juzga mejor  
El primero y lo conserva,  
Tachando el otro renglón.  
La negra barra de tinta  
Es el fatal divisor.  
Muere el uno; el otro vive.  
Ambos tenían razón.

---

## CONCLUSIÓN.

¿Has visto meditar a los ascetas  
Terribles? Al fin, ellos  
Lo han rechazado todo: tradiciones,  
Fábulas y misterios,  
Y no aceptan coranes ni talmudes  
Ni biblias, comprendiendo  
Que en el fondo flamígero y tonante  
Del tormentoso cielo  
Se abre a los ojos del lector humano  
El libro verdadero,  
Y que es allá, en el éter lleno de astros,  
Donde fulgura eterno,  
Deslumbrador de júbilo y espanto,  
El inmutable texto.  
Contemplando las cosas que no tienen  
Lugar, linde ni tiempo;  
Absortos en la vista aterradora  
De Dios, huraños, tétricos,  
Allá están, cada cual solo, en la clase  
De horror y en el espeso

Rincón de sombras que eligió, bregando  
Siempre en el mismo esfuerzo  
Hacia lo ignoto; el uno dentro de una  
Tumba cuyo esqueleto  
Respira aún; acurrucado el otro,  
Inmóvil y siniestro,  
En el hueco excavado por el rayo  
En el tronco de un cedro;  
Aquel en la oquedad de alguna roca,  
Flaco, desnudo, trémulo;  
Todos mudos, severos, horrorosos,  
Lívidos, consintiendo  
Que se acerquen las bestias a su lado,  
Y por igual molesto  
Siéndoles ya, bajo sus nimbos pálidos,  
El silencioso vuelo  
Del ave como el áspero rugido  
Del tigre carnicero.  
Encogerse, mermar, fosilizarse  
Los ha visto el desierto,  
Y para siempre así: nunca un suspiro;  
Jamás un movimiento.  
¿Tienen hambre? Quizá. ¿Sienten cansancio?  
Tal vez. ¿Están sedientos?  
Al despuntar el alba, imperceptibles  
Abren sus labios secos  
A los húmedos besos del rocío,  
Y los abren de nuevo  
A veces, cuando asoman de la noche  
Los esquivos aspectos.  
Si fuera perceptible a la mirada

La luz del pensamiento,  
Podría verse el alma, el infinito,  
La nada, el universo,  
Pavorosos enigmas más oscuros  
Cuanto con más empeño  
En sus senos profundos ahondamos,  
Salir de esos cerebros  
Enloquecidos, cual furiosas ráfagas  
De tempestad, cayendo  
De esas frentes más negras que la sombra  
De los peñascos negros.  
No viven, no, ni mueren todavía,  
Pensativos espectros,  
Y entre la muerte inútil y la vida  
Imposible suspensos,  
Sueñan. Pasa el verano, y el otoño  
Se ausenta, y el invierno  
Sobre ellos vacía su colmada criba.  
Indiferentes, ciegos,  
Nada sienten; no miran sino un solo  
Punto del firmamento,  
Y, embrutecidos por sus ideales,  
Se abisman indefensos  
En las profundidades tenebrosas  
Del aniquilamiento.  
Nadie sabe qué soplos, exhalados  
De lo infinito, nuevo  
Espíritu les da, mientras el hombre  
Se desvanece en ellos.  
En la noche, monstruosos huracanes  
Les hablan en secreto,

Como habla el celebrante al catecúmeno;  
 Y esos seres horrendos  
 Pierden al cabo la figura humana.  
 Sin detener su vuelo,  
 Algo les dice el águila al oído.  
 A veces un ligero  
 Signo dirigen al fugaz relámpago.  
 Hoscos, brumosos, tercos,  
 En su quietud atroz, sueñan, meditan,  
 Y acechan en silencio  
 Lo inaccesible, fija la mirada,  
 Bañada en los reflejos  
 De la estrella invisible.

\*

¡Qué! ¿invisible?

¿Dije invisible? ¿Pero,  
 Invisible por qué?

\*

La luz existe,  
 Y Él existe. Son ciegos  
 Los que no pueden verle. Mas ninguno  
 Nacido; ningún sueño;  
 Ningún grito de ángel o de hombre;  
 Ningún horror ni miedo  
 Ni amor ni sacrificio; ningún labio

Humilde, altivo, tierno,  
Puede leer y pronunciar en voces  
Distintas ese verbo.  
¡Él es! ¡él es! Desatinadamente,  
Él es! El aire, el fuego,  
El sol, la tierra, el mar, la noche, el día,  
Los enormes magnetos,  
Todo es cifra; él la suma: cuerpo y alma  
De todo el universo.  
Plenitud para sí; para los hombres  
Lo inconcebible inmenso.  
¡Hacer un dogma y dentro lo infinito  
Encerrar! ¡Cuán estrecho  
Molde! ¡Inventar a Dios! ¡qué desvarío!  
¡Él es! Baste al incrédulo  
La existencia del mundo, este testigo  
Infalible. Tu empeño  
Es dar a luz absurdas religiones:  
¡Tú, el hombre! Yo prefiero  
Abrir los ojos: ver: eso me basta.  
Cuanto a tí, sé modesto.  
Cree en Él, y no exijas otra cosa.  
Confórmate, admitiendo  
La esperanza, y sus alas vigorosas,  
La fe. Bebe sediento  
Esta opinión; conténtate, oh hermano,  
Con decir: — Es: le siento.  
Es, porque existe la mujer que arrulla  
Al niño con su tierno  
Misterioso cantar; es, porque el alma  
Arde en el vivo anhelo

De saber, y el espíritu curioso  
Va, aunque temblando, lejos;  
Es, porque avanzo con la frente erguida;  
Es, porque me rebelo  
Contra todo señor en quien yo miro  
La indignidad de serlo;  
Es, porque tiembla César ante Patmos;  
Es, porque le presiento  
En estas voces: Ideal, Justicia,  
Deber, Razón, Derecho.  
Él es, porque mi culpa necesita  
Su paternal remedio;  
Porque me sirve el alma, cuando gruñen  
Mis apetitos feos;  
Porque yo amo la luz, y un claro día  
Sobre mi noche espero. —  
Crece subiendo a Él, crece y se espacia  
Gigante el pensamiento.  
Resígnate con esta sed rabiosa,  
Y no dirijas necio  
A Dios tu facultad de inventar filtros  
De iniquidad y miedo,  
Tus catecismos locos, tus coranes,  
Tus doctos florilegios,  
Tus textos de gramática y retórica  
Y tus pobres trebejos  
De forjar tus quimeras. Vive, y cumple  
Tu jornada; sé bueno;  
Ama, y bien puedes ya dormir tranquilo  
De tu existencia el sueño.  
Ve sobre tí la inmensidad radiante,

Y mira en tí este cielo  
Profundo que los hombres llaman alma.  
En el zenit del negro  
Abismo una gran llama resplandece.  
Allí fulgura un centro  
De luz inaccesible, y ese foco  
Brilla puro y sereno  
Fuera de tí y en tí; siempre ha brillado  
Y brillará: le vemos  
Allá abajo, en el fondo, en las alturas  
Del precipicio eterno.  
Temprana siempre, sin cesar propicia,  
Sin eclipses, sin velos,  
Nunca esa blanca claridad hermosa  
Palidece; naciendo  
Desde el profundo tenebroso, esparce  
Sus rayos en lo excelso,  
Y, dejando a la noche sus rencores,  
Produce sin esfuerzo  
El bien incomparable e inaudito  
De alumbrar. El blasfemo  
No consigue extinguirla. Ella fué numen  
De Hermes y de Orfeo;  
Ella es el formidable y el tranquilo  
Prodigio, el estupendo  
Revelador. El pájaro en su nido  
La tiene; en sus renuevos  
El arbusto; la flor en su corola,  
Y el hombre en su cerebro.  
Poseída por todo, no podría  
Nada asirla, y cediendo

Y rehusándose así, se ofrece inmóvil  
Al eterno deseo.  
Es la simple evidencia que perdona ;  
Lo inmensamente bueno ;  
La inundación de rayos que derrama  
Los astros en el cielo  
Y en el campo las rosas. Ella existe  
Aquí y allá y más lejos  
Y en lo más alto y en lo más profundo  
Y ayer y este momento  
Y mañana y sin tregua y en la vaga  
Ilusión y en el hecho.  
Está sobre el confuso torbellino  
De voces y reflejos ;  
Está sobre los vastos horizontes,  
Sobre los firmamentos,  
Sobre los seres, sobre la insaciable  
Sombra y sobre el inmenso  
Diluvio de la vida. Ella es el vivo  
Destumbrador incendio  
En el que absorta cree la mirada.  
Nace lo verdadero  
De esa celeste lumbre, y de ella nacen  
Los más nobles afectos.  
Misteriosa, se prende en un radiante  
Vendabal de luceros,  
Y a su calor, las plagas, los desastres  
Y los horrores negros  
Se disuelven. Si existen almas grandes,  
Corazones bien puestos,  
Cabezas firmes, manos generosas,

Es que viene todo eso  
Del torrente de gérmenes y soplos  
Que, sin cesar cayendo  
Sobre nosotros, brota de ese foco  
De vivísimo fuego.  
¡Él es! ¡él es! Abre los ojos, alma,  
Y mira, pensamiento.  
Es la Conciencia su solsticio; su eje  
La Justicia; el Derecho  
Su órbita indeclinable; su equinoxio  
La Igualdad, y su bello  
Albor la Libertad. Su rayo dora  
En nosotros todo esto  
Que el soñador espíritu imagina.  
¡Él es! siempre despierto,  
Sin eclipse, sin noche, sin reposo,  
Sin origen, sin término.

¡Quieres crear el sol, triste gusano,  
Y apenas puedes verlo!

---



## SEGUNDA PARTE

---

# MISCELÁNEA



## A PILAR.

Tú serás mi sostén, Pilar hermosa;  
Yo seré ofrenda; tú serás altar,  
Y en un torreón de dulces ilusiones,  
Yo formaré los altos, tú el pilar.

¡Ay, Pilarcita, Pilarcita mía!  
¡Qué bien nos fuera si, al pilarte yo,  
Saliera de los dos un pilarcito  
Que llevar a la pila entre los dos!

Si fueras apilada librería,  
Bien te quisiera yo recopilar,  
Y si fueras tubitos capilares,  
En cabello quisiérame tornar.

Yo te adoro, Pilar, y por pilarte,  
Quisiera ser también otro pilar;  
De modo que en pilón me convirtiera,  
Cupido en pilador y tú en matraz.

\*

¿Quieres que yo te haga,  
Pilar hermosa,  
Unos versos más dulces  
Que la melcocha?  
¿Quieres que diga  
De tu pícara boca  
Mil picardías?  
De tus labios de rosa  
La miel destila,  
Y yo soy tan goloso,  
Mi dulce niña,  
Que por libarla,  
Muchos besos te diera  
Con toda el alma.

\*

No te incomodes, Pilar;  
Pilarcita, no te enojés;  
Mira que, si mucho escojes,  
Para monja has de quedar.  
Ve, Pilar, que es malo dar  
Calabazas al amor;  
Piensa que es mucho mejor  
Amar, si el amor convida  
En la flor de nuestra vida  
De los amores la flor.

Yo de tí me enamoré  
Desde el punto en que te ví,

Y al prendarme yo de tí,  
Preso en tus redes quedé.  
Si tú me amas, no lo sé;  
Que te adoro, lo sé yo;  
Si tú me dices que no,  
Me entregaré a Belcebú,  
Pero reflexiona tú  
Que cual yo nadie te amó.

Cuando vas, tornas y giras,  
Como inquieta mariposa,  
Tras tí vuela mi alma ansiosa  
Y a mi ardiente musa inspiras.  
¡Libreme Dios de tus iras,  
Hermosísima Pilar!  
Sólo paz quiero encontrar  
En tu sonrisa hechicera;  
Deja el furor a la fiera:  
Tú, mi amor, debes amar.

Amor corona tu frente;  
Amor irradian tus ojos;  
Templa, Pilar, tus enojos;  
Dame de tu amor la fuente;  
Ve rendido y reverente  
Todo mi altivo desdén;  
Ámame, Pilar, también;  
Corresponde a mi amor ciego,  
Y amémonos desde luego  
Por siempre jamás, amén.

1879.

## ANTROPOMANÍA.

*Ciego, ¿es la tierra el centro  
de las almas?*

ARGENSOLA.

¿Tienen alma las flores?  
 ¿Es la encina inmortal? ¿Tiene más vida  
 El hombre que el león? ¿Son los dolores  
 Del ave prisionera, y es la herida  
 Invisible del dogo generoso  
 Que muere de pesar, menos agudos  
 Que el humano dolor? ¿Es más hermoso  
 Adonis que Pavón? ¿Tiene un enlace  
 La vida universal? ¿Quién satisface  
 La razón del que nace y del que muere  
 Cual nace y muere todo?  
 ¿Quién sabe lo que piensa y lo que quiere  
 El reptil en el lodo?  
 ¿Quién vió jamás vivir al no nacido  
 O al que dejó de ser? ¿Quién ha medido  
 La escala del espíritu que anima  
 A la ostra vil, al grave paquidermo,  
 Al cafre y a Balzac? ¿Cuál es la cima  
 Del mundo intelectual? ¿Qué sabio sabe  
 Si su propio cerebro no está enfermo?  
 ¿En qué cabeza lo infinito cabe?  
 ¿Qué es el bien? ¿Qué es el mal? ¿Será justicia  
 La que da al falderillo,  
 Tonto, feroz, impertinente y pillo,  
 Un palacio y lacayos con librea,  
 Mientras el noble mastín se sacrifica

Por quien le mata de hambre y le golpea?  
¿Qué dogma tales prácticas explica?  
¿Cuál es, si son injustos estos yerros,  
El centro de las almas de los perros?

1880.

## ODA

A los héroes del 9 de octubre de 1820.

Aquí, del ancho golfo en la ribera  
Do llega el mar y se detiene el río  
Y donde juntan en estrecho abrazo  
Sus cristales el alto Chimborazo,  
El océano sus brisas y sus olas,  
El sol su luz y el bosque sus rumores;  
A la sombra del mango y la palmera;  
Sobre un manto de césped y de flores;  
Rendido al peso de brutal cadena,  
Férrea serpiente que sus pies mordía,  
Cansado de sufrir, Guayas dormía.

No despertóle el grito,  
Más formidable que el rugir acorde  
De cien volcanes que inflamó el Cocito,  
Con que el Pichincha a los iberos reta;  
Ni el ruido de las armas; ni el combate  
Do la hueste vencida  
A Calderón, el esforzado atleta,

Pidió una tregua y arrancó la vida;  
Ni la voz que resuena  
Del mar Caribe en la apartada arena,  
Cuando España, azorada,  
Ve amagado su pecho por la espada  
En dos mundos gloriosa y triunfadora  
De Miranda inmortal. Iris descende  
Del alcázar celeste donde mora  
Y se encarna en la patria del guerrero  
Y el sacro fuego en los esclavos prende.  
Nace Colombia; truécase el llanero  
En el ciclón terrible de los llanos;  
Bolívar aparece;  
Crece el furor y la matanza crece,  
Y se alzan San Martín al mediodía  
Y Cochranne en el mar. La vieja Europa,  
De las tiendas de América lanzada,  
Se ensaña en la fatal carnicería.  
Truena el cañón, que a la española tropa  
En Boyacá derrota y extermina;  
Después de mil batallas, continúa  
Incierta la porfía,  
Y Guayas no despierta todavía.

Mas no en vano sus bríos  
El corsario de Albión probar pretende,  
Ni con mayor estrago  
Ni más feroz, zarpazo de leona  
Los cachorros defiende,  
Los rabiosos mastines despedaza

Y apresaa al cazador. El mito cuenta  
Que Alcides niño, de divina raza,  
Los maternos halagos abandona,  
El presente infernal de Juno advierte,  
La cuna deja y al dragón da muerte.  
Y al semidiós heleno semejante,  
Sin que le arredre la argentina flota  
Ni el furor de los broncea fulminante,  
Guayas se yergue en ademán altivo;  
Sin navea ni armaa, sin broquel ni malla,  
Desnudo pecho opone a la metralla;  
Del abrupto cantil se precipita;  
Corta veloz la rápida corriente;  
Avanza, llega, aborda, gana el puente,  
Lucha, hiere, destroza;  
Cede a aa golpea el valor britano;  
Al vencido perdona,  
Y el orgulloa Bruno  
Rinde a aa piea el cetro de Neptuno.

Guayaa no duerme ya. Rumor extraño  
Vaga en los airea y al cacique inquieta:  
Es el eco en las selvaa repetido  
Del clamor de Belona enronquecido,  
Cuyo martillo en la sangrienta fragua  
Incansable golpea  
Y en destruir a los hombrea se recrea;  
Es la voz de cien puebloa; es el choque  
Del titán, que gemía  
En oscura caverna encadenado,

Contra el saturnio dios; es Encelado  
Que el furor del Olimpo desafia;  
Es airado aquilón, que se desata  
Y sopla sobre el mar y hunde en su seno  
Los poderosos brazos,  
Y arranca de las lóbregas entrañas  
El horroroso cieno  
Que al cielo escupe en líquidas montañas,  
Y saltan en pedazos  
Los muros de granito  
Que oponer osó el hombre al infinito.

¡Oh, mundo de Colón! tú fuiste un día  
En ameno jardín tranquila fuente  
De amor y poesía,  
Cuya indecisa y tímida corriente  
Brotaba dulcemente  
Y en un lecho de flores se esparcía.  
Los genios tu existencia delataron,  
Y al codicioso ibero  
Tus vírgenes encantos entregaron.  
Y él, temiendo que huyeras  
En alas de tu linfa enriquecida,  
Buscando nueva vida  
Por los vecinos bosques y praderas,  
Secó tu manantial; holló tus flores;  
En estrecha prisión de hierro duro  
Encerró tus caudales,  
Y tu guardián seguro,

De tus quejas testigo y de tus males,  
Fué por tres siglos el forjado muro.  
¡Tres siglos! y entre tanto  
Del pueblo inquisidor la saña fiera  
Daba pasto a la hoguera  
Que hubo encendido torpe despotismo,  
Y tu cristal, opreso como lava  
Que hierve del volcán en el abismo,  
En pujante vapor se condensaba,  
Hasta que llega el día  
En que la cárcel opresora estalla,  
Y saltas libre, y en fragmentos vuelas  
De candente metal ruda metralla  
Que contra España ahora se convierte  
En instrumento de venganza y muerte.

¡Mirad: es él! El nimbo de la gloria  
Orla su faz de irradiación divina;  
Su brazo ha subyugado a la victoria,  
Y no tiene rivales,  
Porque su genio audaz los elimina.  
La tierra gime al paso del gigante  
Sembrador del Destino, y va adelante,  
Inmenso surco sanguinoso abriendo  
Con su invencible espada,  
Y con pródigas manos esparciendo  
De redentora luz germen fecundo:  
Magnífica alborada  
De cinco estrellas para el nuevo mundo.

¡Mirad: es él! Bolívar es su nombre,  
 Y es este nombre su mayor prestigio;  
 Su ejército, furiosos huracanes;  
 Sus hechos, el prodigio;  
 Su voluntad, rugido de leones;  
 Mil triunfos sus blasones;  
 Iris su enseña; Libertad su diosa;  
 Colombia sus amores;  
 Libertador su timbre esclarecido;  
 Su vida batallar. Desde Orinoco  
 Gira veloz el eje enrojecido  
 De su guerrero carro.  
 Sube al monte; recorre la llanura,  
 Y a la región que conquistó Pizarro  
 Avanza por la vega granadina  
 Y el reino de los Quitus y los Caras,  
 Tal vez soñando el Héroe, en su locura  
 Sublime, hender la mar; quebrar los yugos,  
 Los tronos y las aras;  
 Postrar doquier tiranos y verdugos;  
 Vivir, luchar, vencer, y detenerse  
 Y encadenar los brazos homicidas  
 Del monstruo de la guerra  
 Cuando ya no hayan siervos en la tierra.

¡Mirad: es él! De su gloriosa cima  
 Independencia y libertad proclama,  
 Y su voz, poderosa como el trueno,  
 Por los montes y valles se derrama,  
 Y llevada por eco resonante

En las alas del viento,  
Hasta el opuesto mar llega vibrante,  
Y los pueblos sacuden su indolencia  
Gritando: ¡Libertad! ¡Independencia!

Guayas oye y comprende. La alborada  
De la Verdad su espíritu ilumina  
Y disipa las nieblas de la Duda,  
Y su ardiente mirada  
Se vuelve ansiosa, cual plegaria muda,  
Al dios resplandeciente  
Que torna al Austro y rápido declina  
Bañando en luz las tierras de Occidente.  
Al verse encadenado,  
La llama del rubor su frente azota;  
La postrada actitud al punto deja,  
Y cual erguida palma, al viento flota  
De sus negros cabellos la guejeja.  
En vano, receloso,  
Su carcelero tiembla y le amenaza,  
Y en su oído murmura sospechoso  
Consejo la Prudencia, que le advierte  
Futuros males y espantosa muerte.  
En vano el Sol con su postrero rayo  
La cinta serpeadora  
Del ejército hispano le señala  
Por cima de los Andes, y canora  
Paloma enamorada le convida  
Descanso tentador, y la mullida  
Fresca alfombra le brinda su beleño  
Que da el más dulce y regalado sueño.

¡Oh vosotros, funestos consejeros,  
Estorbo del progreso y de la gloria,  
Que de juicio y cautela hacéis alarde!  
A escucharos, el campo de la Historia  
Glacial desierto fuera;  
El Macedón sus lares no dejara;  
Sócrates temeroso enmudeciera;  
La estrella de Colón se apagaría;  
Quizá el mundo a la nada tornaría.

¡Inútil previsión, torpe y cobarde!  
El intrépido Guayas te desdeña,  
Y el fuego intenso que en sus venas arde  
Le anima a combatir. El héroe siente,  
Cual agitado mar, su pecho henchido  
De noble emulación; surge en su mente  
El recuerdo impulsor de sus hazañas,  
Y cual león herido,  
Ruge terrible y turba de la noche  
La silenciosa paz, y las montañas  
Repercuten su acento enfurecido,  
Y rompe sus cadenas,  
Y sorprende al hispano y le arrebatada  
Su espada y su armadura,  
Y vencedor, se venga de sus penas,  
Como cumple al que es noble y valeroso,  
Ofreciendo al rendido  
Trato leal y olvido generoso.

¡Salve, NUEVE DE OCTUBRE,  
Fecha gloriosa de la patria mía!  
¡Salve, felice día,  
De redención y libertad emblema:  
Digno asunto de homérico poema!

¡Salve, data inmortal, Palas armada,  
Nacida del cerebro de Cordero,  
A vencer destinada  
Por el valor del guayasense altivo  
La indomable fiera del ibero!  
¡Gloria eternal a tí! ¡Gloria a tus hijos,  
Constelación brillante  
Del estrellado cielo americano  
En que es Bolívar astro soberano!

Letamendi, Urdaneta,  
Álvarez, Escobedo, Bejarano,  
Pavón, Nájera, Peña,  
Con Antepara, Villamil y Olmedo,  
Nombres augustos cuya noble enseña  
Es genio y es talento y es desnudo,  
De Guayaquil sobre las claras cumbres  
Son los radiantes faros, y sus lumbres  
No apagarán las aguas del Olvido.

Y Calderón y Vargas y Cumplido  
Y Elizalde y Lavayen y Rivera

Y Llona y Ponce y Fuentes y García  
 Y Jimena y Morlás y Garaicoa  
 Y Roca y otros cien, cuya osadía  
 Dió vida y honra a nuestro patrio suelo,  
 Templo de eterna gratitud merecen  
 Y un digno ejemplo al porvenir ofrecen.

Y tú, joven audaz, tú que has alzado  
 Sobre tus hombros el altar sagrado  
 De nuestra patria; tú, Febres Cordero,  
 Modesto cual ninguno  
 Y de todos los héroes el primero,  
 Permite que el poeta  
 Evoque tu recuerdo venerado,  
 Te conceda la palma de Belona  
 Y a tí dedique su mejor corona.

1881.

## GRITOS DEL ALMA.

- ¡Vamos, Miguel, levántate!
- No puedo: me agobia terrible pesar.
- ¡Surge, abatido espíritu!
- No puedo: mis fuerzas extingúense ya.
- ¿Qué esperas? — La muerte. — ¿Qué temes? — La vida
- ¿Por qué desesperas, cobarde mortal?

— Yo soy como el nauta que lucha expirante  
Y ve cada instante  
Más grandes, más negras las olas del mar.

— ¡Vence tus penas: ánimo!  
— Cadena es mi vida de duelos sin fin.  
— ¡Hombre, a sufrir resígnate!  
— ¡Oh, Dios, si pudiera! ... ¡quisiera morir!  
— ¿Morir?... te comprendo: ya no hay en el mundo  
Ni afectos ni halagos ni amor para tí ...  
— ¡Oh, calla! ... — Tu queja se pierde en el viento:  
Ningún sentimiento  
Al suelo te liga, y anhelas partir.

— No; no prosigas: óyeme.  
— Tienes razón.  
— Ten compasión de un mísero.  
— Pídela a Dios.

.....

¡Oh, padre del alma! ¡qué intenso cariño  
En mi alma de niño tu amor cultivó!  
¡Con cuántos pesares pagué tu desvelo!  
¡Oh, padre, que el cielo  
Compense en mis brazos tu acerbo dolor!

¡Oh, madre adorada! tu amor y ternura  
Bebí con tu sangre: tú sufres también;  
Mi cruz es la tuya, mi vida tu vida:  
¡Oh, madre querida,  
Yo quiero la vida por verte otra vez!

¡Oh, santos amores, hermanos queridos,  
Que estáis afligidos al pie de mi cruz!  
¡Rogad! vuestro llanto son perlas y flores;  
Rogad, mis amores,  
Que ya de esperanza renace la luz.

¡Oh tú, de mi vida la fiel compañera!  
¡Oh tú, de los cielos caricia sin par!  
¡Perdón, si un momento de horror y delirio  
Tu inmenso martirio,  
Tu amor y tu llanto yo pude olvidar!

¡Oh, Dios poderoso! ¡Oh, amor infinito!  
Perdón, si en la prueba faltóme la fe.  
Gimiendo, llorando, sangrando mi herida,  
Yo quiero la vida:  
Mis tiernos amores la quieren también.

Ya espero y no tiemblo. Los seres que adoro,  
Al verlos dichosos, me tornen feliz;  
Mi Carmen endulce mis penas y agravios,  
Y besen mis labios  
Los labios de rosa que ruegan por mí.

En mi calabozo, 1882.

## OREMUS.

(Glosa.)

¡Padre nuestro! ¡Qué lección  
A toda creencia vana!  
Es aquí la raza humana  
La que eleva su oración.  
No hay en ella distinción  
De sacerdote o de rey:  
Es igual toda la grey  
Ante el padre celestial  
Que dió un lazo fraternal  
A la humanidad por ley.

¡Padre nuestro! dulce nombre  
De amor, respeto y consuelo,  
Que, en su piedad y su anhelo,  
Te ha dado, Señor, el hombre.  
Deja, pues, aunque me asombre,  
Que te dé ese nombre, Dios,  
Porque soy tu hijo; en pos  
De tu amor volar ansío,  
Y a este mundo, padre mío,  
Quiero dar mi último adiós.

Tú, que en los cielos estás,  
Escucha, oh Dios, nuestro ruego,  
Que es el hombre un triste ciego,

Si a sus ojos luz no das.  
Para conocerte más  
Y hacia tí crezca mi amor,  
Aparta de mí, Señor,  
Del error el denso velo,  
Y concédeme en tu cielo  
Una morada mejor.

Caiga el ídolo invocado  
Por la obstinación del hombre,  
Y sea tu excelso nombre  
Sin cesar santificado.  
Seas siempre venerado  
En espíritu y verdad;  
Sean amor, caridad,  
Culto bello, templo augusto,  
Y tu sacerdote justo  
Esta inmensa humanidad.

Venga a nos, Dios de Justicia,  
Tu reino de amor y paz;  
Cese la guerra voraz;  
Caiga la odiosa injusticia;  
Callen mentira y malicia;  
Huyan venganza y rencor;  
No haya siervo ni señor,  
Ni vencedor ni vencido,  
Y esté el hombre al hombre unido  
Con los lazos del amor.

¡Oh, Señor! humilde adoro  
Tu voluntad soberana,  
Que en mi oscura ciencia vana,  
Sólo sé que todo ignoro.  
Tu eficaz auxilio imploro;  
Mas si place a tu bondad  
Despojarme en mi orfandad  
De todo bien y consuelo,  
En la tierra y en el cielo  
Hágase tu voluntad.

Danos hoy paz y alegría;  
Da a nuestro espíritu aliento  
Y al necesario sustento  
Nuestro pan de cada día.  
¡Oh, tú! que con mano pía  
Alimentas al gusano,  
Al ave ofreces su grano  
Y al feroz tigre su presa,  
Haz, Señor, que en nuestra mesa  
No falte el pan cotidiano.

Al que gozó en mi aflicción,  
Al que en mí cebó su encono,  
Oh Señor, yo lo perdono  
Con todo mi corazón.  
Imploro tu compasión,  
Supremo, infinito Bien;  
Piedad de nosotros ten,

Y aunque mucho te debamos,  
Cual nosotros perdonamos,  
Perdónanos tú también.

Débil el hombre por sí,  
Resistir al mal no puede,  
Y a las tentaciones cede,  
Si no busca apoyo en tí.  
¡Oh, cuántas veces caí!  
¡Cuántas falté a mi deber!  
¡Sálveme, oh Dios, tu poder,  
Y alumbrando mi razón,  
No dejes que en tentación  
Vuelva otra vez a caer!

¡Padre, que estás en el cielo  
Do están nuestros ojos fijos,  
No abandones a tus hijos  
Que en tí buscan su consuelo!  
¡Reina, oh Dios, en nuestro suelo;  
Cumpla tu ley el mortal;  
Danos el pan habitual,  
Y con tu gracia y perdón,  
Tu paternal bendición  
Nos libre de todo mal!

Guayaquil, 1882.

## ODA

al año nuevo de 1883.

¡Ochenta y tres! risueño te saluda,  
En tu primero día,  
Mi corazón que amor y paz rebose.  
¡Ah! también rebosara de alegría,  
Si el hierro que me oprime se rompiera  
Y en brazos de mi bien tu luz me viera.

¡Cuán amarga memoria  
Deja en el alma mía  
Tu fiero antecesor! ¡Cuántos furores  
Con sus garras mi pecho destrozaron  
Y en las trágicas hojas de mi historia  
La más horrenda página trazaron!  
Guerra, matanza, lágrimas, espanto,  
Destrucción y ruina,  
Y mi agudo dolor y acerbo llanto,  
Con él, compadecido,  
Arrebate en sus ondas el Olvido.

¡Descanse en paz! Juguete de las olas  
Que el mar de las pasiones irritadas  
Levantó contra mí, cuando vencido  
En despiadada lid, el pecho herido,  
Lastimados los pies, rotos los brazos,  
Sangrando el corazón, el tronco yerto,

Sólo la muerte amparo me ofrecía,  
Él me guardaba en su infernal concierto  
El negro horror del proceloso día  
Que entre rabiosa espuma  
Me dió a beber su repugnante escoria,  
Y en mi impotencia suma,  
¡Oh pavoroso instante!  
La apuraba mi labio agonizante.

¡Descanse en paz! La sombra del pasado  
Le oculte a mi recuerdo. Yo perdono  
Sus furias y sus olas al destino.  
Fueron ellas también las que en su encono,  
Hambrientas de mis últimos despojos,  
Sobre mí se lanzaron  
Y en salvador escollo me arrojaron.  
Y a sus flancos graníticos asido,  
Me encuentras, año nuevo,  
Más consolado y menos dolorido;  
Que en lo alto de mi roca protectora  
Brilla y sus rayos a mi pecho lanza  
La redentora luz de mi esperanza.

Y es la esperanza mía  
El astro de mi amor, mi Carmen bella;  
Ella la blanca, la fulgente estrella  
Que entre las brumas lóbregas me guía;  
Ella el ángel radiante, que despliega  
Sobre mi frente pálida sus alas,

Y cuya voz dulcísima, hechicera,  
Habló a mi corazón y dijo: ¡espera!  
Es ella la que inspira  
Piedad a mi alma, y mi dolor distrae  
Con tiernas frases, por amor dictadas,  
Que mi pena abatieron  
Y consuelo gratísimo me dieron:  
Ella, mi hermosa reina, mi graciosa  
Idolatrada esposa;  
Ella, idéal de concepción divina:  
Su imagen peregrina  
Vive dentro de mí, y en mí viviendo,  
Me da la vida, pues mi amor no quiere  
La existencia sin ella,  
Y antes mil veces muerto me prefiere.

¡Salud, ochenta y tres! Claro, sereno  
Y de promesas lleno,  
A mi agitado espíritu apareces  
Cual seductor ensueño,  
Y a par contigo mi anhelante empeño  
Siento que crece más cuanto más creces;  
Y gratas llegan hacia mí tus horas,  
Y se enlazan y vuelan placenteras,  
Y en la celeste albura  
De tu primer aurora,  
Son heraldos de paz y de ventura.

¡Enigma del temor y del deseo;  
Sucesión de relámpagos tranquila;

Inaccesible y rápido torrente  
Que en sí mismo renace y se aniquila;  
Esfinge que incesante nos devora;  
Impenetrable faz, ignota o vieja,  
Siempre al hombre presente, aunque en el hombre  
Sólo recuerdos o esperanzas deja;  
Oh tiempo destructor! ¿qué me preparas?  
Naciente ochenta y tres, año que imperas:  
Di, ¿qué será de mí, cuando tú mueras?  
¿Qué tempestad me encubren tus albores?  
¿A qué nuevos dolores  
El destino implacable me condena?  
¿Do el momento feliz tu seno guarda  
Que rompa mi cadena  
Y a atarme vuelva en los dichosos lazos  
Que amor me tiende, de mi dulce esposa,  
De mi adorado bien entre los brazos?

Habla, oh tiempo, y al vate aprisionado  
Revela el porvenir: hazle que vea  
Colmado ya su anhelo,  
O ciertos sus temores y su duelo;  
Y absorto en su visión, desde ora sea  
Dichoso o infeliz: huyan los sueños;  
Cese el inquieto afán; cese la duda:  
Tal vez entonces la verdad desnuda...  
¡Oh, calla, esfinge, calla!  
No burles, no, mis bellas ilusiones,  
Que ya en mi pecho el corazón estalla.  
Ven, congojoso afán; venid, desvelos;

Ven, silfo complaciente,  
A orear con sueños plácidos mi frente;  
Sigue, oh tiempo, tu impávida carrera;  
Resbalad, raudas horas, en la esfera;  
Ochenta y tres, avanza:  
Yo prefiero mi duda y mi esperanza.

En mi prisión, 1º. de enero de 1883.

## MEMENTO.

¡Cuánto con él he soñado!  
¡Con qué ansiedad y cariño  
Miré la cuna del niño  
A quien muerto había de ver!  
¡Con cuánto afán y ternura  
Tú también, esposa mía,  
Viste la cuna vacía  
Del que estaba por nacer!

¡Qué bonita era la cuna!  
¡Cuán adornada de flores!  
¡De cuántos besos y amores  
Nuestra ilusión la llenó!  
¡Cuántas veces de él hablamos,  
Y entre risas y embelesos,  
Le besaron nuestros besos,  
Nuestro amor le acarició!

Di, ¿te acuerdas? ¡Cuántas veces  
Disputamos por su nombre!  
— Será Miguel, porque es hombre.  
— Es mujer: Carmen será.  
En nuestros sueños de rosa  
La esperanza nos mecía,  
Y ansiábamos ver el día  
Que estaba próximo ya.

Veintinueve de noviembre  
Vino al fin: llegó el instante,  
Y en mis brazos, expirante,  
Su cadáver diste a luz.  
¡Cuán hermosos ví en mis manos  
Sus exánimes despojos!  
¡No alumbró la luz sus ojos!  
¡Fué su cuna un ataúd!

¡Pobre madre! tú ignorabas  
Nuestro duelo: yo entre tanto,  
Ocultándote mi llanto,  
Te miraba sonreír.  
— Trae al niño, — me dijiste;  
Yo te dí un beso en seguida:  
Fué el beso de despedida  
Que en sus labios recogí.

.....

Miguel Antonio, alma pura,  
De cuya vida ignorada  
El seno de mi adorada  
Cuna y tumba a un tiempo fué;  
Ángel bello, hijo querido,  
De mi amor fruto primero,  
Que cual sueño lisonjero  
Arrobado contemplé :

Si en el cielo donde moras  
Escuchar puedes mi acento;  
Si hasta tí llega el lamento  
De mi angustia y mi dolor,  
Pide a Dios, hijo del alma,  
Que se rompan mis cadenas  
Y se disipen mis penas  
Junto al ángel de mi amor.

Mi calabozo, 1883.

## CARMINA.

(Sáficos.)

Hada que reinas en mi pecho ardiente;  
Reina del alma que por tí suspira;  
Alma que dióme su virtud y en ella  
Dióme la vida;

Vida del bardo que, su amor cantando,  
*Bardo de Carmen* escribió en su enseña;  
Carmen del preso que en tus dulces brazos  
Preso se viera:

Viérame libre y a la par contigo,  
Libre de penas y aflicción amarga,  
Penas que fueron, al dejar de serlo,  
Fuéranme gratas.

Gratas, mi cielo, que serán al verte  
Cielo tus ojos de inmensa dicha:  
Ojos que lloran de dolor, entonces  
Lloren de risa.

Risas y juegos que el amor provoque  
Jueguen y vuelen con susurro blando;  
Vuelen las horas, y a tu lado sean  
Horas de encanto.

Mi calabozo, 1883.

## EN MI CALABOZO.

(Con motivo de una carta con las primeras canas de mi esposa.)

Vino a verme tu amor, y me decía  
Que una prueba me daba de su amor:  
Mi amor no la pidió, paloma mía;  
Primero pensaría  
Pedirle pruebas de su luz al sol.

Primero en hielo el fuego de mis venas  
Trocara de la muerte el beso atroz;  
Primero preguntara a mis cadenas  
La causa de mis penas,  
Si ellas me oprimen y si existo yo.

Primero preguntara a tus cabellos  
Si existen ellos y si tuyos son;  
Primero a mi ilusión preguntaría  
Si en alas trocaría,  
Para volar a tí, mi corazón.

La prueba de tu amor es mi existencia,  
Y es tu existencia prueba de mi amor,  
Así como, arrancadas de su mata,  
Estas hebras de plata  
Me prueban tu aflicción y tu dolor.

1883.

## CARMEN.

Dulce Carmen de mi vida;  
Carmen del triste poeta  
A quien oprime y sujeta  
Vil cadena aborrecida;  
Carmen de amor, donde anida  
Del amor de mi alma el fuego;  
Carmen, tiernísimo ruego  
Que elevó al cielo Natura;  
Sol, sin cuya lumbre pura  
Tu Miguel quedara ciego;

Carmen, Carmen: no se yo  
Si es mi amor o si es tu nombre,  
Mas creo que nunca el hombre  
Nombre más dulce inventó.  
Cuando mi alma vaciló  
Ante el tormento crüel,  
Ví trazado en un papel  
Tu bello nombre; mi herida  
Se cerró; volví a la vida,  
Y por tí vivió Miguel.

Soy tu poeta, y tú eres  
Mi Carmen, mi poesía,  
Y soy con ser tu alegría  
El más feliz de los seres.

¡Bárbaro hierro! no esperes  
Retener mi corazón:  
Él, burlando tu prisión,  
En pos de su Carmen vuela,  
Y en los ojos de Carmela  
Ve Miguel su inspiración.

Carmen que el cielo formó  
Con la luz de su sonrisa:  
Tengo celos de la brisa  
Que te besa antes que yo.  
¡Cuán negra nube ocultó,  
Ay, nuestra luna de miel!  
¡Ay, mi Carmen, cuán infiel  
Se mostró nuestra fortuna!  
Mas ya volverá la luna...  
Cuando vuelva tu Miguel.

1883.

## ANTE LA MUERTE.

(A la memoria de Antonio Grimaldo.)

*Chaupi punchapi tutayarca.*

Poesía quichua.

*To be or not to be, that is the question.*

SHAKESPEARE.

### I.

#### Fidel, Dolora, un cadáver.

— ¿Benigno? . . . Nó, no es él . . . No son los suyos  
 Estos ojos hundidos, en que flotan  
 Oscuras nieblas; nó, no son el cielo  
 Do el sol brilló de su mirada hermosa.  
 En vano busco en la glacial figura  
 Que ha quedado en mis brazos la aureola  
 De su dulce expresión. Su voz no suena.  
 Mi aliento no halla el suyo en esta boca.  
 Ya voló no sé donde su sonrisa  
 Que iluminaba mi existencia toda.  
 Este cuerpo no es él: severo, frío,  
 Sin movimiento, sin color, agobia  
 Mis fuerzas, y parece rechazarme  
 Su inerte rigidez aterradora.  
 Nada de él está aquí. ¿Qué es lo que pasa?  
 Tú, que a mi lado estás; tú, que sollozas;  
 Tú, que no te separas todavía  
 De esta mujer que se ha quedado sola,  
 Dime, dime, Fidel, ¿dónde tu amigo,  
 Tu hermano dónde está?

— Tal es la historia;  
 Tal es la ciencia de la vida humana;  
 Tal la eterna cuestión. Ninguno logra  
 Resolver el recóndito problema;  
 Y va la humanidad, ola tras ola,  
 Volcando su existencia en el abismo  
 De la muerte insondable y pavorosa.  
 Él estuvo y no está. ¿Ves esta llama  
 Cuán viva, cuán alegre se colora  
 Sobre este blanco cirio?... Ya no existe.  
 Un leve soplo la apagó, y humosa  
 Pavesa es el recuerdo de esa vida  
 Que acaba de brillar tan seductora.  
 Vida es la luz, y los humanos seres  
 Se encienden y se apagan como antorchas.  
 ¿Dónde la llama está? ¿dónde el amigo?  
 Nadie puede decírtelo, Dolora.

— ¡Pero no puede ser!... ¡Es imposible!...  
 ¡Yo no quiero vivir!... ¡Me vuelvo loca!...  
 ¡Benigno, ven!... ¡Benigno, no te vayas!...  
 ¡Yo no puedo creer que no me oigas!...  
 .....  
 ¡Muerto! ¡muerto, Fidel!... ¡No me contesta!  
 ¡Oh desesperación!

— El llanto brota  
 De nuestros ojos; nos faladra el pecho  
 Dolor agudo, y en mortal congoja  
 Desesperado el ánimo decae.

¿Por qué tal conmoción? Por una cosa  
 Sencilla y natural. El universo  
 Se mueve sin cesar y se transforma.  
 Nada en él permanece. Tú pretendes  
 Que la inflexible lógica se rompa,  
 En homenaje a tu pesar acerbo:  
 ¡Locura y vanidad! Nada le importa  
 Tu inútil queja o tu sentido ruego  
 Al necesario efecto, que eslabona  
 La causa necesaria en la infinita  
 Serie en que todo efecto es transitoria  
 Causa de algo a su turno. ¿Por qué miras,  
 Indiferente o ciega, la grandiosa  
 Incesante labor con que natura  
 Se muestra por doquier? ¿Por qué te asombra  
 Más la del trueno que mi voz? Cobarde,  
 Impresionable y egoísta, formas  
 Torbellinos fantásticos; envuelves  
 El mundo en tus dolores, y reprochas  
 De lo infinito la serena calma.

— ¡Fatalidad crüel!

— Festín y gloria  
 De otra mansión de seres escogidos.

— ¿Cuál?

— La de los gusanos.

— ¡Espantosa  
 Y lúgubre mansión! ¡Festín horrible!

— Renovación eterna.

— ¿Quién me roba

¡Ay! el único bien que yo tenía?

¿Quién se complace en mi dolor? ¿Quién goza,  
Oh inmensidad, en el tormento mío?

— Nadie. No existe nada que responda.  
Lo enorme es sordo; lo infinito, ciego;  
Todos los astros, menos que una gota  
En el inmenso piélago perdida,  
Y nosotros, de un átomo de escorias  
Parásitos altivos, no sabemos  
Lo que piensan los soles y las mónadas.

— ¡Oh, destino implacable!

— Los fantasmas

Viven sólo en la mente soñadora.  
El destino no existe.

— ¡Y él ha muerto!

— También nació.

— ¡Maldito el que se mofa

De la esperanza y del amor! ¡Maldito  
Quien prende esta ilusión engañadora  
En los pechos sensibles!

— No maldigas

Lo irresponsable.

— Fuente que se agota;  
Luz que se extingue; flor que se marchita;  
Espectros que aparecen y se borran...  
¿Cuál es pues el objeto del engaño  
De la vida, Fidel?

— ¡Eterna incógnita!

— ¡Oh, pérfida traición!

— Injusto reto  
Al movimiento que obra y no razona.  
El capricho no es ley de lo absoluto;  
Ni a nuestro antojo la inmutable norma.  
Sus ocultos resortes modifica.

— ¿Cómo vino hacia mí noche tan lóbrega,  
Cuando irradiaba el cielo de mi dicha  
Las primeras sonrisas de la aurora?  
¿Cómo vivir, si ha muerto mi esperanza?

— Él vive aún.

— ¿En dónde?

— En tu memoria.

.....

— Todo acabó, ¿no es cierto? Si: comprendo.  
¡No verle nunca más! ¡Lanzar las horas  
De su existencia al mar de los recuerdos  
Y este yerto cadáver a la fosa!

Después de todo, nada. Mi universo  
 Era él: me le arrancan; me despojan,  
 Y ruedo, triste y sola, en el vacío.

— Que sienta el árbol por sus propias hojas;  
 Que sienta el hombre por sus propios bienes;  
 Que sienta el astro por su lumbré propia.  
 El ajeno dolor desconocido  
 No existe para mí. Campos de rosas,  
 Alegres risas, bulliciosas fiestas,  
 Placer intenso, rebosantes copas,  
 Son las notas brillantes que armonizan  
 En el concierto universal con otras  
 Graves modulaciones de los míseros  
 Que agonizan y mueren en la sombra.  
 Es necesidad quejarse.

— Sin embargo ...

— Es inútil llorar.

— ¡Tú también lloras!

## II.

### El poeta.

¡Llorarle! ¿cómo no? ¡Si fué tan bueno  
 Que no creyó en el mal!  
 ¡Si ni del áspid que abrigó en su seno  
 El matador veneno  
 Envenenó la miel de su bondad!

A todos grato fué, dulce, riénte,  
Con esa suavidad  
Con que nace la luz en el oriente.  
No fué resplandeciente  
Sol, pues no quiso abrasador brillar.

Iba veloz su altivo pensamiento  
En pos de la verdad,  
Como la vida en pos del movimiento,  
Y pudo su talento  
De lo idéal las cumbres explorar.

Alas le dieron su alta inteligencia  
Y firme voluntad:  
Le encadenó el deber; y sin violencia,  
Él fué la providencia,  
La dicha y el orgullo de su hogar.

Amó la libertad. Manchó sus manos  
Ni su lengua jamás.  
Víctima fué de estúpidos tiranos,  
Y le arrojó a lejanos  
Climas el odio a su virtud tenaz.

Amó la patria. Rica, respetada,  
Feliz y libre, tal  
La quiso ver; no pobre, esclavizada,  
Desierta y humillada,  
Cual, feudo de los déspotas, está.

Amó la humanidad. Él no podía  
Hacer un pedestal  
De sus hermanos. Tuvo la osadía  
De dar con alegría  
Su vida entera al bien de los demás.

Hizo el bien sin alarde ni rüido;  
Fué pródigo en amar  
A los suyos; ha muerto, y ha nacido  
En su tumba el olvido.  
¡Recuerdos del que fué, dormid en paz!

1891

## DESESPERACIÓN.

(Traducción de Lamartine.)

Cuando en hora fatal y maldecida  
Gritó el Eterno: ¡Alzáos!  
Y surgieron los seres y la vida  
Universal, nacida  
De los confusos gérmenes del caos,

Dios renegó de su poder fecundo,  
Y con pie desdeñoso  
Lanzó al espacio su abortado mundo,  
Y en el sopor profundo  
De su eterna quietud buscó reposo.

“Anda, dijo; te entrego a tu demencia,  
Tierra desventurada;  
Odio ni amor me inspira tu existencia;  
Eres en mi presencia,  
Universo rüin, menos que nada.

Desplómate al azar en los desiertos  
Inmensos del vacío  
Con tu Destino, sembrador de muertos;  
Sean tus males ciertos  
Y la Desgracia tu monarca impío.”

Dijo: y cual buitre que se arroja hambriento  
Sobre indefenso nido,  
La Desgracia, al oir el alto acento,  
Exhala de contento  
Un prolongado aterrador gemido;

Y en sus feroces garras se colora  
En roja sangre pura  
Del universo la primer aurora,  
Y su presa devora  
El mal eterno en insaciable hartura.

Desde entonces su imperio, amargo fruto  
De la celeste ira,  
Envuelve al mundo en pavoroso luto,  
Y al mal rinde tributo  
De llanto y de dolor cuanto respira.

Y la tierra y el sol, el mar y el viento,  
La materia y el alma,  
Todo gimió con doloroso acento,  
Y en inmenso lamento  
Trocó natura su pérdida calma.

Volved, pues, las miradas, pobres gentes,  
A los celestes llanos;  
Buscad a Dios en su obra diligentes,  
Y pedid elocuentes  
Al gran consolador consuelos vanos.

¡Ah, desgraciados! su bondad se ausenta  
De su obra deleznable.  
¿Buscáis su apoyo? Su furor ostenta  
Natura y os presenta  
Vuestro terrible déspota implacable.

¿Cómo llamar, fatídica potencia,  
Tu intervención temible?  
Que te llamen Natura, Inteligencia,  
Destino, Providencia,  
Ley natural o ley inconcebible;

Que ante los lazos que tu mano trama,  
Tiemble el hombre o blasfeme;  
Que el audaz te combata, o quien te clama  
Pretenda que te ama,  
Siempre, siempre eres tú: ¡todo te teme!

¡Ay! yo invoqué también a la Esperanza;  
Turbada, seducida,  
Mi alma bebió también con abundanza  
La lóbrega enseñanza  
Que ese filtro mortal dejó a mi vida.

¡Ella, falaz! la luz de su mirada  
Nos atrae al abismo,  
Y por ella, de flores coronada,  
La víctima entregada  
Es del dolor al fiero despotismo.

¡Si al menos al azar el mal diezmara  
Los hombres en la tierra;  
Si a todos por igual nos despojara  
Esa mano que avara  
En mi sensible corazón se aferra!

Pero los siglos la belleza vieron,  
La generosa audacia,  
Los que enseñaron, los que justos fueron,  
Que víctimas cayeron  
De esa odiosa elección de la desgracia.

Tal los airados dioses sanguinarios  
Celosos exigían  
Sacrificios de sangre en sus santuarios;  
Y tal los victimarios  
De inocentes rebaños ofrecían

Las primicias que dan al matadero  
Su repugnante aroma,  
Y virtió en el altar el agorero  
La sangre del cordero  
Sin mancha y de la nítida paloma.

Raudal de todo ser: siendo como eres  
Creador omnipotente,  
Tú, delante de quien, como los quieres,  
Son posibles los seres  
Desde antes de nacer, allá en tu mente,

Pudiste hacer brotar, pues no tenía  
Tu arbitrio lindes fijos,  
De tu libre y fecunda fantasía  
La vida y la alegría  
De estos tus tristes moribundos hijos.

Pudo, sin agotarse, tu clemencia  
Inundar la natura  
Con tu inmensa bondad, y tu presencia  
Ser en toda conciencia  
Felicidad inextinguible y pura.

El espacio, el poder, el tiempo, nada  
En tí un esfuerzo ha sido:  
¡Ah, cómo tiembla el alma atribulada!  
¡Oh esfinge despiadada!  
Lo pudiste, Señor; no lo has querido.

¿Para nacer, de qué crimen horrible,  
Sin nacer, fuimos reos?  
¿Te pidió acaso ser el insensible  
No ser? ¿Cómo es posible  
Que la nada de ser sienta deseos?

¿Somos quizá de ocultos maleficios  
El execrable parto?  
¿O tal vez, Dios crüel, nuestros suplicios  
Pueden serte propicios?  
Si eso te hace feliz, dí, ¿no estás harto?

¡Incienso grato a Dios: hondos gemidos,  
Subid, subid al cielo;  
Subid, sollozos, lágrimas, rugidos,  
Blasfemias, alaridos,  
Digno concierto del divino anhelo;

Gritos de muerte, acentos de agonía,  
Quejas interminables,  
Subid, herid la bóveda sombría  
De la mansión impía  
Que habitan los destinos inmutables!

¡Tierra, eleva tu voz; cielo, responde;  
Abismo, negro asilo  
Do la muerte sus víctimas esconde:  
Id, estallad en donde  
Ese insensible ser duerme tranquilo!

¡Que un eterno lamento se levante  
Y acuse a la natura,  
Y que preste el dolor desesperante  
Su aliento de gigante  
Para gemir a toda créatura!

¿Qué has visto en tanto, Dios, desde aquel día  
En que naturaleza  
Arrancada al no ser, preñez vacía,  
Dé tus manos caía,  
Cual obra vil que a bosquejarse empieza?

¡Del mal a los desórdenes la inerte  
Materia sometida;  
Toda carne temblando ante la muerte,  
Y ante su adversa suerte,  
Celosa de la muerte toda vida!

¡Guerra de hermanos; luchas intestinas  
De elementos rivales;  
El tiempo destructor, sobre las ruinas  
De tus obras divinas,  
Esperando en sus brazos colosales

Cuanta masa de sombra y sangre y cieno  
Le destinan tus manos,  
Y la muerte esparciendo su veneno  
Y ahogando desde el seno  
De las madres los gérmenes humanos!

¡La virtud sucumbiendo ante la audacia  
Impune y homicida;  
Honradas la impostura y la falacia;  
La verdad en desgracia;  
La libertad errante y ofrecida.

A los dioses vivientes de la tierra,  
Cual víctima propicia,  
Y la fuerza que mata y que destierra  
Fundando en cruda guerra  
El reino del terror y la injusticia!

El valor decidiendo en las campañas  
Sin la ficción divina!  
¡Un Catón, libre aún, rico en hazañas  
Rasgando sus entrañas  
Por la fe de Platón que le alucina!

¡Un Bruto que, al matarse porque impere  
La virtud en el hombre,  
Duda al morir de aquello porque muere,  
Su propia acción zahiere  
Y halla que es la virtud tan sólo un nombre!

¡La impúdica fortuna, protectora  
De crímenes atroces!  
¡La traición proclamándose señora,  
Si el éxito la dora!  
¡La gloria aliada de los más feroces!

¡De los padres los hijos recibiendo  
La iniquidad y el fraude,  
Y el siglo viejo al nuevo trasmitiendo  
Cuanto de vil y horrendo  
La incorregible humanidad aplaude!

¡Y qué! ¿tántos tormentos y suplicios  
Y llantos y pesares  
Y corrupción y crímenes y vicios  
No son ya sacrificios  
Bastantes en tus lúgubres altares?

¿Ese sol, fidelísimo vijía  
De los terrenos males,  
No hará nacer al fin un solo día  
Que alumbre la alegría  
Y no la angustia atroz de los mortales?

¡Herederos de llantos y dolores,  
Víctimas de la vida:  
Nó, no esperéis que al Dios de los terrores  
Le cansen sus rigores,  
Y quede la Desgracia adormecida,

Hasta que extienda su glacial follaje  
Universal invierno;  
Eterna nieve de los cielos baje,  
Y por siempre amortaje  
Al eterno dolor silencio eterno!

1893.

## VEINTE AÑOS DESPUÉS.

Largo tiempo ha transcurrido:  
Ya pasaron más de cuatro  
Lustros, a partir del día  
Feliz en que nos casamos.  
Ambos nos sentimos viejos,  
Tristes, enfermos, cansados  
De sufrir; ambos tenemos  
Un caudal de desengaños,  
Penas negras y no pocas  
Hebras de cabello blanco.  
Ambos vemos con tristeza  
Esos días tan lejanos  
En que jóvenes, ardientes,  
Lenos de fe y entusiasmo,  
Como bivalvos unidos,  
Como yedras enlazados,  
Era sed inextinguible  
El amor en nuestros labios.  
Ya nuestras piernas flaquean;  
Ya se rinden nuestros brazos;  
Ya Cupido no obedece  
Del corazón al reclamo,  
Y las nueve de la noche  
Nos encuentran bostezando.  
Ya se estrechan sin esfuerzo  
Dulcemente nuestras manos;  
Ya nos besamos tranquilos,  
Y dormimos separados.

Ya vivimos de recuerdos,  
Y es la esperanza el cercano  
Fin de dos astros que llegan  
Plácidamente a su ocaso.  
Ya estamos viejos, amiga;  
Viejos, no puedes negarlo,  
Y se doblan nuestras vidas  
Bajo el peso de los años.  
Mas, con todo, yo te quiero;  
Tú me quieres sin embargo;  
Tú eres siempre mi tesoro,  
Mi vida, mi bien, mi encanto,  
El consuelo de mis penas,  
El remedio de mis daños,  
El venero de mi dicha,  
El mayor de mis cuidados,  
La razón de mi existencia  
Y el motivo de mis cantos.  
Yo te quiero; tú me quieres,  
Y si con querernos tanto  
Ambos vivimos felices,  
Continuémonos amando,  
Para que por nuestro amor  
Siempre felices seamos.

1903.

## A MARÍA.

Para cantar mis versos  
Voy a pulsar la sonora lira.  
Es un himno de amor: brota del pecho,  
Cual brota del volcán la cristalina  
Fuente, y sube a los cielos, como sube  
Desde el brasero el humo de la mirra.  
Canto la luz, la gracia, la belleza;  
Es un himno de amor: canto a María.

¿La conoces? Un gnomo  
Me la enseñó una noche, desvestida,  
Sobre un lecho formado  
De rosas y camelias purpurinas.  
Cien lámparas de plata  
Alumbraban la estancia en que dormía  
La diosa de las flores,  
Cual azucena de blancura nítida,  
Más bella que la reina de los ángeles,  
Más hermosa que Venus Afrodita,  
Más seductora que Friné y Cleopatra,  
Y más que un ángel de Murillo linda.  
Yo pretendí besarla,  
Y el gnomo lo impidió. — Toma mi vida,  
Gimiendo supliqué: no me la niegues.  
Darle un beso y morir, eso sería  
El colmo del placer. Para matarme  
No será necesario que me oprimas

En tus nervudos brazos; deja que esos  
 Que Psiquis modeló suaves me ciñan,  
 Y que apaguen mis labios en sus labios  
 Mi sed de amor: me matará la dicha.  
 — Nó, no la tocarás, repuso el monstruo  
 Con pérfida sonrisa;  
 Tu carne terrenal en ese intenso  
 Fuego se abrasaría. —  
 Y envolviéndome luego en los cendales  
 De la nocturna brisa,  
 Rauda me arrebató. Desde ese instante,  
 Ciego quedé; mas una luz divina  
 Reproduce en interna, milagrosa  
 Aparición beatífica,  
 Llena de gracias, pura, refulgente,  
 La imagen de María.

1903.

## EPITAFIO

en la tumba de mi esposa.

Era mi amado bien. Ayer dormía  
 En mis brazos su sueño angelical,  
 Y al contacto de un ósculo, solía  
 Alegre despertar.  
 Hoy ella duerme aquí, y en vano insiste  
 Mi amor en que despierte una vez más:  
 De este sueño tan lóbrego y tan triste  
 Jamás despertará.

1904.

## REMINISCENCIAS.

Ella la luz crinada y yo el cometa  
Que en los celestes ámbitos vagó,  
Al tocar de este sol la ansiada meta,  
Rota la cauda, el astro se apagó.

Hubo en mí el huracán: lumbre furiosa  
En tempestad de rayos encendida,  
Siguiendo tras la pista esplendorosa  
De otro ser, de otra luz y de otra vida.

¿La encontré aquí tal vez?

Sobre mi cuna

Ascendió lentamente en la alborada  
De mi existencia, como blanca luna  
En un cielo sin nubes levantada.

No puedo recordar desde qué día  
A quererla empecé, ni supe cuando,  
Al juntarse mi gozo a su alegría,  
Noté que nos estábamos amando.

Y unió la casta virgen impoluta  
Mi vida errante con la suya quieta,  
Y fué otra vez, para alumbrar mi ruta,  
La transparente luz de otro cometa.

Y en parábola inmensa recorrimos  
Cielos felices, ciclos de dolores,  
Y en núcleo de diamantes encendimos  
El sol de nuestros místicos amores.

Súbito empero contemplé pasmado  
Palidecer su hermosa cabellera,  
Y sentí que arrancaban de mi lado  
A mi dulce y amada compañera.

Y sigo solo mi desierta vía,  
Ciego en la sombra, dolorido y triste,  
Sin saber si he de hallarla todavía  
O para siempre para mí no existe.

1904.

## A MI HIJO.

Has salvado mil riesgos, hijo mío,  
Y cumples hoy un año,  
Sin conocer el mundo que te acoge  
Con júbilo y aplauso.

Tú no sabes aún quienes son estos  
Seres que te engendraron,  
Y que eres tú el amor de sus amores,  
Su dicha y su regalo.

Tú no sabes aún que tienes una  
Madre, cuyo amor santo  
Es fiel custodio de tus horas tristes  
Y de tus goces cándidos.

Tú no sabes aún tu advenimiento  
Cuántas promesas trajo,  
Y cuántas ilusiones en tu cuna  
Tus sueños arrullaron.

Tú no sabes aún lo que es la vida  
En que vas penetrando,  
Envuelto en el ensueño que produce  
Tus risas y tus llantos.

No sabes . . . Cuando sepas; cuando al soplo  
De aprendizaje diario,  
Lentamente la niebla en que dormitas  
Se vaya disipando;

Cuando sientas los golpes en tu pecho  
De rudos desengaños,  
Y se rasguen los velos, y despiertes  
Creyendo estar soñando;

Cuando crucen, quemando tu cerebro,  
Los enigmas, y cuando  
Te empuje la razón sobre la duda  
Y la duda en el caos;

Cuando te sientas bueno, y cuando muerdan  
Tu corazón los malos,  
Y los demás te otorguen su desprecio,  
Su risa y su sarcasmo;

Cuando absorto y confuso, te preguntes  
Si estás equivocado,  
Y dudes de tí mismo, y te detengas  
Para perderte acaso,

Acuérdate de mí. Yo he sido un hombre  
Que ha vivido buscando  
La justicia y el bien, como el minero  
Busca el oro en el cuarzo.

He sido un soñador; un combatiente  
Sincero, enamorado  
Del idéal que finjen los pöetas  
Para el progreso humano.

Mi delito es amar: he amado mucho,  
Y con amor tan raro  
Que fuí más de una vez al sacrificio,  
Cual si pudiese amarlo.

Mi locura es amar. El universo  
Es mi atracción, y el astro  
Y el ave y el reptil en mí se juntan  
En fraternal abrazo.

Pues es muy cierto que allí,  
Con mi padre y en su honor,  
En las alas del vapor,  
Y llevando en su bandera  
Su grandeza toda entera,  
Se trasladó el Ecuador.

Guayas y Pichincha unieron  
Sus lechos para engendrarme,  
Y los Andes para honrarme  
Sus volcanes encendieron.  
Cantos de la patria fueron  
Los que arrullaron mi infancia,  
E iluminaron mi estancia,  
Con relámpagos de glorias  
De mi stirpe, las memorias  
De Bailén y de Numancia.

Galo fué un pueblo bravío;  
Era el nombre de un chileno  
Tan ilustre como bueno,  
Y es también el nombre mío.  
Como Galo, tendré brío  
Para ser buen ciudadano;  
Como Miguel, seré humano,  
Benevolente y sincero,  
Y cual Valverde, severo  
Censor de todo tirano.

Es mi madre blanca estrella  
De mi amor: la quiero tanto,  
Que apenas reprimo el llanto  
Cada vez que pienso en ella.  
¡Quién tuviera, oh fuente bella  
De mi vida y mi salud,  
El armonioso laúd  
Y la mágica paleta  
Del pintor y del poeta,  
Para ensalzar tu virtud!

Soy un niño muy pequeño,  
Y no entiendo todavía  
De la mundanal porfía  
El origen y el empeño.  
Sólo sé que no soy dueño  
De mí mismo, y que si el don  
De una acertada elección  
De mis padres dependiera,  
Nadie como yo subiera  
A la humana perfección.

Sé también que si no escucho  
De mis padres el consejo,  
Antes de llegar a viejo  
Habré de sentirlo mucho;  
Porque a veces el más ducho  
Su propia experiencia trae;  
Cada mañana nos trae

Una lección no aprendida,  
Y hasta el sabio en esta vida  
Tropieza a menudo y cae.

Así, chocando y cayendo,  
A caminar aprendí,  
Y he de continuar así  
La ruta que voy siguiendo.  
¡Adelante! No pretendo  
La fuerza humana exceder,  
Mas llevaré al ascender  
La experiencia por maestra  
Y cual antorcha en mi diestra  
La conciencia del deber.

1908.

### A MI ESPOSA.

A través de la niebla de la distancia,  
Yo contemplo tu rostro de virgen casta,  
Cual se dibuja  
Tras un velo de encaje la blanca luna.  
Y al mirarte, imagino que estoy leyendo  
Sobre tu frente pura tu pensamiento  
Que el mío abraza  
A través de la niebla de la distancia.

Isabel, ninfa rubia de mis amores,  
Cuyos áureos cabellos el horizonte  
Lejos eclipsa  
En el valle florido que abrió el Pichincha:  
Si es verdad que a mí vienes mañana y tarde,  
Ven también cuando duermo; ven a besarme  
Todas las noches,  
Isabel, ninfa rubia de mis amores.

México, 1908.

## LA ESCALERA.

Juan, subiendo una escalera,  
Sin intención ni malicia  
Tropezó; Luis, que trepaba  
Detrás de Juan, montó en ira  
Y gritó, blandiendo un palo:  
— ¡Animal, ve donde pisas!  
¡Si otra vez tropiezas, voy  
A molerte las costillas! —  
Con esto, el susto de Juan  
Fué tal que soltó la trinca  
Y cayó sobre el de abajo,  
Destrozándole la crisma.  
Moraleja: ¡que no asusten  
Los de abajo a los de arriba!

1908.

## DOLOROSA.

(A mi hermana Adriana, en la muerte de su hija doña  
María Luisa Maldonado del Castillo.)

Falsa elección del destino  
Ciego, inexorable y duro;  
Golpe, que el tiempo venturo  
Arrebata al peregrino;  
Asechanza en el camino  
Del amor y la esperanza;  
Torpe labor de matanza,  
Sin furor y sin clemencia:  
¿Dónde, si no eres demencia,  
Está el fiel de tu balanza?

¡También ella! No importaba  
Que fuese joven y bella:  
Se hundió en la noche esa estrella  
Que en el cielo fulguraba.  
Misterio que nunca acaba  
La mente de concebir:  
Fabricar para destruir;  
Fundar para demoler;  
Ser para dejar de ser,  
Y nacer para morir.

¡Muerta! Vino el soplo frío  
Que dejó su vida muerta,

Y se abrió espantosa puerta  
Sobre el abismo sombrío.  
Hay un asiento vacío  
De su familia en la mesa;  
La llama se hizo pavesa,  
Y la espléndida hermosura  
De su cuerpo es ya la oscura  
Podredumbre de la huesa.

¡ Muerta! Del cristal sonoro  
De su risa placentera;  
Del acento alegre que era  
Blando arrullo en quena de oro;  
Del opulento tesoro  
De su gracia y juventud;  
Del calor de su virtud,  
Y de la luz de sus ojos,  
Sólo quedan los despojos  
Que hoy encierra su ataúd.

En la angustiada porfía,  
Padre, madre, esposo, hermanos,  
Con esfuerzos sobrehumanos  
Defendieron a María.  
No cedió la muerte impía  
De amor a la viva instancia,  
Ni a la maternal constancia,  
Ni al conjuro de la ciencia,  
Ni a la voz de la inocencia,  
Ni al vagido de la infancia.

Fué crüel: junto a su lecho  
Sus tiernos hijos lloraban  
Y suspiros arrancaban  
A su agonizante pecho.  
Todo un hogar fué deshecho;  
Triunfó el influjo malino;  
Densa noche sobrevino  
De repente a medio día,  
Y quedó muerta María  
Por aquel rayo asesino.

Yo no sé, hermana querida,  
Ni tú lo sabes tampoco,  
Por qué se extinguió ese foco,  
Y por qué murió esa vida.  
Tu mirada entristecida  
En vano busca la gloria  
Del sol trocado en escoria,  
De la cual nos queda vaga  
Vislumbre que el tiempo apaga  
Lentamente: su memoria.

Llora, hermana: es el tributo  
Del dolor a tu quebranto,  
Aunque, al riego de tu llanto,  
No renazca el bello fruto  
Que has perdido. Yo a tu luto  
Uno mi negro crespón;  
Los ayes de tu aflicción

Han ahuyentado mi gozo,  
Y al presentir tu sollozo,  
Se me parte el corazón.

México, 1908.

## EPITALAMIO

a la señorita Juana Murillo Maldonado

Del bosque añoso vengo, do el tronco negrecido  
Se cubre con los rotos harapos de la yedra  
Y da su abrigo de hojas en el caliente nido  
Al huevo cuya yema para lo excelso medra.  
Allí arranqué a Dionysos el prodigioso arcano  
Del ósculo que enciende la vida de los seres,  
Y ví al genio que oprime la mies dentro del grano  
Que con sus besos doran Febo, Favonio y Ceres.  
Hermes me dió tu aviso, y acudo presuroso,  
Deslumbradora Juana, al templo de Hymeneo,  
Donde el gallardo Félix se llamará tu esposo  
Y avivará en tus labios la sed de su deseo.  
Prended, alegres ninfas, la lámpara sagrada;  
Venid, faunos amigos: en vuestras bocas belfas  
Modulen flautas árcades la rústica tonada;  
Ornen las frentes pálidas azúmbares y aelfas;  
Rompa en gozoso estrépito el címbalo sonoro,  
Y dancen los zagales al rededor del ara,  
Mientras se quema el ámbar en el brasero de oro  
Y al sacrificio cruento la ofrenda se prepara.  
Las Horas llegan; Psyquis en rósea luz se baña;

Se da la casta virgen en cándido holocausto,  
Y rasga el sacerdote la palpitante entraña,  
Buscando en ella el germen del vaticinio fausto.  
Mas Eros lo penetra y el vate lo predice,  
Oh fruto delicioso de amor, belleza y gracia;  
Óyelo, Juana hermosa, en tanto que felice  
Tu Félix en tus labios su sed ardiente sacia.  
Tu estrella esplendorosa sin nubes luzca y pura  
En un cielo radiante de dicha y alegría:  
Tal es el vaticinio que el viejo vate augura  
Al éfebo y la náyade que Amor unió este día.

1909.

## HOLGORIO.

(Al niño Alfredo Luis Valenzuela y Barriga.)

Cándido lirio;  
Fresco pimpollo;  
Estro fecundo  
Y esplendoroso  
De mis ardientes  
Ritmos eonios;  
Mágico hechizo  
De dos esposos  
Que, embelesados  
Y en alborozo,  
Cuando la tarde  
Templa el bochorno  
Tras de los diarios

Pleitos y enojos,  
En su regazo,  
Llenos de gozo,  
Cubren de besos  
Tu lindo rostro;  
Nene robusto,  
Sano y hermoso,  
Que abres al mundo  
Grandes los ojos;  
Yema florida;  
Lene retoño;  
Rosa encarnada;  
Fruto sabroso;  
Nudo de afectos;  
Fuente de holgorios;  
Suave motivo  
De gayos tonos;  
Naife luciente  
Del broche de oro  
Que une dos perlas  
En matrimonio;  
Luz matutina;  
Nimbo glorioso;  
Causa inocente  
De amores locos  
Que solicitan  
Tus labios rojos:  
¿Por qué al mirarte,  
Niño gracioso,  
Siento encendidos  
Los viejos hornos;

Arde en la hoguera  
Mi cuerpo todo;  
Llorar quisiera,  
Y el reconcomio  
Saca del pecho  
De lo más hondo  
Tiernos suspiros,  
Raros antojos?  
¿Por qué a tu vista,  
Mamón precioso,  
Se abren los brazos,  
Se inclina el tronco,  
Y ante tu cuna  
Las piernas doblo,  
Para adorarte  
Puesto de hinojos?  
Es, Luis Alfredo,  
Que al verte, evoco  
Dulce el recuerdo  
Nítido de otro  
Ser adorado  
Que allá, en remotos  
Confines, crece  
Jacarandoso,  
Mientras yo triste  
Me quedo solo,  
Es que mi Galo,  
Mi niño blondo,  
Gárrulo y bello,  
Maciso y gordo,  
Cuando contaba

Seis meses cortos,  
Se reproduce  
Vivo, en el foco  
De mi añoranza  
De viejo chocho,  
Desque contemplo  
Salir del gorro  
De encajes blancos  
Y rizos fofos  
Tu cabecita  
De luminosos  
Leves perfiles,  
Cuyos contornos  
Inaccesibles  
De ángel radioso  
Desesperaran  
Al mismo Giotto.  
Es que a tu lado  
Me vuelvo bobo,  
Y tu argentino  
Gritar jocoso  
Fuera de quicio  
Me saca pronto;  
Y es eso mismo,  
Querido rorro,  
Lo que produce  
Tánto alboroto,  
Ya que las Nueve  
Tocan el bombo,  
Para que salten  
Sin envoltorios,

Dentro del nido  
Blando y mimoso,  
Brazos y muslos  
Que, en su retozo,  
Mueven alegres  
Risas y lloros.  
Mas a este punto  
Llegado, noto  
Que te ha arrullado  
Mi canto soso.  
Duérmete, niño;  
Viertan los gnomos  
Sobre tu frente  
Sueños dichosos,  
Al mismo tiempo  
Que, abriendo el toldo,  
Te da en un beso  
Sus faustos votos  
Este vetusto  
Vate mohoso,  
Que su romance  
De versos momios  
Aquí termina  
Sudando el hopo.

1909.

## EL LOBO Y LAS OVEJAS.

(Apólogo.)

— Este era un lobo atroz, dijo la abuela,  
Que espanto fué del cerro y la hondonada;  
Los campos asoló y a la aldehuela  
Cien noches avanzó la planta osada.  
Una vez sucedió que de la escuela  
Arrastró un zagalejo a la quebrada,  
Y no fueron los perros suficientes  
Para arrancar al niño de sus dientes.

En vano fué que, en trances como aquesos,  
Los tímidos pastores dieran voces,  
Y corrieran los páramos, sabuesos  
Llevando y esgrimiendo picos y hoces;  
En vano devanáronse los sesos  
E inventaron mil trampas: las feroces  
Hazañas del bandido carnicero  
Continuaron así de enero a enero.

Pero el mal no es eterno: vino un día  
En que airado un zagal frunció las cejas  
Y de un tiro mató a la bestia impía.  
— ¡Qué gusto! exclamó Juan: ¡pobres ovejas!  
— Sí, prosiguió la abuela, ¡qué alegría!  
Mas una del aprisco, entre las viejas,  
Lloró de indignación, y no te asombre.  
— ¿Contra el lobo feroz? — No, ¡contra el hombre!

1912.



TERCERA PARTE.

---

SONETOS.



## A UNA PULGA.

Pude cogerte al fin, pulga maldita;  
Vas a morir; mi inmensidad te aplasta,  
Y un leve esfuerzo de mis dedos basta  
Para vengar tu ofensa que me irrita.

Soy tu dueño y señor; mi alma infinita  
Con tu ruindad y pequeñez contrasta,  
Y es más por eso que tu infame casta  
Mi indignación y mi furor excita.

Muere pues, pulga vil, ya que no alcanza  
Mi poder hasta hundirte en un infierno,  
Donde, al calor de tu suplicio eterno,  
Se eternice el placer de mi venganza.

¿Protestas tú también? ¡Cuánta osadía!  
¿No existe un Dios a semejanza mía?

1878.

## ¡ALARMA!

(Con motivo de la traslación de los restos de  
don Vicente Piedrahita.)

Era de noche y en la selva umbrosa:  
Vago rumor se oyó en la estrecha vía;  
Después un golpe, un grito de agonía,  
Y el cadáver de Abel cayó en la fosa.

Todo ha pasado: la inquietud odiosa  
No turba de Caín la infame orgía,  
Y lloramos la muerte del que un día  
Fué de su patria irradiación gloriosa.

¿Llorar? ¡oh, rabia! ¿y hombres nos llamamos?  
Si hielo vil los pechos amedrenta,  
En polvo y sombra nuestra frente hundamos.

¡Pueblos, alzad! El llanto es hoy afrenta.  
Vengarle, Guayaquil, es tu destino:  
¡Pueblos, alzad! ¡que muera el asesino!

1882.

## EN MI CALABOZO.

(A mi esposa.)

A veces, me parece, cielo mío,  
Que no te veré más; crece mi pena;  
Contemplo con tristeza mi cadena;  
Desmaya el corazón, y siento frío.  
En vano entonces por volar ansío  
En pos de la ilusión que me enajena,  
¡Ay! que el presente la inquietud refrena  
Con que te busca, amor, mi desvarío.  
Y es inútil luchar, y ya no lucho;  
Pero de pronto el labio balbuciente  
Tu bello nombre a proferir alcanza;  
Tu rostro miro, tu palabra escucho,  
Y al pecho vuelve, grata y complaciente  
Mensajera del cielo, la esperanza.

1883.

## QUID PRO QUO.

(Baturrillo hispano-mexicano.)

Tiene México muchos *mingitorios*,  
Y en vano busca Blas los *urinarios*:  
Blas es *ranchero*, tímido, y ¡*canarios*!  
No *mero* encuentra *ocursos* supletorios.

Ve por do va mesones, sanatorios,  
*Tlapaterías*, baños, herbolarios,  
 Pulquerías, *cantinas*, *dispensarios*,  
*Estanquillos*, *café*s y *consultorios*.

Encomendando el alma al Unigénito,  
 Iba ya a reventar, cuando un gran título  
 Saltó a sus ojos, que "INSTITUTO GÉNITO-  
 URINARIO" decía; entró de súbito  
 Al salón de señoras, y ... — capítulo  
 Final — el infeliz cayó en decúbito.

1908.

## LECCIÓN.

(Para un libro de lectura.)

Para leer con perfección, amigo,  
 Se requiere gran copia de excelencias;  
 Ser versado en las artes y las ciencias,  
 Y llevar mil epítomes consigo;  
 Como hábil narrador y fiel testigo,  
 Penetrar hondamente en las conciencias  
 De los oyentes, ágil, sin cadencias  
 Monótonas ni exceso en el castigo  
 De la dicción castiza y de la frase;  
 Platicar en voz clara y melodiosa,  
 Y pronunciar con natural acento.  
 Sea en fin el lector como si hablase  
 Y no leyese: lo que es fácil cosa  
 Con estudio, gimnástica y talento.

1909.

## UNA FLOR

sobre la tumba de María Valenzuela Valverde.

De luz de nieve y rosicler vestida,  
Como la blanca estrella precursora  
Del sol en los umbrales de la aurora,  
Radiante entraste al templo de la Vida.

A darse a tí en alegre bienvenida  
Acudieron las Gracias, y abrió Flora  
Para tí la mansión encantadora  
Donde entre rosas el Amor anida.

Las Musas, en armónicos raudales,  
Te ofrecieron sus dones celestiales  
Y sus aplausos; pero el Hada triste  
De los amores cándidos, celosa  
Al mirarte tan pura y tan hermosa,  
Juzgó que no es el Mundo en que naciste  
Digno de poseerte,  
Y te ocultó en el seno de la Muerte.

1909.

## A UNA NOVICIA.

Éras el ángel de tu hogar: tus alas,  
Blancas y puras, para el raudó vuelo  
Se ejercitaban, y a tu paso, el cielo  
Iluminaba sus inmensas salas.

Eran de seda y oro las escalas  
De tu ascensión feliz, y era tu anhelo  
Subir, siempre subir, lejos del suelo,  
Indigno de tu amor y de tus galas.

Mas se clavó en tus ojos, fría, intensa,  
Fascinante, insistente, la mirada  
De la sierpe infernal del fanatismo,

Y aturdida, sin fuerzas, indefensa,  
Descendiste, cual tórtola flechada,  
Del éter claro al tenebroso abismo.

1909.

## A . . .

Sé que eres bella; que el Amor te busca,  
Solicito zagal de la floresta,  
Y que, para rendirte, en vano apresta  
El ruego blando y la exigencia brusca.

Sé que el brillo del oro no te ofusca,  
Y que defiendes tu virtud modesta,  
Cual guarda intacto en el altar de Vesta  
Su aroma virginal ánfora etrusca.

Que eres sé tan discreta como hermosa;  
Que mis versos no pesan un adarme,  
Y que yo soy la oruga y tú la rosa.

Sé que eres buena; pero estoy inquieto,  
Pues temo que no quieras perdonarme,  
Por mi buena intención, mi mal soneto.

1909.

## IN MEMORIAM.

(A don Antonio Elizalde Nájera.)

Era un himno de amor. Radiante y bella  
La soñó el ideal, y blanca y pura  
Brotó la luz con que encendió Natura  
El alma de una flor en una estrella.

Y ese sol ella fué. Nadie como ella  
Dió al canto de la voz tánta dulzura,  
Ni a tan grande virtud tánta hermosura  
Antes unió el candor de una doncella.

La perdiste ¡ay dolor! mas tu Victoria  
Dejó la tierra y ascendió a la gloria  
De otras esferas altas y lejanas:

Porque ella estuvo en extranjero suelo;  
Porque son las estrellas sus hermanas,  
Y está con sus hermanas en el cielo.

1910.

## ANANKE.

(A la poetisa guayaquileña Adelaida C. Velasco Galdos,  
con motivo de la muerte de su señora madre.)

Si apagara la luz soplo perverso,  
Fuera el mundo de sí, ciego, fallido,  
Al no ser rodaría, en el olvido  
De los ámbitos lóbregos disperso;

Y aún la misma luz, como el reverso  
Sería de la luz y ennegrecido  
Caos, de no existir por ella herido  
El ojo en que se mira el universo.

Júzgolo así, Adelaida, y que es demencia  
Pedirte que procures olvidarla,  
Cuando murió la luz de tu existencia;

Y pienso en la Bondad, sin comprenderla,  
Que si es felicidad, no pudo darla,  
Y si es luz, nos la dió para perderla.

1912.

## REQUIEM.

(A la señorita Isabel Inés Valenzuela Valverde.)

¿Qué quieres que le diga, sobrina mía,  
A tu pesar profundo mi atroz quebranto,  
Si la madre adorada que era tu encanto  
Fué mi hermana, y su gozo fué mi alegría?  
Cuando la supe muerta, trocóse el día  
En una noche triste de duelo tanto  
Que vertieron mis ojos amargo llanto  
Y se hundió mi alma en negra melancolía.  
Pero esa misma noche de mis dolores  
Presentóseme en sueños la compañera  
De mi infancia, y en tono de cariñosa  
Reconvención me dijo: — “Primo, no llores;  
Tu pena es egóísmo: la verdadera  
Felicidad se encuentra sólo en la fosa.”

1914.

CUARTA PARTE.

HOJAS DE ÁLBUM.



## LEONOR QUIÑÓNEZ PÉREZ.

Has querido, Leonor, que yo, el primero  
De todos tus amigos,  
Con mal rimada prosa  
Manche las albas hojas de este libro.  
Gracias: tu preferencia  
Es un placer para el orgullo mío.  
Todo lo immaculado  
Es inmensa atracción. Sueña el bandido  
Con la cándida virgen inocente;  
Ama la negra oruga al blanco lirio,  
Y buscan los condores  
La intacta faz de los nevados picos.

La sombra<sup>™</sup> de la tierra  
Hace que brille el cielo a nuestros ojos.  
Así, en la noche de mi vida triste  
Viertes, Leonor, destellos luminosos:  
Que la luz no existiera,  
Si no existiesen los espacios lóbregos.

¿Quién eres? Una estrella.  
La radiante blancura de tu lumbre  
Deslumbró mis pupilas,  
Y como el sol las nubes,  
Para inundar mi corazón de gozo,  
Alzó el cendal de mis tristezas lúgubres.

En el cerúleo piélago infinito  
Derraman luz las celestiales perlas,  
Y del épico monte en las alturas  
Ostentan su hermosura las quiteñas;  
Pero es Venus allá la más brillante,  
Y tú aquí la más bella.

1893.

### ÁNJELA P. CARBO DE MALDONADO.

Llegó mi turno; pues que tú lo mandas,  
Me inclino y obedezco.  
Está sin cuerdas la empolvada lira,  
Sin luz el pensamiento,  
Torpe la mano, ronca la garganta,  
Desfallecido el pecho;  
Miro a tu lado nobles paladines,  
Airosos caballeros,  
Inspirados y ardientes trovadores,  
Que aclamaron resueltos

Tu nombre angelical, y disputaron  
La palma del torneo;  
Sombra soy de un escualido Quijote  
Sin lanza ni escudero,  
Mal ferido despojo de aventuras  
Que desventuras fueron;  
Yo bien sé que me expongo a los sarcasmos  
De sabios y de necios,  
Y que van a reírse de mi audacia  
Los Píndaros y Orfeos;  
Yo bien sé que los númenes sagrados  
Son sordos a mi ruego,  
Y que no hay Rocinante trasijado  
Ni duro Clavileño  
Que se preste a servirme de Pegaso  
Para subir al cielo;  
Sé también que en el bosque, cuando cantan  
Los mirlos y jilgueros,   
No debe interrumpirles el graznido  
Fatídico del cuervo,  
Y que tú misma, tú, con ser un ángel,  
Como tienes talento,  
No podrás reprimir una sonrisa,  
De compasión al menos,  
Al verme debatir en dolorosos  
Inútiles esfuerzos;  
Mas con tal de cumplir tu raro antojo,  
A todo me someto.  
"Quien no espera vencer ya está vencido",  
Dijo el divino Olmedo,  
Y yo, a tus plantas, te anticipo humilde

Mi propio vencimiento,  
Y te pido que aceptes generosa  
En estos malos versos  
Mi buena voluntad, pobre tributo  
De respetuoso afecto  
Y admiración, que te reserva, oculto  
Bajo capa de hielo,  
De tu belleza y tu virtud prendado,  
Mi corazón de fuego.

1891.

### MERCEDES DE LOS HEROS DE CALDERÓN.

Cuentan que hay unos seres invisibles,  
Espíritus llamados,  
Que habitan otros mundos, diferentes  
Del mundo que habitamos,  
Y son los que no son, seres que fueron  
Y que de ser dejaron.  
Agregan que Voltaire y Víctor Hugo  
Y Sócrates y Tácito  
Y César y Alejandro y otros muertos,  
Que viven sin embargo,  
Acuden presurosos y obedientes,  
Del médium al reclamo,  
A dictar en francés, latín, hebreo,

Inglés o castellano,  
Discursos sobre temas que escogieron  
Los dómines de antaño.

¡Quién me diera valerme de esos médiums!  
¡Quién me diera imitarlos,  
Y en el difícil trance en que me encuentro,  
Para salir del paso  
Con honra y sin temor de que descubran  
El misterioso plagio,  
Evocar el espíritu de Olmedo,  
O pedir a Montalvo  
Un pensamiento como suyo, nuevo,  
Hermoso, delicado,  
Para lucirlo aquí, mi dulce amiga,  
Con mi firma debajo!

¿Lo dudas? Haces bien. Las de mi huerto  
Estéril y agostado  
Pálidas flores son, pero son mías,  
Y puede por lo tanto  
Ponerlas a tus pies el más humilde  
De los ecuatorianos.

1899.

## ANGELINA AGUIRRE.

Pide la niña versos al triste viejo,  
Y el triste viejo escribe sus malos versos.  
¿Qué miel podría  
Libar de mis tristezas la alegre niña?

Abre el añoso vate su pensamiento,  
Y al despegar las hojas de su cerebro,  
Va entresacando  
Los marchitos recuerdos de su pasado.

Y al formar el resumen de las memorias  
Del infelice vate, ninguna logra  
Ser escogida  
Como tema adecuado para Angelina.

\*

Exhumadas las momias de mis recuerdos,  
No hallo en ellas las galas, la luz, el fuego  
Que convendrían  
A tus gracias y encantos hermosa niña;

Pero queda al anciano siempre el recurso  
De aconsejar al joven: por eso acudo  
Pronto al remedio  
De ofrecerte la droga de mis consejos.

Mas como eres un ángel por todos lados,  
Fuera inútil empeño ver algo malo  
En el que al cielo  
Robó mi buen amigo Carlos Alberto.

Baste decir que sigues la blanca estela  
De amor y de virtudes, que en esta tierra  
Que al cielo viaja  
Deja tu madre amante por donde pasa.

Y baste al más severo y al más adusto  
Ver en tu hogar un templo, donde el más duro,  
Sólo con verte,  
Es capaz de adorarte devotamente.

Ama, pues eres buena; luce, pues brillas  
Como un astro; seduce, pues eres linda,  
Y echa estos versos  
Al canasto de hilachas y trapos viejos.

1903.

## LUISA PIEDAD BAQUERIZO.

Luisa Piedad, si en mi cerebro oscuro  
Queda fósforo aún,  
Quiero formar con él una cerilla  
Y encenderla en la luz  
De esos ojos tan negros como en Quito  
Sólo los tienes tú.

1904.

## MARÍA CRISTINA ROBLES Y BODERO.

Alabo tu piedad, virgen hermosa:  
Tu inefable virtud tiene alas de ángel  
Que alzan tus preces al radiante cielo  
Donde alberga tu fe a tu santa madre.  
Ella, a través del insondable abismo,  
Tiende un rayo de luz, su propia imagen,  
Que viene a consolarte cuando sufres  
Y a darte fuerza nueva si decaes.  
Haces bien en guardar esa memoria  
Plácida y triste, misterioso enlace  
De dos almas gemelas que en la vida  
Ni en la muerte pudieron separarse.  
Ámala siempre. Si en el suelo duro  
Tus ensueños dichosos se deshacen,

Como copos de nieve suspendidos  
Sobre los hornos de candente cráter,  
Pon tu esperanza en la remota estrella  
Que te manda su luz para besarte,  
Y busca tu consuelo en el recuerdo  
De tu bendita y adorada madre.

1909.

## HILDA VITERI.

Tallos que dáis pensamientos  
Y lucís gayos colores:  
No estéis de mí descontentos;  
Yo también doy a los vientos  
Pensamientos que son flores.

\*

Flor que ostentas, seductora,  
Perlas de luz que el rocío  
En tu cáliz atesora:  
De mi ocaso hacia tu aurora  
Vuela el pensamiento mío.

1912.

## TERESA AUGUSTA SANTOS CHÁVEZ.

Vas a partir: la florida  
Frisco, a causa de tu ida,  
Va a tener un ángel más;  
Pero al ver que vas tan lejos,  
Los que quedamos, los viejos,  
Preguntamos: ¿volverás?

Y si vuelves, niña hermosa,  
Feliz, triunfante, radiosa,  
Muchos te verán volver;  
Mas yo pienso entristecido  
Que a tu vuelta habré partido  
Y no he de volverte a ver.

1912.

## MI RETRATO.

(A don Venancio Larrea y Alvarado y su esposa.)

Aquí tenéis, amigos, el retrato  
De un bípedo sin plumas y con pelos,  
Que disimula mal, en la envoltura  
Con que forra su cuerpo,  
La antigüedad, el lustre y los blasones  
De su noble abolengo

Que le da, entre los príncipes erguidos  
Del reino antropiteco,  
Con humos de *homo sapiens*,  
El más honroso y elevado puesto.  
Suprimid, si queréis, caros amigos,  
De la cara y las manos el aspecto;  
Contemplad el vestido primoroso  
Cosido por Lubín, hábil maestro,  
De los más renombrados  
Que tuvo antaño la ciudad de México,  
Y perdonad que con tan triste facha  
Y con tan malos versos  
Se ofrezca de vosotros  
Este fiel servidor y amigo vuestro.

---



# ÍNDICE.

	Páginas
ADVERTENCIA .....	3
RELIGIONES Y RELIGIÓN —	
Prólogo .....	11
Disputas —	
I. El domingo .....	41
II. Primera reflexión .....	44
III. El teólogo .....	45
IV. Al teólogo .....	50
V. Invención .....	60
VI. Las manos levantadas al cielo.....	65
VII. Obra maestra .....	66
VIII. Consecuencias .....	67
IX. Propositiones .....	69
Filosofía.....	80
Nada .....	111
Voces .....	125
Conclusión .....	143
MISCELÁNEA —	
A Pilar .....	155
Antropomanía .....	158
Oda a los héroes del 9 de octubre de 1820 .....	159
Gritos del alma .....	168
Oremus (glosa) .....	171

	Páginas
Oda al año nuevo de 1883 .....	175
Memento .....	179
Carmina (sáficos) .....	181
En mi calabozo .....	183
Carmen .....	184
Ante la muerte .....	186
Desesperación .....	193
Veinte años después .....	202
A María .....	204
Epitafio en la tumba de mi esposa.....	205
Reminiscencias .....	206
A mi hijo .....	207
El canto de Galo .....	211
A mi esposa .....	214
La escalera .....	215
Dolorosa .....	216
Epitalamio .....	219
Holgorio.....	220
El lobo y las ovejas .....	225
 SONETOS —	
A una pulga .....	229
¡Alarma!.....	230
En mi calabozo.....	231
Quid pro quo.....	»
Lección (para un libro de lectura) .....	232
Una flor sobre la tumba de María Valenzuela V. ....	233
A una novicia.....	234
A ** .....	235
In memoriam .....	236
Ananke .....	237
Requiem.....	238

Pero queda al anciano siempre el recurso  
De aconsejar al joven: por eso acudo  
Pronto al remedio  
De ofrecerte la droga de mis consejos.

Mas como eres un ángel por todos lados,  
Fuera inútil empeño ver algo malo  
En el que al cielo  
Robó mi buen amigo Carlos Alberto.

Baste decir que sigues la blanca estela  
De amor y de virtudes, que en esta tierra  
Que al cielo viaja  
Deja tu madre amante por donde pasa.

Y baste al más severo y al más adusto  
Ver en tu hogar un templo, donde el más duro,  
Sólo con verte,  
Es capaz de adorarte devotamente.

Ama, pues eres buena; luce, pues brillas  
Como un astro; seduce, pues eres linda,  
Y echa estos versos  
Al canasto de hilachas y trapos viejos.

1903.